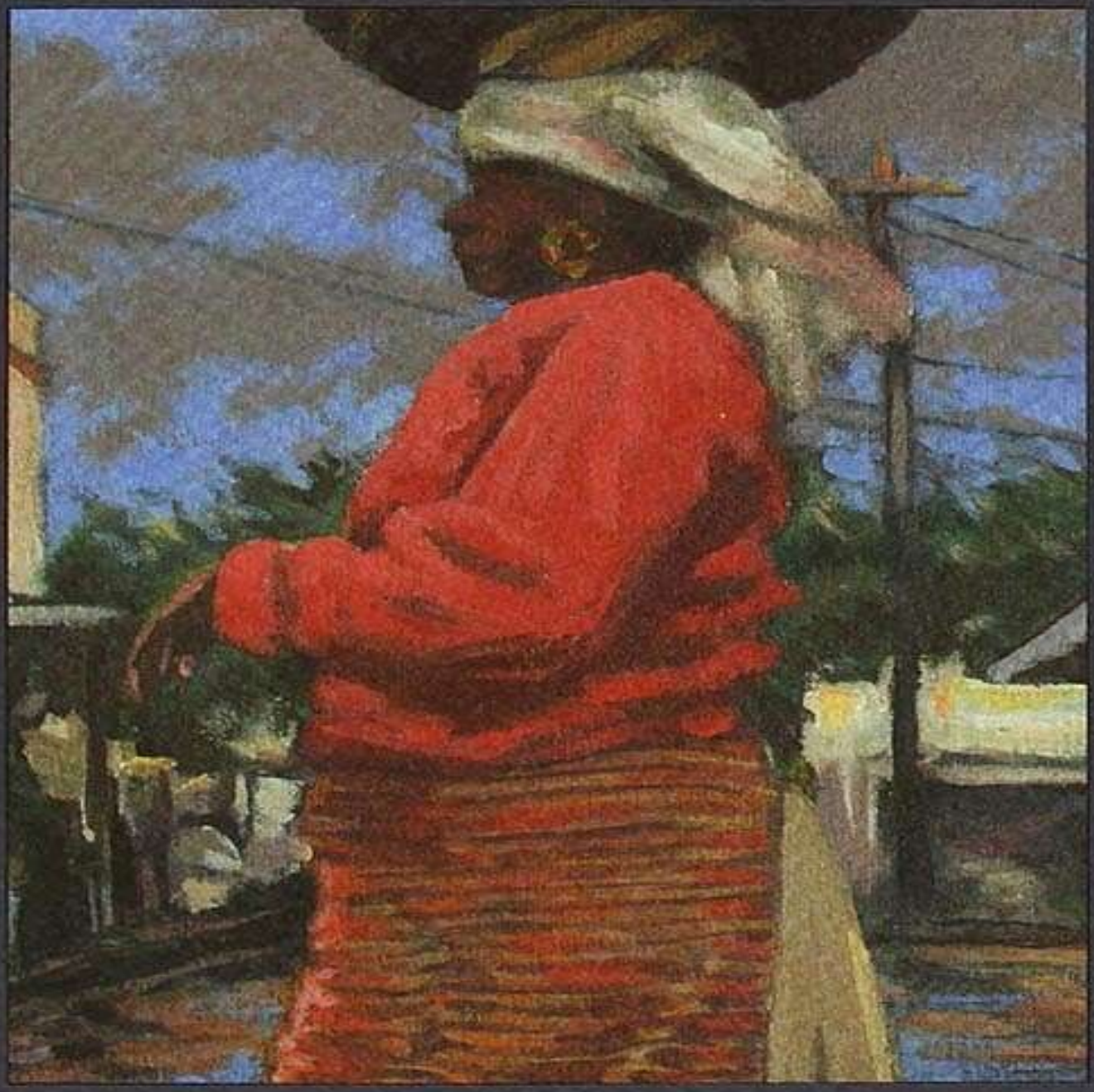
Buchi Emecheta

Kehinde



Kehinde es una mujer nigeriana que vive en Londres desde hace 18 años con Albert, su marido, y sus dos hijos. Durante su larga estancia en la capital inglesa, ha aprendido a disfrutar de una suerte de libertad que se truncará cuando se vea obligada a regresar a Nigeria, a su país natal, a su pasado. Recelosa del primitivismo africano, el retorno cambiará su vida para siempre. El choque con unas costumbres que, aun siendo las de su gente —o quizá precisamente por serlo—, le provocan cierto rechazo, hará que regrese a Londres, repudiada por los propios nigerianos, para volver a empezar de cero.

Un relato lúcido, apasionante y fresco con el que la autora, considerada una de las mejores narradoras africanas en lengua inglesa, retrata el conflicto de la inmigración desde la perspectiva de una mujer africana.



Buchi Emecheta

Kehinde

ePub r1.1
Titivillus 18.06.2019

Título original: *Kehinde*
Buchi Emecheta, 1994
Traducción: Damián Alou

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Ijeoma Camilla y Chukwudi Adin

1
La carta

Albert recogió la carta. Lentamente se sentó en la silla que estaba junto a la mesa. Tenía el pulso firme y controlado. Al abrirla, soltó una risotada. Su familia levantó la mirada sorprendida, pues Albert era un hombre tremendamente serio que rara vez se permitía el lujo de una carcajada espontánea. Algo ominoso se encrespó en el interior del estómago de Kehinde. Había visto el envés de la carta. Sólo podía tener un remitente: las hermanas de Albert en Nigeria. Albert se permitió una risita femenina. Sus hijos, Bimpe y Joshua, interrumpieron la cena. Se miraron el uno al otro, se encogieron de hombros y sonrieron. Albert, que no ignoraba su impaciencia, prolongó y saboreó el suspense.

—¿De quién es la carta? —preguntó Joshua, de catorce años, llevándose a la boca una cucharada de judías cocidas.

—Es una carta de tía Selina y tía Mary. Quieren que vuelva a casa.

—¿Quieren que vuelvas a casa? ¿Y qué pasa con nosotros? —preguntó Kehinde, trayendo la tetera—. Hace mucho tiempo que lo insinúan, y ahora tienen el valor de decirlo a las claras. ¡Volver a casa, volver a casa, naturalmente! Se olvidan de que cuando te fuiste de Nigeria eras un joven soltero, y de que ahora tienes mujer e hijos. Volver a casa, así sin más, ¿eh?

—Ya sabes cómo es la gente ahí. ¡Cuándo dicen «tú» se refieren a todos nosotros! —Albert habló en una voz tan baja y conciliadora que fue casi un susurro.

—¿Entonces nosotros no contamos? —intervino Bimpe.

—¡Quieres callarte, jovencita! Estoy hablando con tu madre.

—Tu hija tiene razón —dijo Kehinde mientras se dejaba caer pesadamente en su silla de la cocina; de pronto se sintió cansada y prácticamente inútil. Una sospecha le serpenteó en la boca del estómago.

La suya era una típica casa de clase obrera del este de Londres, con una pequeña sala de estar. Adyacente a la diminuta cocina había una despensa, ahora convertida en un comedor tan pequeño que cuando la familia se sentaba al completo apenas había sitio para moverse. Había otra habitación grande en la parte de atrás, con una puerta de cristal que se abría a un jardín pequeño y descuidado. Era una habitación en la que podrían haber comido confortablemente, y que el agente inmobiliario describió como la habitación para desayunar o un salón, pero que los Okolo denominaban el gran dormitorio. Kehinde y Albert dormían ahí. ¿Qué iban a hacer ellos con una habitación para desayunar o un salón, cuando ya tenían una salita en la parte delantera y una despensa que les servía de cocina-comedor? Con esa distribución se evitaban ocupar los dos dormitorios de la parte de arriba. Tenían uno en arriendo permanente, y el otro, esporádicamente, les proporcionaba una o dos libras suplementarias. Siempre que venían visitas de su país natal, le pedían al inquilino temporal, normalmente un estudiante, que se mudara.

Albert tuvo la sospecha de que no era el momento adecuado para seguir hablando de la carta. La hundió en el bolsillo de la camisa, con indiferencia y unos ostentosos gestos que demostraran que le importaba muy poco lo que dijera su familia, lo que provocó el efecto deseado. Kehinde suspiró profundamente y dejó de prestar atención a su marido para dedicarla a sus hijos.

Albert y Kehinde se comieron su arroz molido y su sopa egusi. Últimamente los niños habían empezado a quejarse de la monotonía de comer arroz molido y sopa cada noche, así que de vez en cuando, como aquel día, y para evitar discusiones posteriores, Kehinde calentaba unas judías cocidas y las servía en una tostada con una ensalada de lechuga y tomate. Ella y Albert lo consideraban una comida horrible, pero los niños sabían lo que querían. Les encantaba, a pesar de lo sencilla que era.

Complacida de que su familia comiera con apetito, Kehinde habló con tono dolido:

—Ni siquiera se molestan en preguntar cómo estamos. —Era el momento adecuado para hablar de lo dolida que se sentía por el hecho de que sus cuñadas no la consideraran una persona—. Todo lo que saben decir es ven a casa, envía dinero, ven a casa. ¿Qué hay en Nigeria, de todos modos? ¿Es que no somos

felices aquí? Lo único que buscan es una oportunidad para meter la nariz en nuestra manera de vivir. ¡Ven a casa!

—Bueno, también preguntan cómo estamos. Y dicen que ahora, con la fiebre del petróleo, se puede encontrar trabajo paseando por la calle. Nigeria nos necesita. Eso dice el gobierno. Incluso los europeos abandonan sus países para ir a Nigeria. Mis hermanas piensan en nuestro propio bien, ya lo sabes.

—No metas a los blancos en esto. Todo el mundo sabe que en dos zancadas se plantan en cualquier lugar donde puedan hacer dinero a manos llenas —replicó secamente Kehinde en igbo.

Joshua miró a su hermana.

—Vámonos. Si se ponen a hablar en su idioma, quiere decir que no nos quieren cerca.

Kehinde, que siempre se mostraba indulgente con su hijo, hizo caso omiso de su grosería, que racionalizó como el comportamiento normal en un muchacho de catorce años que está forjando su identidad. Simplemente rió y aventuró:

—¿De quién es la culpa de que no habléis vuestra lengua materna, sí os negáis a aprenderla?

—Querrás decir tu lengua materna. La mía es el inglés. Recuerda que cuando nací lo primero que dijiste fue: «¡Hola, Joshua!». Así que hablo el primer idioma que oí.

Kehinde empezó a quitar la mesa. Bimpe se puso en pie para ayudarla, sorteando las sillas. Joshua, sintiéndose excluido, salió ruidosamente de la habitación, y al poco llegó el sonido del televisor a través de la pared.

Fue Albert quien observó que era tarde y que los niños aún estaban viendo la televisión. Llevarlos a la cama era siempre una batalla; Joshua quería quedarse levantado y ver el final del partido, aduciendo que tenía catorce años y que todos sus amigos de la escuela hablarían del partido al día siguiente.

—Pareceré un tonto, papá, si no puedo decir palabra, sólo porque no me dejas que me quede a verlo hasta el final. ¡Piensa en ello!

Bimpe se sumó a la protesta, e insistió en que, a sus once años, también era prácticamente una adolescente, y que no tenía por qué irse a la cama a las nueve, la hora de acostarse que tenían asignada.

Albert maldijo en voz baja, y el gesto se le torció en un esfuerzo por controlarse. Los dos niños chillaban como sargentos del ejército. Lentamente, Albert fue hacia el televisor y lo apagó.

—A la cama, los dos. A vuestra edad yo ni siquiera tenía televisor. A la

cama. —El tono autoritario finalmente surtió su efecto. Una vez silenciados, los dos niños se fueron a la cama sin decir buenas noches.

Kehinde ya estaba medio dormida cuando Albert entró en el dormitorio. La quietud era un alivio tras la escena de la habitación delantera.

—¿Tan temprano y en la cama? Son sólo las diez —comentó Albert mientras se ponía el pijama.

—Hace tiempo que no me encuentro bien. Mira que te lo he repetido veces. Tenía mis sospechas, así que esta mañana fui al médico.

—¿Sospechas de qué? —preguntó Albert en voz baja y temblorosa.

—Estoy embarazada.

—¿Qué? ¿Embarazada? Kehinde, por favor, incorpórate y mírame. ¿De qué estás hablando?

—Sé cómo debes de sentirte, especialmente ahora que tus hermanas de pronto se han dado cuenta de que tienen un hermano. Ahora ganas suficiente dinero, tienes una casa en propiedad…

—Tenemos una casa —dijo Albert rápidamente. No ignoraba la situación legal de la mujer en Gran Bretaña. En Nigeria, el hogar pertenecía al hombre, aun cuando la mujer se pasara toda la vida responsabilizándose de su buena marcha. La mujer nunca podía pedirle al marido que se fuera de casa, como ocurría en Inglaterra. Pero Albert no quería problemas, así que, a fin de que hubiera paz, dijo—: Nuestra casa.

De hecho, Albert simplemente se mostraba realista, pues Kehinde ganaba más que él. Habían obtenido la hipoteca gracias a la posición de ella en el banco. Pero se suponía que una buena esposa no debía recordarle esas cosas a su marido. Cuando Kehinde dijo «tu casa», estaba asumiendo el papel de una «buena» esposa nigeriana. Y a la inversa, cuando él dijo «nuestra casa» era para no disgustarla. Tras casi dieciséis años de matrimonio, era un juego al que se entregaban sin pensar.

—No me he quedado embarazada a propósito, para estropear tus planes de volver a casa, —Kehinde quería iniciar un rifirrafe, pero esta vez Albert se negó a participar.

—¿Planes de volver a casa? Lo dices como si lo hubiera estado planeando en secreto.

Albert, desvistiéndose con movimientos lentos, observó a Kehinde como si fuera una desconocida, y no la mujer con la que había vivido durante quince años. ¡Menudo momento para quedarse embarazada! Albert estaba sentado al

borde de la cama, la cabeza gacha. Buscando consuelo en su memoria, recordó cómo, cuando los niños eran pequeños y dormían todos en el mismo cuarto, solían rezar juntos. ¿Cuándo habían dejado de hacerlo? Supuso que los niños debían de haber perdido esa costumbre, y ahora él y Kehinde, a pesar de su educación católica, tampoco rezaban. Era evidente que la conversión no había sido capaz de erradicar las creencias tradicionales y milenarias de sus padres. Ambos procedían de familias polígamas: el padre de Albert tenía dos esposas, el de Kehinde, tres. Los sacerdotes irlandeses, sin saber qué camino tomar, los habían bautizado a todos, viendo una oportunidad de salvar esas «almas perdidas» para Cristo. De pronto, los pensamientos de Albert regresaron al presente.

—¿Cómo ocurrió? Creí haber ido con cuidado —preguntó en voz alta.

—¿Cómo quieres que lo sepa, eh? Siempre te digo que no me molestes cuando duermo. ¿No te advertí que podía ocurrir? Cuando querías entrar en mi interior al principio de nuestro matrimonio, solías ser muy amable. Te tomabas la molestia de despertarme con amor. Ahora siempre estás impaciente. Me agarras los pechos por detrás como si fueras a violarme, y antes de que me dé cuenta de qué está pasando, ya has acabado. Ni siquiera sé si tomas precauciones o no. Así que espero que no digas como algunos nigerianos e insinúes que es culpa mía.

Albert no hizo caso de la queja acerca de sus métodos sexuales, pero sintió curiosidad por averiguar qué quería dar a entender con su referencia a los nigerianos.

—¿Es que eres el único que ignora cuál es la última moda para chantajear a las mujeres y volverlas sumisas? —replicó Kehinde—. Te dicen: «El niño que esperas no es mío», y la mujer acaba gastando un montón de dinero y de tiempo en demostrar que el niño realmente es de él.

A Albert se le escapó una risa entre dientes. Sí, conocía algunos ejemplos. Un marido podía poner en vereda a una mujer de armas tomar afirmando que el niño que esperaba no era de él, y perdonarla a pesar de todo. Ella nunca sería capaz de mirar a la cara a los suyos. Pocos creerían la versión de la historia que diera la mujer, y la que se atreviera a sugerir la prueba de paternidad para limpiar su nombre sería considerada una presuntuosa. Sí, era puro chantaje.

Albert apagó la lamparita de la mesilla de noche y, sentado en la oscuridad, comenzó a reflexionar. Ya había tomado la decisión de volver a casa. Sólo era cuestión de decidir cuándo. Después de dieciocho años, el cuerpo le pedía sol, libertad, amistades fáciles, cordialidad. Si conseguía que Kehinde se pusiera de

su parte, ganarse a los niños sería fácil. Quería volver a casa y pavonearse de su nuevo estilo de vida, de su éxito económico. Podría construir casas, ser alguien. Nigeria vivía una época próspera, y él quería unirse a la fiesta. Y ahora ese imprevisto. ¿Qué hacer, entonces?

Albert tenía cuarenta años, y era delgado y fuerte. Kehinde, que nunca había sido delgada, ahora, a sus treinta y cinco años, y después de dos alumbramientos y de años engullendo patatas y pescado fritos en puestos de comida rápida, estaba agradablemente llenita. A Albert le gustaba así. Las mujeres delgadas le dejaban insatisfecho. Cuando fuera se desataba una tormenta, un hombre necesitaba algo que acariciar por la noche. Y para eso no había nada como una mujer africana llenita, con un buen trasero, como Kehinde. Miró en dirección a ella.

—¿Qué vamos a hacer, eh?

—¿Y tú me preguntas qué vamos a hacer? ¿Es que ya no eres el cabeza de familia? Después de todo, Bimpe casi tiene doce años. No es demasiado joven para tener una hermana o un hermano, ¿o sí? —Kehinde era consciente de que podía hablar con su marido menos formalmente que otras mujeres, como su hermana Ifeyinwa, casadas con hombres más tradicionales. Para Albert, ella era una amiga, una compatriota, una confidente. Ésa era una de las razones que habían provocado su desazón aquella noche, mientras Albert leía la carta de su familia.

A Albert se le encogió el corazón.

—Kehinde, ¿qué hay de tu ascenso? Y apenas nos hemos recuperado del último lote de niñeras.

Kehinde se mostró intransigente.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? Nuestra familia cree que la gente es más valiosa que el dinero.

—Sé todo eso. Pero nuestra familia nunca ha vivido en Londres, donde los padres deben dedicar una gran parte de sus ingresos a pagar a las niñeras que cuidan de sus bebés.

Kehinde se pasó la lengua por los dientes y se volvió hacia la pared, tirando del edredón hacia su lado. Dándose por vencido, Albert se metió en la cama. No se quejó por quedarse sin edredón. Era demasiado tarde para iniciar un altercado, pero se quedó rígido durante un buen rato. Había planeado calmarla haciéndole el amor de la manera en que a ella más le gustaba. Le habría acariciado las piernas, subiendo la mano gradualmente hasta que sus dedos entraran en el

cuerpo de ella. Con la otra mano habría tocado el koto con sus pezones. Los pechos de Kehinde eran cálidos, opulentos y blandos. Ella habría jadeado, y hubieran comenzado sus juegos nocturnos. Entregada a su excitación, Kehinde habría estado de acuerdo en que ir a casa no era sólo una buena idea, sino el mejor y único plan que podían seguir.

Pero la noticia de su embarazo lo había echado todo a perder. Una sirena de policía se abrió paso entre sus pensamientos, y Albert dio en preguntarse si no era peligroso conducir a tanta velocidad. Podían acabar matando a un inocente. Se puso de un lado, luego del otro, dándole vueltas al asunto.

2
Kehinde y Moriammo

A pesar de que lucía el sol, el aire era helado, por lo que Kehinde y su amiga se apretaban al cuerpo sus impermeables de Marks and Spencer.

—En las nuevas oficinas del banco la calefacción está muy alta, *¿abi?* —observó Kehinde.

—Mejor que pasar frío —respondió Moriammo.

—No me quejo. —Las dos mujeres, que trabajaban en la sucursal de Crouch End, caminaron a paso vivo hasta el Wimpy del barrio, a una manzana de distancia. Pidieron hamburguesas de buey y café.

—¿Eres capaz de contar las veces que hemos venido aquí en los últimos diez años? —preguntó Moriammo distraídamente, hincándole el diente a su hamburguesa. Al ser viernes, tenían que comer deprisa, enseguida salir a toda velocidad y hacer la compra durante la pausa para el almuerzo. Kehinde no tenía ganas de correr. Se tomaba el café a pequeños sorbos.

Moriammo la observó durante unos minutos y dijo, con la boca llena:

—Venga, hoy viernes. Muchas compras que hacer. ¿Por qué compras pequeño pequeño, como *oyinbo*?

—*Oyinbos* no sólo compra pequeño pequeño. También compra deprisa deprisa. ¿Nunca has visto mujeres que venden col en mercado?

Las dos rieron, pero la carcajada se detuvo bruscamente, como ante una señal convenida. Moriammo, con sus ojos marrón oscuro siempre perfilados de *tiro* negro, escrutó profundamente a Kehinde.

—¿Qué pasa? ¿Tú reñiste con Alby, *abi*?

—Oh, no sé, Moriammo. Yo embarazada.

—Mm, ¿y él no feliz? Hombres nuestros quieren que nosotras siempre *belle*.

—Por favor, basta, Moriammo. ¡Tanto hablar hinchas mi cabeza!

Moriammo se quedó pensativa, masticando lentamente y sin decir nada durante unos minutos. Kehinde había estado irascible toda la mañana, cuando ella y Albert deberían sentirse felices por esperar otro bebé. Después de todo, Bimpe ya casi tenía doce años.

Kehinde apartó de sí la hamburguesa y dijo:

—Yo lo siento, Moriammo. Es que a veces no entiendo hombre ése con quien yo casé. Él más preocupado por mi trabajo en banco que por *pikin*. Y todo peor aún, sus hermanas escriben y dicen vuelve a casa. Ellas dicen que en Lagos mucho dinero, trabajo para todos.

—Bueno, eso no malo, ¿*abi*? A mí también gustaría volver a casa. Mi problema es que Tunde no título ninguno, ninguno. Ese hombre, no experiencia en nada, sólo para rellenar tarjetas de embarque en mostrador de Nigeria Airways.

Las dos volvieron a reír.

—De todos modos, él buen hombre. Ellos trasladarán a central de Nigeria, tú sabes, Moriammo. Dicen que nuestra naira pronto valdrá igual que libra. Moneda nuestra sube y sube cada día.

—Yo sé. Ver tabla de cotizaciones todos los días. ¿Pero por qué tú y Alby tan descuidados, sobre todo si él no seguro de querer más críos? Avergonzaros deberíais. Esto Inglaterra, ¿tú olvidado? Aquí dos *pikin* suficiente.

—Bah, tú no vengas con ésas. ¿Quieres yo crea tú y Tunde no hacerlo cada noche? Va, no vengas con ésas. ¿A quién quieres engañar? ¿A mí? Pero yo muy preocupada por mi ascenso en banco. —La sonrisa había desaparecido de la cara de Kehinde—. Si tengo otro crío, casi un año de baja. ¡En fin, cuánto *wahala*!

—No problema. Después tanto *wahala* que pasaste antes de que ellos prometieron ascenso. ¡Esto no problema! ¡A mujeres cuesta mucho ganar algo en este mundo! De todos modos, para mí Alby hace bien en preocuparse. Pero, mmm, tú conseguirás ascenso. Yo segura.

—¿Y dónde conseguiré ascenso, eh? ¿Dónde? ¿Aquí o en Nigeria? ¿Tú sorda o qué? Yo he dicho que hermanas de Albert escrito para que nosotros volver a casa.

—Bueno, ¿pues entonces tú qué harás? ¿Quedarás aquí mientras Alby en Nigeria? ¿Le dejarás sólo entre esas *acadas*? ¿No sabes que jovencitas con

estudios ávidas de hombres recién llegados de extranjero igual que un bebé por leche de su madre? Tú ten cuidado. Pensar dos veces, amiga mía.

—Mi Alby no así. Él distinto. Yo apostar mi vida por ello. —Kehinde defendía a su marido. Y le parecía estar diciendo la verdad, puesto que Albert jamás le había dado motivo para sospechar una infidelidad.

—Kehinde, yo ruego, tú despierta; despierta de una vez.

—¿Tú qué quieres decir, Moriammo? Yo digo que Albert no así.

Les llamó la atención la entrada de dos mujeres, a las que acompañaban seis niños en total. Los niños estaban escuchimizados y parecían muy pobres; a las mujeres se las veía agobiadas. No era la primera vez que Kehinde y Moriammo los veían.

—Familias sin padre. También sin casa —comentó Moriammo.

—Ah, ¿y cómo sabes? Quizá ellas mujeres normales con maridos desempleados.

Moriammo negó con la cabeza.

—No, el otro día yo oído hablar. Viven en lugar de habitación y desayuno en Crouch Hill. ¡Alá! Yo no entiendo por qué mujeres dejan atrapar en situación así. ¿Es que ellas no encuentran trabajo de limpiadoras?

Siguió una pausa reflexiva, durante la cual las dos mujeres negras, que disfrutaban de un buen trabajo y una buena casa, escrutaron a aquellas dos mujeres más jóvenes.

—Y además ellas en país suyo. Yo creo que ellas simplemente perezosas —susurró Moriammo, que sólo podía pensar en que aquellas mujeres eran blancas —. Tú conoces prima de Tunde, Abeke, ella estudia sociología. Ella dice que algunas mujeres simplemente tienen hijos para que Estado dé piso. Mira ésa, ¿cómo tiene ella tres niños cuando ella misma es aún una cría?

—Bueno, esta historia cada vez más complicada. Vamos, hermanita, hemos de hacer la compra —dijo Kehinde—. Yo no tocado comida. Me pregunto si ellos ofender si yo doy.

Moriammo se encogió de hombros. Se puso el abrigo y se arregló el pelo, asegurándose de no mirar a las jóvenes ni a sus familias.

—Tú probar, ahora. Sólo puede pasar que ellas digan no. Mujeres así no tienen prejuicios raciales. Ellas no pueden permitir.

Kehinde se puso en pie. Con paso vacilante se encaminó hacia la mayor de las dos mujeres. Susurró:

—He pedido comida, pero no la he tocado. No tengo hambre. Espero un

bebé, aunque todavía estoy de pocos meses. Estoy pasando la fase de las náuseas.

—¿No me diga? Sé lo que es eso. Gracias mil. Jodiiii, trae ese plato. La señora nos lo ha dado.

—¿Las hamburguesas y todo? ¡Yuuuu! —gritó Jodi, que tenía cinco años, mientras iba a toda prisa a la mesa en la que Kehinde y Moriammo habían estado comiendo. Actuó con tanto descaro que todo el mundo rió.

—Tú hecho acción cristiana del día —comentó Moriammo mientras salían —. Pobre chica. Muy duro no tener marido y criar hijos en esta ciudad. —Al parecer, la naturalidad de la niña le había llegado al corazón.

—Y sin hogar. Bueno, nosotras trabajado mucho para conseguir lo nuestro. A mí no dar mucha compasión. Algunas mujeres eligen vida como así para probar que ellas muy duras.

—Vamos, Kehinde, ninguna mujer en sano juicio escoger vida así. Ni por error ni por mala suerte. En este mundo no buena suerte para todos, tú sabes.

—Te digo que yo conozco mujer así. Vivir en barrio nuestro. Ella tiene seis niños. Dijo que su marido pegarle, así que ella dejó. Hombre desapareció, claro. Ahora mujer vive en piso de protección oficial…, edificio peligroso y repugnante. Lo que molesta a Alby es que mujer hacer montaña de cada pequeño éxito, como si a los demás importar mucho. El otro día celebró fiesta porque compró máquina de coser. ¡Tú imagina!

Moriammo rió.

—Bueno, cosas del *oyinbo*. Yo vi en *El violinista en el tejado*. Joven pareja invita todo el pueblo porque haber comprado máquina de coser. Ellos llamar recién llegado.

—Oh, Moriammo, un poco de seriedad. Alby no permitiría que yo relacione con mujeres así. ¡Nosotras nada en común!

—Pero esa mujer también tiene corazón. ¡Seis *pikin*! ¡Alá *Baba*! —Y también poseer cierta cultura. Ella pensar antes.

—Quizá leer demasiado malo para mujeres. Tunde dice a menudo. Por ser tan *acada*, encima también quedarse con niños. Y ahora marido pasa en grande. Y cuando niños mayores, entonces perdonarán papá. Alá, por favor, echa una mano a mujeres del mundo.

—Exacto, yo digo eso. Monos trabajar y babuinos hacen la compra.

—¿Cómo llama mujer de tu barrio? Sólo curiosidad.

—Su nombre señora Elikwu… Mary Elikwu —escupió Kehinde.

—Alá, echa una mano. Mujer muy terca. Seis *pikin* no son ninguna broma.

Junto a la puerta, Moriammo puso una mano en el hombro de Kehinde y le confió, en voz baja:

—Yo intentaré tener otro bebé. Nunca sabes, quizá esté de suerte y, después de dos niñas, tenga varón.

—Moriammo, tú eres copiona.

—Yo sé. Pero mejor ser copiona que celosa.

—¿Tú crees que Tunde estar de acuerdo?

—Yo hacer que él de acuerdo. ¡Por la fuerza!

Rieron sin poder contenerse mientras cruzaban la calle y entraban en el gran supermercado que había delante de la torre del reloj. Moriammo tomó dos cestas de metal de la pila que había junto a las puertas automáticas y le entregó una a Kehinde.

—Gracias, amiga.

—Siempre a tu servicio —dijo Moriammo, y su voz sonó como si cantara.

3
El lugar de trabajo de Albert

Una de las razones por las que Albert Okolo escogió vivir en Leytonstone fue por lo cerca que estaba de su lugar de trabajo. Sólo tenía que conducir durante quince minutos y ya había llegado. Prácticamente podía escabullirse de su casa unos pocos minutos antes de fichar sin molestar a su familia.

Nunca desayunaba, una costumbre que se había traído de Nigeria. Se deslizaba fuera de la cama procurando no molestar a Kehinde y conducía al trabajo mecánicamente. Había conducido por esa misma calle, por esa misma esquina y ese mismo atajo tan a menudo que podía recorrer dicha distancia con los ojos cerrados. En el trabajo, se acoplaba mecánicamente a su rutina de empleado.

—Buenos días, Alby —saludó su colega Mike Levy.

—Buenos días, Mike —dijo Albert con voz cansina. No tuvo que levantar la mirada; sabía quién era. Por una vez no preguntó por la salud de Mike y la de su familia, una costumbre nigeriana de la que Albert nunca se había librado, ni siquiera después de dieciocho años. Era algo tan automático que Mike esperaba inconscientemente la pregunta, y casi sin querer ya tenía la respuesta en la boca: «Están bien, o al menos lo estaban cuando los dejé en casa». Y Albert replicaba: «Eso es bueno. Gracias a Dios por este nuevo día». La omisión de aquel día hizo pensar a Mike que algo iba mal. Miró a su colega con aire pensativo.

Llegaron otros empleados, quienes, a la manera inglesa, ni se preocuparon en decir: «Buenos días», a excepción de Prahbu, un hombre al que llamaban «India» aun cuando fuera de Pakistán, que saludó a todos los demás empleados y se dirigió directamente a la máquina de té. El ruido de las monedas de diez

peniques desconcertó a Albert, y levantó su enjuta cara morena para mirar a Prahbu.

—Eh, ¿qué le ocurre? —preguntó Prahbu a Mike.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Por qué no se lo preguntas? También es tu amigo.

Todos se pusieron a trabajar en el desordenado almacén, comprobando, etiquetando, limpiando, volviendo a comprobar y marcando los productos. Albert tenía que revisar y entrar las cifras y pasárselas al gerente, que tenía un despacho separado en forma de caja.

—Voy a buscar té para todos —anunció Prahbu en el descanso de media mañana.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó John, uno de los trabajadores ingleses, ahora completamente despierto y más amistoso.

—No, simplemente me apetece ir a buscar té para todos —dijo Prahbu con ese canturreo que a veces adoptaba para divertir a los demás.

—No sabía que los hindúes bebieran té. Eres el primero al que veo hacerlo. —John empezaba con sus bromas.

—No soy hindú, ya lo sabes —dijo Prahbu, riendo. John siempre le decía eso, desde que, al principio de trabajar juntos, comprendió que molestaba a Prahbu. Y no sólo eso, sino que John pronto comprendió que llamarle «India» le enojaba aún más. Prahbu, sin embargo, no tardó en darse cuenta, y aprendió a reaccionar con humor, lo que quitaba hierro a la malicia de John.

—¿Qué más da cuál sea la religión? Dios no prohibió el té. ¿Qué dice tu Dios, Albert? Tú eres católico, ¿no es cierto? —Prahbu desvió la burla hacia Albert, que aquella mañana estaba demasiado callado.

—Sí, soy católico y estoy a punto de cometer un pecado mortal —respondió Albert.

John derramó su té.

—¿Qué? ¿Vas a matarnos con tu vudú? —Albert miró a John, y de pronto observó que el flaco cockney que había empezado a trabajar con ellos diez años atrás estaba cada vez más gordo, mientras que su amplia frente se encaminaba gradualmente a la calvicie. Todavía tenía esa boca menuda y rosada que poseía la inesperada costumbre de echarse a reír cuando todos los demás habían acabado.

Albert permaneció en silencio. Tenía que hablar con Prahbu en privado. Era con quien tenía más confianza. John sacó sus dardos de plástico y los arrojó a la foto de la mujer en bikini pegada a la pared.

En la pausa para el almuerzo, Prahbu se sentó junto a Albert.

—Dime, amigo, ¿cuál es el problema?

—Kehinde está embarazada.

—Oh. ¿Y cuál es el problema?

Albert se lo pensó mucho antes de responder. Sabía el consejo que quería de su colega, al igual que había querido que Mike aprobara la circuncisión de su hijo Joshua, años atrás.

—Pronto será directora de la sucursal. ¿Puedes imaginar lo que ocurrirá con su ascenso si se toma un permiso de maternidad?

—Sshhh —susurró Prahbu, haciendo un movimiento hacia abajo con la mano—. La bajarán de categoría, o le dirán que se vaya a casa y tenga todos los niños que quiera. Mmm, empleos así no son fáciles de encontrar hoy en día, especialmente para gente como nosotros. Tu mujer es afortunada, muy afortunada, al tener un trabajo como ése.

—Sí, lo sé. Eso es exactamente lo que quiero decir. Hoy en día no me la imagino empezando a trabajar en otra parte.

—Pero ya tenéis dos críos, ¿por qué no este otro?

Albert se encogió de hombros.

—No es el momento adecuado para tener otro. Sé que abortar está mal, pero estamos en un país extranjero, donde uno hace cosas contrarias a su cultura.

—¿Qué tenías pensado? ¿Abortar?

Albert asintió.

—¿Y qué dice tu mujer? Nuestras mujeres pueden ponerse difíciles en asuntos como éste. Con una mujer blanca es más fácil razonar.

—Ehm… todavía no se lo he dicho. Pero hará lo que yo le diga, después de muchos berrinches. Qué país tan estúpido, donde necesitas el dinero de tu mujer para llegar a fin de mes.

—Sé a qué te refieres. Las mujeres gobiernan este país —dijo Prahbu con una voz resignada—. Y los niños se consideran un lujo.

Albert asintió.

—En mi país, los niños son una necesidad. Significan pasar una buena vejez, con mucha comida. Y con nietos, gente que te respeta.

—Ahora dime. Ya sabes que tengo tres muchachos, pero Leila no quiere volver a quedarse embarazada hasta que yo no pueda trabajar con ella a tiempo completo en nuestra tienda.

—¿Y cómo va la tienda? —preguntó Albert, añadiendo un poco de

animación a su voz por primera vez en ese día. Siempre le interesaban los proyectos comerciales de Prahbu.

Prahbu onduló la mano, disfrutando de la atención que Albert le prestaba.

—Así, así. Roma no se hizo en un día.

Todos tenían sus sueños. El de Prahbu era ser propietario de grandes tiendas de comestibles y de kioscos de periódicos. Mike se dedicaba a las acciones y valores, y tenía muchos contactos a través de su sinagoga. John y los demás soñaban con villas de veraneo en España o Madeira, donde pasar la jubilación. El sueño de Albert era ser jefe en su país natal, pero mientras que los demás podían hablar de sus sueños, a Albert le daba vergüenza. Tenía miedo de que Prahbu le preguntara: «¿Estás seguro de que estás haciendo lo más acertado al volver a África?». Albert sabía que las imágenes de jefes africanos que tenían sus colegas procedían de las viejas películas de Tarzán y de Bosambo, y que intentar que aquéllos actualizaran su idea de Nigeria sería una pérdida de tiempo.

Aquel día, Albert no se permitió ningún sueño. Estaba demasiado preocupado por lo que Kehinde le había anunciado la noche anterior. Ni siquiera le habló a Prahbu de la carta que había recibido de su país el día antes. En lugar de eso, prosiguió la conversación que habían comenzado.

—Lo conseguirás, Prahbu. Los de tu país trabajáis muy duro.

—También vosotros, amigo —dijo Prahbu generosamente. No dio rienda suelta a sus habituales historias acerca de su trabajo de distribución de periódicos. Comprendía que Albert necesitaba a alguien que le escuchara y le diera una palmadita en la espalda.

—Mmmm, pero vosotros sois negociantes natos —dijo Albert.

—¡Ja, ja, ja, y qué me dices de los nigerianos!

—Eres muy amable, Prahbu.

—Buena suerte, amigo.

4
Kehinde y Albert

Era una templada tarde de primavera, fresca y ventosa, pero no fría. Eran casi las siete y la hora punta ya había acabado. Circulaban lentamente, y Albert escrutaba las fachadas de las casas buscando la dirección de la clínica. Rozando la acera, se acercaron a una mujer solitaria que llevaba una minifalda roja y un abrigo de pieles barato. Sus pasos se hicieron más lentos a medida que ellos se colocaban a su altura, y ella se inclinó para mirar el interior del coche. Al ver a Kehinde, la mujer se enderezó abruptamente y se alejó en un contoneo, mientras su cigarrillo dejaba tras ella un espectral gusano de humo.

Kehinde, encorvada tristemente en su asiento, pensó que, después de todo, Albert la había puesto al nivel de esa mujer, de esa prostituta. Para él eran todas iguales, sólo cuerpos, vehículos convenientes que, cuando asumían una carga inconveniente, se los podía vaciar por los mismos medios. En la mente de Kehinde, interrumpiendo sus pensamientos, se oyó una voz, la misma voz que a menudo oía cuando se sentía sola o confusa. «Nuestra madre murió al darte a luz. Yo también expiré para que tú pudieras vivir. ¿Vas a matar a tu hijo antes de que tenga una oportunidad de vivir?».

Taiwo: el que me precede en el mundo. Éramos dos en el vientre de nuestra madre. No teníamos voluntad propia. Seguíamos el ritmo de todo lo que nos rodeaba. Nuestra comida procedía de nuestra madre, y, a cambio, transmitíamos nuestros desperdicios a su sangre. Pronto comenzó a faltarnos el agua de la vida. Todo se volvió escaso y exiguo. Por fin comenzamos a hablar entre nosotras,

compartiéndolo todo lo mejor que pudimos para sobrevivir, cada vez más débiles. Sin embargo, conseguimos sobrevivir durante meses, tocándonos y besándonos, aprovechando el espacio disponible. Juntas luchamos contra la piel que nos mantenía cautivas. Queríamos estallar e irrumpir en el espacio abierto. No sabíamos qué nos esperaba en el mundo, pero cualquier cosa, cualquier lugar, era mejor que donde estábamos. Nos comunicábamos a través del tacto y algunos sonidos. Sonidos que sólo nosotras podíamos comprender. Y un día pusimos sitio a la piel que nos encerraba. Frustradas, golpeamos y gritamos; y dimos patadas y aullamos en nuestro limitado espacio. Agotada, me dormí. Incluso en el sueño sentí cómo cesaban los movimientos rítmicos a los que me había acostumbrado. Tanteé a mi alrededor, en aquella agua tibia cada vez más espesa, buscando a mi hermana, pero ahora no era más que un fragmento de carne sin vida. Me aferré a ella, pues era el único calor vivo que conocía. La llamé, pero no hubo respuesta. La llamé a gritos en mi tumba ahora solitaria. Nadie oyó mis gritos. La acaricié, la estreché contra mí, tan fuerte que la humedad de su cuerpo comenzó a fluir hacia el mío. A medida que ella se secaba, yo tenía más espacio. Me volví más grande. Sobreviví. Pero no me comí a mi hermana, como ellos dijeron. Sólo había vida suficiente para una de nosotras.

Nuestra madre, pobre alma, debió de pasar un infierno para darnos a luz. Sí, yo quería salir primero. Ser el Taiwo, el que probara el mundo primero. Intenté retener lo que quedaba de mi hermana, pero incluso su cuerpo arrugado y sin vida poseía una fuerte y obstinada voluntad. Su cabeza menuda y marchita salió la primera. Mi madre ya no tenía energía para darme a luz, pues para entonces yo era muy grande, como dos bebés en uno. La abrieron y me sacaron a mí, Kehinde, el gemelo que va detrás. Mi madre y mi hermana murieron. Nadie me quería. Por suerte, tía Nnebogo vino a visitarnos y me apartó de toda esa gente que me acusaba de ser una niña que había traído mala suerte. Pero tía Nnebogo corrió el riesgo, y le mereció la pena. Me llevó donde ella vivía, al lejano Lagos, donde el pueblo yoruba cree que los gemelos traen suerte y les dan nombres especiales: Taiwo y Kehinde. Dicen que tan pronto como entré en la vida de tía Nnebogo, su negocio de pescado floreció. Consiguió dinero suficiente para alquilar una habitación para ella sola en Macaullum Street, en Ebute Metta. Se volvió independiente, y fue lo suficientemente rica como para poder pagar el funeral de su madre, que había muerto cuando ella era muy pequeña.

Nadie me dijo que tía Nnebogo no era mi madre, y así la llamé hasta que

tuve once años. Cuando me daban *akara* o *moyin-moyin*, en la época en que yo aún aprendía a andar, lo partía en dos, una parte para mí y otra para mi Taiwo: el que salió a probar la vida por mí. Lo hacía aun cuando no supiera que era hermana gemela, o que había privado a Taiwo de su vida. Incluso le hablaba en mis sueños, sin saber a quién me dirigía. A veces tía Nnebogo solía impacientarse y enfadarse porque yo quisiera hacerlo todo dos veces. Posteriormente comprendí que ella no deseaba que yo supiera la historia de mi nacimiento. Sabía que la gente se acordaría y diría: «¿No es ésta la niña que trajo mala suerte a su madre y a su hermana? ¿No es ésta la niña que privó a sus hermanos y hermanas de la alegría de tener una madre? ¿Qué haces con una niña que trae tan mala suerte?». Pero tía Nnebogo no tenía hijos, y quería protegerme. Incluso me puso un nombre cristiano: Jacobina, por Jacob, que luchó y ganó la batalla contra su hermano Esaú en la Biblia. Tía Nnebogo adoraba las historias bíblicas, que le recordaban nuestros cuentos del claro de luna. Me contó esa historia tantas veces que, durante un tiempo, pensé que era la historia de mi propio nacimiento.

Creo que yo tenía cinco años cuando vimos una *iyabeji* —el nombre que los yorubas dan a la madre de los gemelos— bailando como suelen hacer dichas madres. Vino acompañada de sus gemelos al puesto de pescado donde vendía mi tía. Yo estaba en la parte de atrás del puesto, sentada sobre una esterilla, con las piernas abiertas, disfrutando del frescor de la tierra hollada. Estaba comiendo *iwu-akpu*, que me gustaba porque estaba frío, y llenaba y era realmente gustoso. Como siempre, dejaba un puñado en un rincón para mi *chi*, y otro en un rincón distinto para mi Taiwo. Yo hablaba porque el *iwu-akpu* me gustaba mucho, y le estaba diciendo a Taiwo: «Toma este poco, pero yo voy a comerme esta ración más grande porque tengo mucha hambre».

La *iyabeji* venía con su *onilu*, y comenzó a cantar las alabanzas de los gemelos, informándonos de que «la madre de los gemelos está diciendo hola a todos vosotros». Su voz era obsesiva y conmovedora, y todo el mundo se le acercó:

Iyabeji nki yio…
Eru o be mio lati bi ‘beji o…

Siguió cantando, y dijo que no tenía miedo de ser la madre de unos gemelos, y enumeró los atributos de los gemelos, y rezó por la buena voluntad de todos los presentes.

Dejé de comer. El *onilu* tocaba con fuerza, y la *iyabeji* bailaba lentamente, doblando las rodillas y moviéndose en un hermoso ritmo al compás del tambor. La obsesiva melodía de la canción *ibeji* mesmerizó a los propietarios de los puestos de pescado. Los gemelos, uno cara al otro, a la espalda de la madre, asomaban la cabeza para mirar a la gente con los amplios ojos de la inocencia. Mi mirada captó la suya y la sostuvo durante una fracción de segundo.

Algo estalló en mi interior, como si se abriera un divieso. Una vieja pregunta que se había estado pudriendo en mi interior durante mucho tiempo fue respondida en ese momento.

Me incorporé de un salto y, volcando el bol de *iwu-akpu*, me precipité hacia tía Nnebogo.

—¿Dónde está mi Taiwo…, la persona que probó el mundo por mí? —grité. Mi voz, aguda e histérica, ahogó la de la *iyabeji*—. Éramos dos, ¿no es cierto? —insistí, con la certeza de la revelación.

La *iyabeji* dejó de bailar. Todas las miradas se apartaron de ella y se dirigieron hacia mí. El tamborilero sonrió y preguntó:

—¿Así que la pequeña es gemela?

Tía Nnebogo tuvo que asentir. La escena que yo estaba protagonizando le produjo un miedo atroz, y no tuvo tiempo de pensar la respuesta correcta. Simplemente asintió, como una lagartija asombrada que acaba de caer de un árbol. Yo sólo callé cuando todo el mundo que estaba en los puestos de pescado aportó dinero, pescado y pequeños regalos y me pidieron que los llevara a los gemelos. Eso me encantó: que me eligieran para dar dos series de regalos a la madre de los gemelos, para darlos a gemelos como yo.

Cuando la *iyabeji* se fue, todos empezaron a preguntarme dónde estaba mi Taiwo, y por qué no se había hecho una réplica de mi hermana perdida para que la llevara conmigo. Mamá Comfort, la dueña del tenderete que había junto al nuestro, y que también era de la misma parte de Nigeria que yo, seguía preguntándole a tía Nnebogo:

—¿Cuándo tuviste gemelos? Sabes que deberías llamarte por los nombres de los gemelos, de otro modo podrían tener mala suerte. Así que entonces eres «madre-de-gemelos».

Mi tía negó con la cabeza ante aquella mujer tan curiosa, llevándose un dedo a los labios. Hizo gestos frenéticos para silenciarla en mi presencia. Yo no era demasiado pequeña para comprenderlo. Incluso entonces supe que ella iba a

darle una explicación. Pero lo que Mamá Comfort dijo a continuación siguió resonando en mi mente mucho después:

—Siempre pensé que cuando dividía su comida antes de tomársela se la estaba dando a su *chi*.

Tía Nnebogo replicó en voz baja:

—Su hermana gemela y su *chi* son uno y lo mismo.

Aquel día, cuando volvimos a casa, me puse enferma. La gente aportaba diversas explicaciones al origen de mi fiebre. Pero tía Nnebogo era cristiana. Cuando ella me arrancó de la negativa situación en que nací, pensó que me estaba salvando de las garras de la superstición. No sabía que yo me convertiría en una niña que no dejaría morir su identidad. Yo no dejaba de preguntar: «¿Dónde está mi hermana? ¿Dónde está mi Taiwo?». Sabía que mi gemela era una niña, al igual que nadie tuvo que decirme que yo había nacido acompañada de un gemelo.

Algunas personas que lo sabían, en momentos de descuido, habían dejado escapar algunas insinuaciones acerca de mi pasado, pues creían que mi nacimiento había provocado un desastre, y esas insinuaciones habían penetrado en mi subconsciente. Yo llamaba a tía Nnebogo «mamá» porque era la única madre que conocía. Otras personas la llamaban Mamá Jacobina, y ella respondía a ese nombre, pero yo siempre creí que ella no permitiría que la leche de su amor fluyera libremente, tal como hacían tantas madres a mi alrededor. Casi todas las madres daban demasiado amor e intentaban poseer a sus seres queridos. Pero yo estaba obsesionada con mi pasado, de modo que tía Nnebogo me ponía en el dobladillo de la falda de su amor.

Sin embargo, para que yo me sintiera completamente bien, le encargó a un tallista especial de *ibeji* que me hiciera un Taiwo. Ellos debieron de decirle que comenzara a llamarme por mi nombre real, Kehinde, y al cabo de unos años yo había olvidado que antaño me habían llamado por otro nombre.

Kehinde fue devuelta al presente por la voz de Albert. Éste, con la boca pequeña, dijo:

—Siento tener que hacer esto. Cuando volvamos a Nigeria podrás tener todos los hijos que quieras, te lo prometo.

Kehinde se encolerizó inmediatamente.

—¿Qué quieres decir, tener tantos hijos como quiera? ¿Es que has olvidado

que también me van a ligar las trompas? La noche pasada hablaba en serio. Si aborto este crío, quiero que me liguen las trompas. Ya no puedo confiar en que tomes las debidas precauciones. Y no quiero volver a pasar por esto nunca más.

Albert la miró con aire preocupado, y le enjugó unas lágrimas de cólera y frustración. A él no le importaba ese asunto de la ligadura de trompas, pero Kehinde lo había puesto como condición para el aborto. Él se había visto obligado a asentir. No había manera de ahorrar para volver a casa disponiendo sólo de su sueldo, por no hablar de alimentar otra boca. Se consoló pensando que si los médicos ligaban las trompas de las mujeres, seguramente podrían desligarlas de nuevo en cuanto Kehinde pudiera permitirse tener otro hijo.

—Cuando lleguemos a Nigeria —continuó Kehinde—, si al final voy contigo, procuraré pasarlo bien. No llegaré allí y empezaré a tener hijos. Si no puedo tener éste aquí, entonces no voy a tener ninguno allí. Y puede que ni siquiera vaya contigo. Mis sueños acerca de nuestro país son confusos. No tengo una visión clara de lo que se supone que estoy buscando allí. Así que date prisa y dile a tus… hermanas lo que te dé la gana.

Kehinde había estado tentada de ponerles un feo epíteto a sus hermanas, pero no se atrevió. La mujer igbo que había en ella sabía lo lejos que podía llegar. Podía decirle a Albert lo que se le antojara, pero no hablar mal de sus parientes. En cualquier caso, no delante de él.

Albert no hizo caso de sus palabras, atribuyendo su malhumor a los nervios por la operación.

—Ah, aquí estamos, número setenta y uno —dijo con alivio, deteniéndose en la puerta delantera de la clínica.

El corazón de Kehinde le golpeaba con fuerza, como granizo sobre un techo de hojalata. Sentía que estaba tomando una decisión crucial, y sus piernas eran como gelatina, apenas capaces de sostenerla. Si Albert hubiera dicho en ese momento: «Volvamos a casa, cariño. Nuestros sueños deberían estar encerrados en un destino común, y no separados», ella le habría amado devotamente durante el resto de su vida. Pero Albert no lo dijo. Kehinde caminó como un zombi hasta la puerta delantera. Albert llamó al timbre.

Una mujer con un uniforme blanco, que llevaba una sonrisa estrictamente comercial, les miró de arriba abajo.

—Entre, señora Okolo. Su habitación está lista. Vamos.

El vestíbulo era alto y enorme. El suelo estaba bellamente embaldosado, y había una gran araña de luces colgando del techo. A la derecha, una escalera de

madera y hierro se curvaba como una serpiente hacia el piso de arriba. A la izquierda había una mesa tan encerada que parecía de cristal. Sobre ella se veía un jarrón de rosas amarillas que se reflejaba en su superficie. El ambiente delataba dinero. Kehinde pensó en cuánto iban a pagar.

—Piensa en lo mucho que cuesta criar a un niño hoy en día —le había dicho Albert la noche antes, y ella estuvo de acuerdo en que no podían permitirse tener otro. Pero sí podían permitirse esto.

La llevaron a una habitación clínicamente limpia, con dos camas individuales, una lujosa alfombra verde en el suelo y una mesilla de noche con patas como de cangrejo. Había una televisión con parafernalia de vídeo al lado de la ventana, tan elaboradamente adornada que parecía un escenario. No había nadie en la otra cama, y Kehinde dio gracias por ello.

—Volveré mañana para llevarte a casa, a esta hora, más o menos. ¿No es eso, enfermera? —Albert, ahora que ya la había acompañado hasta allí, tenía prisa por marcharse. La mujer de sonrisa comercial captó la mirada de Albert y asintió.

—Sí, mañana más o menos a esta hora. La operación se hará temprano, pero nos gusta que nuestras madres…, nuestros pacientes, se tomen un par de horas de descanso antes de marcharse. Así que tiene usted razón, señor Okolo.

—Yo soy madre. Tengo dos hijos —le espetó Kehinde ilógicamente a la pobre mujer.

Albert y la enfermera dieron un respingo. La enfermera se recuperó primero.

—Oh. —Su cara sonrisa le arrugó las comisuras de la boca, revelando una hilera casi completa de dientes nacarados—. Oh, entonces no me equivoco al llamarla madre.

«Y éste es mi marido», quiso añadir Kehinde. «No soy una puta de esas que hacen la calle. Soy una mujer respetable». Pero su cuerpo tembloroso la acalló. Se sentó descuidadamente sobre la cama cuidadosamente hecha.

—Adiós, señor Okolo, le veremos mañana.

Albert se inclinó y le dio a Kehinde un húmedo beso en la mejilla. Ella comprendió que estaba haciendo comedia ante la enfermera. Besar, después de todo, no formaba parte de su cultura.

—Adiós, K-k, te veré mañana. —Albert le lanzó una mirada de despedida, pero caminó presuroso hacia la puerta.

No voy a llorar, mujer estúpida. Dos niños son suficientes. No me importa que mi madre tuviera ya ocho hijos cuando murió al darme a luz a mí y a mi hermana gemela, Taiwo: la que probó el mundo antes que yo. La que murió con mamá. No voy a hacer ningún caso de eso. Ninguno.

5
Otra paciente

Debía de haber dormido, cosa que le sorprendió. Había pensado que el golpeteo del corazón se lo impediría. Cuando abrió los ojos, estaba de cara a la pared, pero era consciente del sonido de alguien sorbiendo por la nariz.

Una figura estaba echada en la otra cama, con el cabello castaño derramado sobre el único almohadón. Era una mujer pequeña y parecía joven, mucho más joven que Kehinde. Ésta apoyó la cabeza sobre el codo y observó que los hombros de la chica se convulsionaban en espasmódicos sollozos. Al cabo de un rato, cuando ya no pudo soportarlo más, relegó su propio sentimiento de culpa y su incertidumbre a un rincón de la mente, y dijo:

—No te preocupes. Todo acabará por la mañana.

Las convulsiones se hicieron más lentas, y degeneraron en un hipo y un sorber por la nariz. Kehinde se echó e intentó hojear una de las revistas de papel satinado que había en la mesilla. Al mismo tiempo observó a la muchacha. Finalmente ésta se volvió, y Kehinde vio su cara, la cara de una niña confusa. Las caras de los blancos parecían rojas cuando lloraban, pero la suya era mortalmente blanca y plana, como pasta de *pizza*, con manchas rojas como salsa de tomate. Sin maquillaje, algunas caras son casi demasiado toscas para mostrarse en público, como un adulto yendo desnudo al mercado.

—Debe perdonarme, no he podido contenerme. —Por su voz parecía una persona instruida. Aunque era joven, en cuanto abrió la boca no hubo duda de que había recuperado el control de sí misma. Dejó claro que había sentido ganas de llorar y había decidido no reprimirse—. Con todo el dinero que mi novio tiene que pagar, al menos deberían haberme dado una habitación individual.

Aunque entonces probablemente habríamos tenido que pagar el extra de una habitación de más categoría y unos muebles de lujo.

—No te preocupes. —Kehinde comenzó a utilizar su voz de subdirectora de banco—. Hace un rato yo también estuve haciendo un poco de examen de conciencia, pero debo de haberme quedado dormida. Durante las pasadas semanas he estado bastante tensa. Y ahora que estoy aquí, me siento casi relajada y en paz. Como si ya nada estuviera en mis manos.

La chica no dijo nada, simplemente se la quedó mirando. A Kehinde no le importaba ser ella quien hablara. Quería hablar, hablar era como una oración.

—Tengo que pasar por esto. Mi marido me matará si no lo hago. Pero la verdad es que, en mi interior, estoy confusa. Parte de mí no quiere más hijos, y otra parte desea a éste, sólo a éste. Creo que, como soy gemela, siempre tengo que sopesar las cosas de un lado y de otro antes de tomar una decisión. ¿Lo comprendes?

La chica asintió. Kehinde se quedó sorprendida consigo misma por confiarse a una muchacha desconocida que era casi diez años más joven que ella. Kehinde procedía de una cultura en la que ser mayor significaba ser más sabio, imponer respeto. Esa chica debería estar llorando en su hombro, y, en lugar de eso, era Kehinde quien hablaba sin ningún recato. La chica simplemente sorbió por la nariz.

—Mi marido y yo volvemos a casa, a Nigeria. Por eso no queremos el bebé. Nos queda un año o así de estar aquí, de manera que he de trabajar duro para ahorrar dinero.

La muchacha se incorporó lentamente. Arregló su almohadón para que Kehinde pudiera verla con más claridad. Tenía los ojos bordeados de rojo, como si hubiera llorado durante días. Lentamente se apartó el pelo de la cara. Cada gesto que hacía era moroso y calculado. Arrugando el entrecejo, escrutó a Kehinde, que se sintió más culpable que nunca. Pero no podía dejar de hablar.

—Hace dieciocho años que estamos aquí, sabes. Mi marido es el primogénito, y aunque hace tanto tiempo que vivimos en este país, hemos de volver a casa. De modo que no queremos este hijo. Por eso estoy en este cuarto.

La chica volvió a echarse en la cama, como si fuera a comenzar a sollozar de nuevo. A Kehinde le entraron ganas de llorar.

—Dime algo. No me importa que seas blanca o lo suficientemente joven como para ser mi medio hermana menor. Sólo dime una cosa. —Se controló todo lo que pudo y preguntó en voz alta—: ¿Te encuentras bien?

La chica asintió, arreglando la ropa de cama que la cubría, y no lloró.

Los pasos de la enfermera sonaron quedos en el pasillo. Entró y preguntó:

—¿Todo va bien, señoras? —con tono almibarado. La sonrisa plástica era imperturbable, pero parecía cansada. Kehinde pudo ver una tenue arruga en su frente, y se preguntó qué edad tendría. Les dejó un sedante a cada una.

—Hará que se duerman antes —dijo alegremente, sin dirigirse a ninguna en particular.

Obviamente estaba acostumbrada a que los pacientes no respondieran a sus palabras vacías y azucaradas. Sacó del bolsillo de su delantal algo que parecía una diminuta calculadora, apuntó a la ventana y apretó. Las cortinas se cerraron en un susurro. La boca de Kehinde se abrió al ver el milagro que la pequeña calculadora podía obrar. Si su compañera de habitación estaba sorprendida, no lo demostró.

—Buenas noches, señoras —entonó la enfermera, y salió con su paso quedo.

Kehinde apagó la luz de la mesilla, estiró las sábanas hasta la altura de sus mejillas y dijo:

—Buenas noches. —Y a continuación añadió—: Me llaman Kehinde. No sé tu nombre.

Siguió un largo silencio, roto por fin por la voz tensa y débil de la muchacha.

—Buenas noches, Kehinde. Gracias por hablar conmigo. Mi nombre es Leah. Yo quiero tener a mi hijo con todas mis fuerzas, pero no tengo dinero para mantenerlo. No tengo casa, ni trabajo, he dejado la universidad, y ni siquiera estoy segura de amar a David. No quiero que se case conmigo por este motivo. No sería justo.

Ahora fue Kehinde quien permaneció en silencio.

—Lo que me enfurece es esto. ¿Por qué me siento tan triste? —La voz de Leah fue un llanto procedente del corazón.

Kehinde quiso decir muchas cosas, pero Leah había apagado la luz. De todos modos, las palabras eran innecesarias, pues el sedante estaba surtiendo efecto. Sólo Dios sabía lo que la enfermera de dulzonas palabras les había dado para dormir. Fuera lo que fuera, consiguió que la boca de Kehinde no lograra decir lo que su corazón estaba pensando.

6
El sueño

—No será nada, señora Okolo, sólo un pinchazo y todo habrá acabado.

Sentir… el miedo, apretándome el corazón. Un desvanecimiento, ruidos en los oídos. Las voces de los niños mientras jugamos en la calle, bajo la mirada de los vendedores de pan, cacahuetes y caña de azúcar que están en el patio, exhibiendo sus mercancías en el suelo. Jugamos a las familias. Olu se niega a hacer de madre, porque la suya ha muerto, desaparecido, desatendiendo a Olu y a su hermano Akintunde. Cada vez que lo recordamos, nos quedamos callados de pesar.

—No, no, Malechi —dice la vecina de al lado, una muchacha grande—. Olu no tiene madre, de modo que sólo puede hacer de padre.

—¿Por qué iba a hacer de padre, si no es un chico? —pregunto enfadada.

—Porque sí. Esto es una familia de bromas, no una de verdad. Y en la vida real, no tiene madre. —Elofune, la hermana de Malechi, defiende a Olu, y todos me miran fijamente.

—Bueno, ¿de qué voy a hacer yo, entonces? ¿Puedo hacer de madre?

Todos ríen, señalándome.

—Sólo porque no tienes padre, crees que una familia siempre debe tener una madre. Pero en un poblado hay muchas madres, de modo que puedes tener una familia sin una madre en concreto.

—Sí, pero algunas familias tampoco tienen padre —digo de modo obstinado, y mi cólera aumenta mientras me acuerdo de que todavía no sé quién es mi verdadera madre.

—De acuerdo, de acuerdo —dice Malechi, preguntándose a qué obedece esta discusión circular—. Tú, Kehinde, haz de madre, puesto que no tienes padre, y tú, Olu, haz de padre, puesto que no tienes madre.

Como siempre, no dejaré que la cosa quede así. Quiero seguir discutiendo, como si, cuanto más discuta, más probabilidades haya de que se me explique el enigma de mi nacimiento. Mi mente no está en el juego. La madre de Olu murió. ¿Dónde está mi padre? ¿Murió él también? Miro a los adultos, pero están hablando entre ellos. Me quedo con una familiar sensación de desamparo.

La luna se oculta tras una nube, y el fuego se alza más audaz. Los hausas, que viven carretera abajo y nos compran comida hasta bien entrada la noche, ya han hecho su compra. Estamos cansados de jugar y contamos historias, pero nuestras canciones se nos mueren en la garganta. El viento de la noche es frío, después del calor sin aire del día. Aquellos que están lo suficientemente despiertos para responder a las canciones de invocación de las historias responden sin entusiasmo. Comenzamos a quedarnos dormidos. Tía Nnebogo llama en voz baja.

—Kehinde, no te duermas todavía. Lleva dentro los cacahuetes sin vender, y antes de entrar ve al patio de atrás a hacer pipí.

—Sí, mamá —contesto.

No me pongo en pie inmediatamente porque nuestra habitación está en la parte de atrás de la casa. Para llegar allí tenemos que pasar por la habitación del casero y su familia, y recorrer un pasillo oscuro sin luz eléctrica.

—¿Vienes? —pregunto un tanto soñolienta.

—¿Por qué? ¿Te da miedo la oscuridad? Sólo las brujas temen la oscuridad.

La frase me sobresalta y me desvela. Otros padres arrastran a los niños a sus casas cuando es de noche. Yo quiero que tía Nnebogo haga lo mismo, como si fuera realmente mi madre. Quiero demostrar que soy como los demás niños del patio.

En el interior de nuestra habitación, la oscuridad brota a nuestro alrededor como agua. Me siento lo suficientemente osada como para hacer una pregunta bajo su protección.

—Mamá, ¿mi papá está muerto como el padre de Olu?

—¿Quién te ha dicho eso? Tu padre está en Sokoto, con tus hermanos y hermanas.

Me incorporo rápidamente en mi colchoneta. Siento curiosidad por mí misma.

—¿Mis hermanos y hermanas? ¿Yo? —Mi voz es vacilante—. ¿Entonces por qué no les veo? ¿Por qué no veo a mi papá, a mis hermanos y hermanas? Malechi y Elofunna y los demás viven con su papá y su mamá, ¿por qué yo sólo vivo con mi mamá?

Tía Nnebogo bosteza, y yo oigo crujir la cama. Adopta una postura cómoda para pasar la noche.

—¿Quieres ir a Sokoto?

—¡Sí! —replico ansiosa, con la ingratitud de una niña de once años.

—Pronto verás a tu familia, cuando vayas a Ibusa para el entierro de tu madre. Hay que poner a reposar su *chi* antes de que tu hermana se case. —La cama de tía Nnebogo deja de crujir, y sé que no responderá a más preguntas. A los niños no se les anima a hablar directamente con los adultos. Que ella haya permitido este breve diálogo se debe a que estamos solas en nuestra habitación. Ella me habría hablado del viaje a Ibusa tarde o temprano, pero ésta es la primera vez que lo oigo mencionar, y aún no estoy satisfecha. ¿Quién es mi madre? Esta pregunta me atormenta.

El sueño me ha abandonado. Todos mis sentidos están vivos, como si comenzara un nuevo día. Pero todavía está oscuro. Preparo una elaborada cama para mi Taiwo. A un lado amontono todas las ropas que me cubren, y les doy unas palmaditas sonoras. A continuación hago un agujero en el medio y la pongo ahí. Ésta es la única parte cómoda de la colchoneta, pero yo quiero que mi Taiwo esté en ella, para que esté confortablemente echada y pueda escuchar todos mis murmullos y preguntas. Me muevo ruidosamente mientras hago todos estos preparativos en la oscuridad. Supongo que tía Nnebogo no duerme, sino que está despierta, pensando. Sé que la he ofendido, pero quiero ver a mis hermanos y hermanas de Sokoto desesperadamente.

—Espera a que mañana se lo digamos a Malechi —le susurro a mi Taiwo—. Ja, ja, tú que no tienes padre, hablas mal de nuestro padre. Nosotros tenemos padre. Vive en Sokoto. —Sigo parloteándole a mi Taiwo de madera hasta muy entrada la noche.

Al despertar me siento como si flotara. Es pleno día, y tengo la impresión de que la luz va a cegarme. Forma un túnel de azules, rosas y naranjas, y yo floto a través de él. Mientras lo atravieso, la voz de una cantante avanza hacia mí, acompañada por el suave tañido de un *kora*. Al emerger, veo a un grupo de

mujeres que llevan unas prendas blancas, como hábitos, y que sonríen y agitan frondas de palma como si saludaran. Corro hacia ellas, sonriendo y saludando. A continuación veo a mi padre. Es como le recuerdo, y abre los brazos en señal de bienvenida, instándome a ir hacia él. De pronto oigo un grito desgarrador, pero no muy sonoro. Una mujer cuya cara no puedo ver se me aproxima. Esgrime su fronda de palma en mitad del sendero para detenerme. Tiene con ella una niña a la que no reconozco inmediatamente. Mi Taiwo. «No —dice ella—, vuelve. Yo la tengo a ella». La mujer indica a la niña, que no sonríe. «Tu padre venía hacia ti, pero tú le hiciste volver. Venía a ocuparse de ti porque se siente culpable por no haberlo hecho antes. Pero tú te has negado a recibirle. Él te quiere con él, pero debes volver. Tienes que aprender a vivir sin él». Intento apartarla de un empujón para ir hacia mi padre. De pronto comprendo cuánto le he echado de menos. Me digo que no merece morir de la manera en que lo hizo. Debo acercarme a él. A mi izquierda, las frondas de palma todavía me saludan. La música me embriaga, me produce vértigo.

«Ayúdame a enviarla de regreso». La voz de la mujer sin cara se vuelve un quejido. A continuación la niña sonríe y saluda, pronunciando un adiós. Lentamente, una tras otra, las mujeres se le unen, hasta que mi camino queda bloqueado, cerrándome el paso hacia mi padre. Oigo la voz de mi padre, más sonora que las restantes, en un gemido. Nunca me ha gustado oír llorar a los hombres, y menos que ninguno a mi padre, a quien recuerdo. Soy incapaz de recordar a mi madre. Pero la mujer se vuelve y veo su cara, una cara familiar, como la de mi hermana Ifeyinwa. Ella esgrime su fronda de palma como una lanza. «¡Tu madre se niega a dejarte morir! Vuelve, hija mía. Tu momento aún no ha llegado».

—¡Despierta, Kehinde, despierta!

Los ojos de Kehinde se abrieron en un parpadeo y enfocaron la cara angustiada de Albert. Junto a él estaba Moriammo, y su cara expresaba preocupación. Moriammo se inclinó hacia adelante y dijo, para consolarla:

—Alby decir venir a buscarte, y como yo tu amiga, yo decir yo vengo. Ahora yo aquí. ¿Y con qué encontrar, eh? Con que tú llamar tu papá a gritos. ¡Despierta, hermana, vámonos a casa!

Kehinde, su espíritu aún regresando a regañadientes del otro mundo, murmuró:

—Acabo de ver a mamá y papá.

—Tus padres muertos desde mil novecientos *kererem*. ¡Despertar ahora, yo suplico!

—Has perdido mucha sangre —dijo Albert en voz baja, con una nota de culpa. Las dos mujeres le miraron, y él quedó momentáneamente confuso—. ¿Podrás moverte? —preguntó para desviar la atención. Era obvio que lamentaba la operación.

—Por supuesto que podrá moverse. Espera fuera, *oga*.

Moriammo tomó las riendas de la situación, ayudando a vestirse a Kehinde, que temblaba un poco. Miró la otra cama, pero estaba vacía. Leah se había ido.

Kehinde le habló a Moriammo con dificultad:

—El hijo que acabo de expulsar era el *chi* de mi padre, que volvía a visitarme. Pero me negué a permitir que se quedara en mi cuerpo. Era un varón.

Moriammo miró a Kehinde, que vio que su amiga estaba preocupada. Intentaba con todas sus fuerzas pensar en lo que convenía decir ahora. Arrugó la frente y chasqueó los labios. Se inclinó hacia Kehinde y dijo:

—No te preocupes, hermanita. Tu padre volverá. Si no a ti, acudirá a Bimpe cuando tengas un nieto. Piensa en ello.

En el coche, condujeron en silencio hasta llegar a casa de Moriammo. Mientras ésta se apeaba, dijo:

—Cuídate, hermanita. Procura descansar.

Cuando Albert puso en marcha el coche, Kehinde se volvió impulsivamente hacia él.

—Albert, ¿te dijeron cuál era el sexo del bebé?

—Mmmmmm, no era un bebé. Era un embrión que podría haber sido un varón.

—Y un hombre algún día —añadió Kehinde. Discretamente, Albert quedó en silencio. Fue un silencio tan prolongado y frágil que Kehinde supo que Albert estaba afligido. Kehinde quiso averiguar más—. Si hubieras sabido que era un chico, Albert, ¿me habrías hecho abortar?

—Quieres empezar una riña y yo no estoy de humor para ello. Lo hecho, hecho está.

—No me has respondido, Albert. Creías que era una niña, ¿verdad? Pero yo sabía que sería un chico. El *chi* de mi padre volvía para estar con nosotros. Había tomado la forma de mi hijo para cuidar de mí. Incluso vi a mi Taiwo y a mi madre.

Albert la miró con severidad, pero en lugar de hablar puso en marcha la radio. Anteriormente, nunca se había negado a consolar a Kehinde cuando ésta lo necesitaba. Ella se sentía como un barco a la deriva en una noche de tormenta, azotada por los vientos. Albert no podía ayudarla. ¿Cómo iba a hacerlo? Ella estaba sola, a pesar de que se dijera que el matrimonio eran dos personas formando una sola. El hecho de que el niño que ella acababa de expulsar fuera el padre de Kehinde regresando al mundo era algo que no podía dejar indiferente a Albert, aunque su imaginación no pudiera llevarle tan lejos. Kehinde le miró como si él fuera una nueva persona, su perfil nítido contra la ventanilla del coche. Él no tenía nada que ofrecerle.

7
La fiesta

—¿Una fiesta de despedida? —preguntó Prahbu, inclinando la cabeza a un lado, una costumbre que transmitía a su interlocutor una sensación de indiferencia. Pero la expresión era engañosa. Pues detrás de sus gafas de montura dorada sus ojos pardos centelleaban alegres y traviesos. Le encantaba visitar a sus amigos en el único medio día libre que se permitía a sí mismo y a su mujer. Aunque él y su mujer, Leila, eran musulmanes, originarios de Pakistán, eran muy liberales. Musulmanes de Londres, que no decían que no a una gotita de alcohol.

Prahbu conocía perfectamente el motivo de la fiesta de Albert, y deseaba impedírselo con todas sus fuerzas.

—Todavía puedes cambiar de opinión. Todavía puedes decirles que quieres recuperar tu empleo —dijo esperanzado.

El perfil de Albert contra la ventana era una silueta cincelada en negro contra una luz grisácea. Pero su sonrisa fue lenta y triste.

—¿Quieres decir que debería devolver mi finiquito y retirar mi dimisión, Prahbu? —Albert no carecía totalmente de humor—. Nuestras culturas nigerianas ponen mucho énfasis en el hogar. Los yorubas dicen «*Ori oye ki sun ta*»: la cabeza del heredero no debe dormir fuera, lo que significa que el heredero siempre debe ser enterrado en el poblado del padre.

Prahbu meneó la cabeza de un lado a otro y entonó:

—Lo sé, lo sé. Pero eso fue hace mucho tiempo. Supon que el heredero se fue a la guerra y murió allí, ¿eh? Todas esas cosas son muy bonitas, nostálgicas y románticas. Pero la verdad es que ya no son prácticas. Debes pensar con sentido

práctico. —Prahbu mostró las palmas de las manos, como si la respuesta a todo lo que no era práctico residiera dentro de ellas.

—Pero yo quiero regresar al modo de vida de mi padre, una vida relativamente fácil para los hombres, donde los hombres eran hombres y las mujeres, mujeres, y a uno se le respetaba como si fuera alguien. Aquí no soy nadie, sólo un empleado. Estoy harto de tener que escuchar a mi mujer y ser indulgente. La única alternativa es ir al *pub*, pero tener que estar entre todos esos borrachos blancos no es solución. No, volver a casa es lo mejor. Allí podré tomar mi copa en la galería, y la gente me prestará atención, incluyendo a mi mujer.

A la memoria de Albert acudió la imagen de su padre, un hombre grande, de lentos movimientos, tal como era cuando Albert crecía en Lagos. Los domingos, su padre y sus colegas se ponían sus impolutas *agbadas*, que sus mujeres pasaban gran parte de la semana blanqueando y almidonando. Iban de casa en casa visitando a los amigos, bebiendo vino de palma, comiendo nueces de cola y pescado seco. De esta manera se relacionaban con amigos y parientes, se ponían al día de las noticias y se permitían un poco de relajo.

—Pero la gente siempre dice que estoy occidentalizado. —Albert se sonrió irónicamente. De hecho, él interpretaba a la perfección el papel del padre de familia igbo en Londres. Pero no estaba ni mucho menos satisfecho con sus restricciones. Kehinde no lo comprendía, pero las hermanas de él sí.

Cuando volvieran a casa, Kehinde aprendería cómo se suponía que debía comportarse. Aquí estaba muy pagada de sí misma, interpretando el papel de mujer blanca de clase media, olvidando que no sólo era negra, sino una mujer igbo, simplemente porque trabajaba en un banco y ganaba más que él. En su país muchas mujeres trabajaban en bancos, pero no permitían que eso se les subiera a la cabeza. Albert amaba a Kehinde a su manera, pero necesitaba espacio para respirar. Tal como Kehinde sabía perfectamente, detrás de su apariencia de occidentalización el hombre igbo tradicional asomaba vivo y poderoso, esperando una oportunidad para reivindicar sus derechos de nacimiento.

Prahbu, sin embargo, aunque bastante familiarizado con los privilegios del hombre tradicional, veía con bastante escepticismo el hecho de que él o Albert pudieran arrogarse esas prerrogativas. Objetó:

—Sé lo que quieres decir, pero ese tipo de vida aquí no es posible. En este país reina una mujer, y al parecer dentro de poco la primera ministra también será una mujer. El problema comienza cuando las mujeres tienen una educación, y ahora es demasiado tarde para que eso cambie.

—Sí, pero yo quiero algo más —insistió Albert.

—Ah, ambición, ambición —dijo Prahbu, como si hubiera dado con la clave, abriendo los brazos en un abrazo universal—. Bueno, ahora tienes los medios, con tu finiquito y el dinero que obtendrás de la venta de la casa.

—No voy a vender la casa enseguida. El finiquito…, bueno, han sido bastante generosos. Voy a utilizar parte del dinero para alquilar un contenedor y embarcar el coche y unas pocas cosas, pero eso será después de la fiesta de despedida. Me iré dos semanas después de la fiesta.

—¿Va contigo tu mujer?

—Oh, no. —Albert rió—. Eso sería desastroso. Tenemos que volver en el orden en que vinimos a Londres.

Prahbu no podía ocultar su curiosidad. Albert estaba decidido a relatar el plan de regreso a Nigeria que había concebido para él y su familia.

—Lagos es como Londres, ya sabes. Es difícil encontrar vivienda. Cuando eso esté arreglado, tendré que conseguir un empleo, y luego buscar una escuela para los niños. Mi mujer se quedará a vender la casa.

—Ah —bromeó Prahbu—, pero tu mujer vino a Londres antes de que tus hijos hubieran nacido, de modo que ella debería volver a casa antes que ellos.

—Sabes cuál es tu problema, Prahbu, que eres demasiado meticuloso. Tú y Leila vendréis a nuestra fiesta, ¿verdad?

—Por supuesto que vendremos. ¿Va a ser una de esas fiestas nigerianas en que el anfitrión y la anfitriona se cambian de atavío cada hora y todos los invitados reciben regalos?

Albert se permitió una carcajada, casi con abandono.

—Así es como lo hacemos en Lagos.

—Deben de costar mucho dinero.

—El dinero está para gastarlo, Prahbu. Y no cada día vuelves a tu país natal después de pasar dieciocho años en Londres.

Aparte de Prahbu, Albert invitó a sus colegas blancos, a su jefe y a la señora de la limpieza. Todos aceptaron con mucho gusto y prometieron asistir. Albert observó que los blancos se sentían honrados de que se les invitara, mientras que los nigerianos daban la impresión de ser a ti a quien honraban al venir a tu casa, para que así el anfitrión se sintiera gratificado cuando sus invitaciones eran aceptadas. Así ocurría en el caso de Albert, sobre todo porque tenía la costumbre de hablar muy poco en el trabajo.

De hecho, envidiaba la espontaneidad de la relación entre Kehinde y

Moriammo. Ellas nunca temían cometer errores, y parecían perdonarse una a otra muy rápidamente. ¿Dónde encontraría a un hombre con quién poder hablar así?

Muchos de sus amigos y conocidos comunes asistieron a la fiesta. Kehinde, Moriammo y Amaka, la novia de su inquilino, todas trabajaban muy duro. Amaka, que hacía muy poco había llegado de Nigeria para estar con su novio, Oseloke, era una alhaja. Parecía estar en todas partes al mismo tiempo, abriendo la puerta a los invitados, repartiendo bebidas, o calmando a los niños. Sería muy buena esposa para Oseloke.

Albert iba de un lado a otro preparando las bebidas, encargándose de la música y aceptando felicitaciones de los amigos. Muchos de sus colegas no comprendían por qué había decidido dejar un trabajo seguro y volver a su país, después de dieciocho años en el mismo empleo. Pero casi todos sus compatriotas que vivían en Inglaterra lo comprendían, y algunos incluso le miraban con envidia. La imagen de la vida que llevaría en su país era muy vívida en su fantasía: descansando en un *bungalow* blanco, grande y ventilado, con grandes galerías sombreadas por frondas de palma a lo largo de la calle, riendo despreocupadamente y con más amigos de los que se pueden contar con las dos manos. El país nadaba virtualmente en petróleo, y el petróleo significaba dinero. Qué suerte tenía ese Okolo.

Kehinde no decepcionó a sus amigas. En el curso de la noche se cambió de ropa diez veces, tal como hacen las mujeres de los ricos en Nigeria, para proclamar su opulencia y elevar el ego del hombre de la casa. A Albert, que, al igual que Kehinde, había crecido en Lagos, le encantaba la ostentación. Había sido pródigo con el dinero de su finiquito, y se sentía tan excitado que las palabras se le atropellaban en la boca:

—Que sea la fiesta del año, K-k. Estoy seguro de encontrar un trabajo en cuanto vuelva a casa. Puede que, con el dinero de la venta de la casa, ni siquiera tengamos que volver a trabajar. El nivel de vida no es tan alto como el de aquí, pero de todos modos trabajaré.

—Parece que fue ayer cuando llegamos —había replicado cautelosamente Kehinde—. No teníamos más que juventud y entusiasmo, y ahora míranos. Nuestro reluciente Jaguar aparcado delante de nuestra propia casa, nuestros hijos… Oh, a veces tengo miedo de que nos estemos precipitando y de que en Nigeria no seamos capaces de prosperar tan rápidamente como aquí.

—Pues claro que en Nigeria prosperaremos. Es nuestro país, ¿no es cierto?

Una de las razones por las que me voy antes es para conseguir una buena vivienda, como corresponde a nuestra nueva imagen. Si nos fuésemos todos juntos, eso significaría tener que vivir con parientes, y no creo que eso te gustara.

Kehinde negó con la cabeza. No, eso no le gustaría.

—Entonces procura tener buen aspecto. Y no olvides comprar unos regalitos para nuestros invitados, tal como hacemos en nuestro país. Como ya te he dicho, quiero que la gente recuerde la fiesta que Albert Okolo dio al irse de Londres.

Kehinde no decepcionó a Albert. Exhibió ante sus invitados todos los estilos y telas del vestuario nigeriano tradicional, desde el *boubou* guineano hasta el *iro* y *buba* de *aso-oke*, pasando por la blusa de encaje igbo y el *lappa* George, para acabar con el vestido ceremonial igbo de *otu-ogwu* blanco. Éste consistía en una tela que le envolvía el cuerpo debajo de las axilas, dejando los hombros desnudos. Preciosas cuentas de coral le adornaban el cuello, el pelo y las orejas. La finalidad del atuendo era poner énfasis en su posición como primera mujer del primer hijo, y madre ella misma de un hijo. Kehinde se divirtió impresionando a sus invitados.

Entre éstos estaba Mary Elikwu, quien, junto con su marido, era una antigua amiga de Albert y Kehinde. Mary había dejado hacía poco a su marido, aduciendo que la golpeaba. Se había llevado a sus seis hijos. Para los hombres de su círculo era una curiosidad, y para las mujeres, una especie de reto. Para Kehinde era una perdida que no tenía sentido del decoro. Kehinde había considerado «olvidarse» de invitarla, pero Albert había anunciado la fiesta en la reunión familiar igbo del barrio. Cuando Mary Elikwu se acercó a Kehinde en la fiesta, ésta se puso rígida. Mary, que se había graduado en la universidad y se había manifestado públicamente en contra de los excesos de vestuario, *comenzó* a juguetear con las cuentas de coral.

—Cualquiera hubiera dicho que os estabais casando —comentó.

—¿Qué habrías hecho si tu marido te hubiera dado todos estos vestidos? ¿Los habrías roto? —Kehinde abrió sus grandes ojos y la miró mordazmente de arriba abajo. Kehinde consideraba que Mary Elikwu estaba ridícula con su sencilla blusa de Marks and Spencer y un *lappa* George que ya no estaba de moda. Qué cara. Se preguntó por qué Albert la había invitado…, una mujer que se había negado a hacer que su matrimonio funcionara.

Mary Elikwu se quedó sorprendida por la reacción de Kehinde. Su intención había sido hacerle un cumplido, pero estaba aprendiendo muy deprisa que una

mujer que abandona a su marido siempre será marginada, incluso por aquéllos a quienes ella y su marido consideraban buenos amigos. Oyó su propia voz que decía:

—Lo siento, Kehinde. No lo decía con mala intención, créeme. Son unas ropas preciosas.

—Señora Okolo, si no te importa —le espetó Kehinde, estirando su cuello grueso y bastante corto lo más posible para exhibir en todo su esplendor sus cuentas de coral.

—Oh, pero tú puedes llamarme Mary —insistió Mary Elikwu, en lugar de dar media vuelta y esconder la cara en un rincón, como habría preferido Kehinde —. Profesionalmente, no utilizo el nombre de mi marido. Prefiero usar el de Jackson. —Mary parecía no comprender que sus intentos de apaciguar a Kehinde sólo conseguían enfurecerla aún más. Su último comentario había conseguido enajenarla completamente.

«¿Qué ocurre con esta mujer? —se preguntaba Kehinde—. No quiere que la llamen "señora", cuando cualquier mujer nigeriana se muere por ese título. Incluso profesoras y doctoras, o directoras de empresas, todavía se llaman a sí mismas "profesora (señora)" o "doctora (señora)". Esta mujer debe de estar loca. ¿Es que se cree más importante que todas las demás? No la entiendo».

—Señora Okolo, señora Okolo —llamó Amaka desde la cocina—. Por favor, mamá, venga y dígame cómo quiere que se sirva este *moyin-moyin*.

Kehinde pasó junto a Mary Elikwu y entró en la cocina, y de camino se recorrió los dientes con la lengua. Esa mujer debía de estar celosa, se dijo, sintiéndose satisfecha con la explicación. A pesar de todos los títulos universitarios de Mary Elikwu, ella, Kehinde, valía mucho más que una mujer que ni siquiera había sido capaz de conservar a su marido.

Kehinde aún llevaba su *otu-ogwu* mientras permanecía junto a la puerta, de la mano de Albert, como cualquier otra pareja occidental. En una silla próxima había un enorme cesto que contenía hermosos regalos envueltos para los invitados. Kehinde introdujo su mano libre en el cesto y le dio a cada persona el primer paquete que le vino a la mano. Algunos contenían platos de pyrex, otros un disco de larga duración, o una botella de vino caro. Todo el mundo se llevó algo a casa, como si fuera una auténtica fiesta nigeriana.

Los últimos en marcharse fueron Moriammo y su marido, Tunde, que todavía llevaban su máscara social mientras se despedían. Al igual que muchos africanos en Londres, a lo largo de los años habían aprendido a decirle a la gente

exactamente lo que quería oír, y eso se había convertido en su segunda naturaleza. Mientras cerraba la puerta delantera, Kehinde se inclinó para quitarse los zapatos. Eran de ante, caros y cosidos a mano, pero le dolían. No era una mujer delgada, y había estado de pie toda la velada. Sin embargo, a Kehinde no le importaba el dolor, puesto que había logrado provocar el efecto deseado.

Albert estaba satisfecho consigo mismo, su familia y la fiesta. Abrió los brazos e invitó alegremente:

—Ven a mis brazos, señora Kehinde Okolo.

Tomó a Kehinde y comenzó a bailar con ella, cantando el éxito de Bonnie Mack, *My sweetie, my sugar*. Fue algo tan inesperado que Kehinde dejó caer los zapatos que acababa de quitarse.

—¿Te encuentras bien, Alby? Procura controlarte. Los niños están arriba, ¿o es que te has olvidado de ellos? Y yo tengo que recoger los vasos antes de irme a dormir.

—Deja todo eso, venga. Vamos, señora esposa.

Albert la empujó hacia el dormitorio del piso de abajo. Kehinde estaba demasiado cansada para ofrecer resistencia, agotada de llevar una máscara social, decir tonterías y hacer de anfitriona. Percibió la liviandad del tacto de Albert, su retozonería y su impaciencia. No pretendió satisfacerla primero. Se sentía muy seguro de sí mismo, como un muchacho que se ha librado de tener que ir a la escuela. Antes de que ella comenzara a obtener algún placer, él ya había acabado y se había quedado dormido.

Aunque su cuerpo estaba exhausto, Kehinde se encontró con el sueño vedado. Se quedó echada en la oscuridad y pensó en el cambio que estaba experimentando Albert, recordando sus primeros días juntos. Contrariamente a muchas parejas nigerianas, él se había adaptado fácilmente a los dictados culturales de Inglaterra. Había llegado a Londres en 1960, e hizo venir a Kehinde un año después, cuando ella tenía dieciocho años y trabajaba en un banco de Lagos. Nada más llegar a Inglaterra, Kehinde encontró trabajo en otro banco. A través de un programa de aprendizaje en el empleo, ascendió de cajera de ventanilla a ayudante de dirección en poco más de diez años. Albert también subió de categoría.

Durante esos años nacieron Joshua y Bimpe. Kehinde había visto cómo vivía su hermana Ifeyinwa, y sabía cómo había muerto su madre, de manera que no estaba ansiosa por tener una gran familia. Se sentía bastante contenta, y ni siquiera la noticia de la muerte de su padre la afectó durante demasiado tiempo.

Igualmente, las noticias del incremento de la violencia y de los repetidos golpes de Estado en Nigeria le causaron poco impacto. Asumieron que con el tiempo regresarían y construirían su propia casa en Ibusa, su pueblo natal.

Kehinde no podía señalar con precisión en qué momento las hermanas de Albert habían comenzado a influir sobre su matrimonio. Sus cartas y los periódicos parecían estar llenos de noticias sobre la fiebre del petróleo en Nigeria, pero, por lo que a Kehinde se refería, les iba bien en Londres, y no había motivo para regresar. Les encantaban las fiestas y salían a menudo en el viejo Jaguar, que Albert lavaba y bruñía cada viernes por la noche. Ocupando el asiento del copiloto, junto a Albert, con Sonny Ade o Bob Marley sonando en el estéreo del coche, Kehinde no se preocupaba demasiado de lo que ocurría en el mundo.

Los pensamientos de Kehinde regresaron abruptamente al presente. Era consciente de que la seguridad en sí mismo que ahora rebosaba Albert la inquietaba, y, un tanto reacia, comenzó a preguntarse cómo debía arreglárselas sola Mary Elikwu. Había trabajado tanto para la fiesta, poco después de aceptar someterse al aborto y poner la casa en venta, que le parecía merecer más consideración de la que Albert le tenía. Su esperanza había sido que, después de todas las concesiones que ella había hecho, su relación fuera más estrecha que antes, pero, por contra, le parecía que Albert se le escurría entre los dedos, como hielo que se derrite. Tuvo la sensación de ser el único miembro de su familia satisfecho de estar en Londres. Albert apenas podía ocultar su alegría ante la idea de volver a casa, y a los niños se les había contagiado su entusiasmo. Kehinde se preguntaba por qué le era tan difícil compartirlo.

¿Y por qué le había hecho el amor de ese modo, como si en ella no hubiera deseo que satisfacer? Especialmente teniendo en cuenta que él se iría en cuestión de semanas. Quince años era mucho tiempo para invertir en un proyecto y todavía no estar segura de él. Kehinde se dijo que era estúpido sentirse tan insegura de pronto. Se dio la vuelta para dormir, resolviendo tomarse las cosas como vinieran.

8
Las cartas de Albert

Sonó el teléfono. Kehinde lo cogió y escuchó durante un instante antes de estallar con tono irritado:

—Muy bien, ¿así que viene mañana? Estoy harta de toda esta gente que mete las narices en mi casa. Sí, claro que quiero venderla, pero estoy segura de que la pareja que vino la semana pasada simplemente quería tomarse el día libre. Debería decirle a la gente que esto no es una tienda de muebles… Sí, lo sé, pero eso no significa que todos los Torn, Dick y Harry tengan derecho a invadir mi intimidad… Muy bien, se la enseñaré. —Kehinde colgó el auricular con estrépito, y al mismo tiempo se pasó la lengua por los dientes.

—Deberías haberle dicho a papá que vendiera la casa antes de irse —dijo Joshua, lo que fastidió aún más a Kehinde.

—Mamá también puede venderla si quiere —la defendió Bimpe.

—¿Puede? Hace meses que viene gente y nadie la compra. Apuesto a que papá la habría vendido en un periquete —dijo Joshua chasqueando los dedos.

—Mamá también puede hacerlo. —La voz de Bimpe adquirió un tono peligrosamente bajo. Kehinde sabía que si dejaba proseguir la discusión, Bimpe acabaría echándose a llorar. Los niños echaban de menos a su padre, y ella también.

—¡Basta, los dos! Ayuda con la cena, Joshua. Hierve el arroz, y nos lo tomaremos con el pescado guisado que hay en la nevera.

—Sólo porque papá se ha ido, ya no te importa quién prepara la comida.

—No me calientes la cabeza, ¿me has oído, Joshua? Creía que te gustaba el arroz. ¿Así que por qué no quieres hervir suficiente para todos? Tardará lo

mismo. ¿De qué te quejas? Yo misma te calentaré el pescado si eso va a hacer que te sientas mejor.

—Hay familias en las que los niños no tienen que preparar el arroz —murmuró para sí mismo Joshua mientras salía desgarbadamente de la cocina.

—Tía, tía, he vuelto. ¿Ha tenido un buen día? —La voz de Amaka vibró desde el vestíbulo.

—Esa mujer tiene la voz gangosa…, vaya —se quejó Joshua en voz alta, sin importarle que Amaka le oyera o no.

Bimpe se apresuró a cerrar de un golpe la puerta de la cocina y miró a su madre. Las dos rieron solidarias.

Kehinde fue al vestíbulo a hablar con Amaka, que tenía buenas noticias. La habían aceptado en un parvulario. Estaba muy excitada. Había ido a Inglaterra para estar con el novio que tenía desde la infancia, y poco después habían decidido casarse. Él acabaría su curso de publicidad y los dos volverían a su país. En Nigeria incluso le habían concedido una beca para acelerar su éxito. El futuro de los Oseloke era brillante.

Albert, antes de irse, le había pedido a Oseloke, el marido de Amaka, que ayudara con los gastos de mantenimiento de la casa. Quedó entendido que los Oseloke se mudarían en cuanto Kehinde encontrara comprador. Seis meses más tarde, había aparecido una gotera en el techo, que Kehinde no podía permitirse hacer reparar. Esperaba que Albert le enviara dinero de Nigeria. Había oído decir a algunas personas que en Nigeria el dinero manaba como el agua, como resultado de la fiebre del petróleo. Kehinde lo creía cuando pensó en el despilfarro del Festac 77, el festival panafricano de las artes y la cultura, celebrado en Lagos.

Por una vez, Kehinde tuvo que admitir que sentía envidia. Sabía que sería desastroso permitir que la gente supiera cómo se sentía, pero toda su confianza se estaba diluyendo. Unos meses antes, Amaka no se habría atrevido a gritarle desde el vestíbulo. Ahora no sólo gritaba, sino que Kehinde se alegraba de enterarse de sus buenas noticias.

Y pensar que ella y Albert los habían compadecido la primera vez que aparecieron, protegiéndolos de los funcionarios de inmigración. Oseloke era un inmigrante ilegal, pero cuando las autoridades se enteraron de su presencia, era ya un estudiante becado, con un trabajo a tiempo parcial y un número de la seguridad social. Cuando Amaka llegó para estar con él, se encontró con un

novio ya establecido en Londres, y una vez casados ella pudo quedarse con todas las de la ley.

Al igual que Albert, no querían permanecer en Inglaterra más de lo necesario. Nunca dejaban de hablar de Nigeria, de la amistad, el dinero, de lo fácil que allí era la vida. Albert se había visto arrastrado por una oleada de optimismo que ahora también alcanzaba a los niños. Éstos hablaban constantemente de ver a su papi y a su tía Selina.

Kehinde se tragó sus sentimientos y escuchó el relato de la buena suerte de Amaka, emitiendo los esperados sonidos de felicitación. Al menos pronto se irán a Nigeria, se dijo a sí misma.

Poco después llegó una carta de Albert. Como casi todas sus cartas, se parecía a una de esas listas de pedidos que solía despachar en su anterior empleo, en los muelles del este de Londres.

Kehinde tenía que preparar a los niños y asegurarse de que les pusieran todas las inyecciones; debía comprarles una docena de pares de calcetines y ropa interior. Los billetes que le incluía en la carta eran para ellos. Les había conseguido plaza en una bonita escuela privada, donde podrían estudiar con mucha tranquilidad y pocas distracciones.

Kehinde sabía que eso significaba un internado, la elección automática de la élite de Nigeria. Al rememorar su vida en la Escuela Convento del Monte Carmelo, Kehinde decidió que unos cuantos años en un lugar como ése les harían bien a Bimpe y Joshua. Pero los echaría de menos.

Cuando se lo dijo a los niños, estuvieron encantados. Si Kehinde había albergado la mínima esperanza de que protestaran, se quedó decepcionada. Aparte de su estancia con un padre adoptivo cuando eran pequeños, nunca habían viajado a ninguna parte, y habían escuchado con curiosidad los relatos que sus amigos hacían de sus experiencias en vacaciones. Ahora se les prometía una verdadera aventura. A pesar de sí misma, Kehinde percibía aquella reacción como una traición. ¿Acaso no sentían nada por ella? Tuvo que convencerse a sí misma de que sería bueno para ellos experimentar la vida nigeriana.

Unos pocos días después de que se marcharan, Kehinde comenzó a sentir de nuevo aquella intrusa voz interior, la voz de su gemela muerta, Taiwo. Estaba mucho más sola, sin nadie a quien confiarle sus angustias. Moriammo, con la cual podría haber hablado de sus preocupaciones, acababa de dar a luz a un chico, y estaba inmersa en la maternidad y en la devota atención de Tunde. Kehinde ni siquiera podía visitarla sin tenerlo a él rondándolas continuamente.

El nacimiento del bebé había transformado a Tunde, y Moriammo disfrutaba de aquella relación nuevamente afectuosa. Eso aumentaba la sensación de aislamiento de Kehinde, su impresión de estar marginada de la vida de todos los demás. Por ello, la voz de Taiwo era fuerte en su interior, y articulaba sus miedos vagamente reconocidos.

«¿Por qué las cartas de Albert no dicen nada? ¿Qué está ocultando? ¿Por qué de pronto Ifeyinwa ha dejado de escribir?». Ya había pasado un año desde que él se marchara. El sueño que había tenido en el hospital volvía a su mente, y también la voz de Taiwo: «Ves, nuestro padre venía para protegerte de todo esto, pero le mataste. ¿Crees que tu Alby puede vivir solo todo este tiempo? ¿Quién te imaginas que le proporciona las atenciones que necesita para sobrevivir?». Kehinde a veces se sentía al borde de la locura. Para disipar la voz, a veces prorrumpía en un himno: «Dulce sacramento de la paz», y lo cantaba en voz alta, una y otra vez. Pero cuando se interrumpía, la voz seguía estando ahí. «¿Por qué no vas a Nigeria y averiguas qué está sucediendo antes de que sea tarde? ¿Has olvidado que en Nigeria se considera viril que los hombres sean infieles? Y aun cuando él no fuera detrás de las mujeres, ellas irían a por él».

—Pero primero tengo que vender la casa. ¿Y por qué tengo que justificarme ante ti? ¡Por qué no te largas y te quedas muerta!

—Tía, tía, ¿se encuentra bien? —dijo la solícita voz de Amaka.

Kehinde se disculpó con una risa.

—No te preocupes por mí. Creo que estoy empezando a echar de menos a mi familia. Ahora hablo sola de la venta de la casa.

—Ah, tía. Su familia no es sólo el señor Okolo y los niños. ¿Qué pasa con nosotros, es que no somos también su familia? Puede hablar conmigo, con nosotros, si quiere. No es bueno hablar sola. —Amaka parecía la niñera en que se había convertido.

—No es eso. Pero no te preocupes, no lo entenderías.

En secreto, Kehinde comenzó a hacer planes para marcharse. Sabía que dejar medio vacía una casa de ese tamaño era un derroche y una estupidez. Instaló a Amaka y a su marido en la habitación más grande y puso en alquiler los dos cuartos más pequeños. Aceptó el primer inquilino que se le presentó.

Michael Gibson trabajaba en el centro social del barrio. Era bienhablado y educado, y aunque era negro procedía del Caribe. A ella le gustaba su amabilidad, pero Kehinde se dijo que aquel hombre no se quedaría mucho tiempo. Un negro soltero con un buen empleo era una mercancía demasiado

preciada como para pasar desapercibida. Alguna pega debía de tener, pero siempre y cuando pagara el alquiler a tiempo, Kehinde no iba a ponerse a curiosear. En un lugar recóndito de su mente rezaba para tener una mujer de inquilina, y al principio había vacilado, sobre todo porque aquel hombre no era nigeriano. Después de unos días de tenerlo en su casa le sorprendió haber alimentado ese miedo. ¿Había sido causado por lo que diría la gente —su gente —: «Mira, tiene un nuevo inquilino en casa, y es un hombre, y encima extranjero»? Ella y Albert nunca se habían tratado con negros que no fueran nigerianos. De todos modos, razonó, puesto que también vivían ahí Oseloke y Amaka, el arreglo era lo suficientemente decente. Nadie podría acusarla de trabajar y vivir solo para sí misma. Cuando llegara a Nigeria, compraría todos los lujos occidentales necesarios para establecerse como próspera señora de su casa: cosas esenciales como una lavadora, un frigorífico, una televisión y un vídeo. En cuanto a la cadena musical, compraría la más grande y ruidosa que pudiera permitirse.

Pero supongamos, supongamos que después de todo, Albert tenía una novia o le había sido infiel. Su malévolo *chi*, en la voz de su Taiwo, no dejaba de insinuárselo. ¿Cómo se lo tomaría?

Albert no era así, se dijo Kehinde. Ella le conocía hasta la médula. Él era distinto, tenía principios, y el principal de todos ellos era hacer feliz a su familia. No, Albert no era de esos que rompen su familia o la hacen desdichada. La voz de Taiwo era simplemente malévola.

Además, Nigeria también era su país. ¡Ella no podía haber cambiado tanto! ¿Qué chica nigeriana sería capaz de soportar la presencia de una rica y próspera señora recién llegada del extranjero? ¡No se atreverían a competir con ella! Y en cuanto a las cartas de Albert, él nunca había sido un gran escritor de cartas, ni siquiera cuando la cortejaba.

Primero tenía que vender la casa, pero eso también estaba resultando lento y estresante. El cartel de «En venta» que había delante de la casa aleteaba al viento recordándole su fracaso.

El sonido de la puerta delantera abriéndose lentamente la despertó de su ensueño. Era Michael Gibson. Tenía la costumbre de decir a modo de saludo: «Sólo soy yo», mientras entraba en la cocina.

—Buenas noches, señora Okolo.

—Buenas noches, señor Gibson. ¿Ha tenido un buen día?

—No puedo quejarme.

A juzgar por sus expresiones, Michael Gibson llevaba mucho tiempo en Inglaterra. Al igual que los Okolo, era un negro bastante bien educado en un empleo de clase media baja. Kehinde a veces se preguntaba cuál era su historia, por qué un negro atractivo de poco más de treinta años aún vivía solo, y además un negro con un buen empleo. Muchos negros no soportaban la rutina durante mucho tiempo, y reaccionaban al inevitable racismo más violentamente que las mujeres. Este hombre, por el contrario, era tranquilo y considerado, tal como había que ser para conservar su empleo de trabajador social.

Al igual que los Oseloke, Michael Gibson prometió mudarse en cuanto Kehinde encontrara un comprador, y por ese motivo ella le rebajó el alquiler. Se le permitía utilizar la cocina, pero nunca lo hacía. Se preparaba el té y el café en su habitación y comía fuera, incluso los domingos. Los negros saben gastar el dinero, pensaba Kehinde.

—Sabe, señora Okolo, hoy hace muy buen día.

Kehinde no se había dado cuenta de que aún estaba de pie en el vestíbulo, avanzando con dificultad entre la publicidad gratuita que se introducía debajo de las puertas de la mayoría de hogares de Londres. Debía de haber estado observándola. Eso infundió un poco de vida a la voz de Kehinde, que le respondió animadamente:

—Sí, hoy el sol brilla de verdad. Por una vez, tengo calor.

Michael Gibson rió educadamente.

—¿Entonces ha tenido un buen día?

—Sí, señor Gibson, gracias.

Esta breve conversación la sacó de su pesimismo. Michael Gibson se encaminó pensativo escaleras arriba y Kehinde fue a la habitación de delante para ver si podía charlar con Moriammo por teléfono. La cocina quedaría vacía para el señor Gibson, en caso de que deseara utilizarla, pero no lo hizo. Con Moriammo tuvo más suerte. Tunde no estaba en casa, así que hablaron durante dos horas, y Kehinde se sintió más aliviada. Después de todo, la factura telefónica era asunto suyo.

Semanas más tarde llegó carta de Joshua y Bimpe. Estaban en una escuela privada, y lo pasaban muy bien. En la escuela de Joshua, ellos mismos construían sus propios lavabos, y cada clase tenía un trozo de tierra para cultivar, por lo que la escuela no tenía que comprar huevos y verduras. Su padre había ido a verles el sábado anterior. Bimpe observaba: «Aquí hay muchas tías, algunas incluso viven en nuestra casa. Me gusta, pero debes venir pronto. Aun cuando no

puedas vender la casa, ven a ver a papá y a tus parientes. Tu hermana tía Ifi es encantadora».

Unos pocos días después llegó carta de Albert. «Las calles de Lagos son como Petticoat Lane en sábado», decía. «La vida social es estupenda. Debido a mi nuevo trabajo tengo que viajar al norte, a lugares como Kano, Maiduguri y Kaduna. No puedo enviarte dinero porque, después de todo, K, tú tienes un buen empleo, y deberías poder pagar las facturas con tus ingresos. ¿Los Oseloke ya no viven ahí? K, debes aprender a administrarte mejor. Cuídate, Alby».

9
La visita de Moriammo

—Sólo soy yo.

—¿Es quién, K? —preguntó Moriammo.

—Nuevo inquilino —replicó Kehinde, dándole una patada en el pie a su amiga.

—¡Au! Yo no sabía que nuevo inquilino aquí. ¡Pero es un hombre, K!

—¿Yo no dije otra noche por teléfono? Tú no escuchas. ¡Y ahora calla, por favor, él en casa!… Señor Gibson, ésta es mi amiga Moriammo. Trabajábamos juntas en la sucursal de Crouch Ende.

Michael Gibson se quitó el sombrero, e inclinándose ligeramente dijo:

—Buenas noches, señora. —Al mismo tiempo se volvió hacia Kehinde y preguntó—: ¿Cómo se encuentra hoy, señora Okolo?

—Estoy bien. ¿Ha tenido un buen día?

—No puedo quejarme.

La cara de Moriammo era un cromo. Estaba estudiando las ropas perfectamente lavadas y planchadas de Gibson, el pelo cortado casi a cepillo y sus manos limpias. Arqueó las cejas, dando a entender: «Si yo fuera tú, me preocuparía de lo que dirá la gente».

—Tú no yo —dijo Kehinde—. Los Oseloke también aquí, ¿has olvidado?

—Yo no dicho nada, hermanita. Sólo que manos de él demasiado limpias para un hombre. Ya sé lo que gente dice de manos de africanos que no ásperas de mucho trabajo. Con manos tan finas seguro que hace trabajos de artesanía.

—¡De verdad, Moriammo, tú la vergüenza de las mujeres musulmanas!

Las dos rieron.

—Hombres nunca pueden ganar, ¿no crees? Si sucios, nosotras decimos que son sucios. Si limpios, nosotras quejamos si ellos más limpios que nosotras. Quizá por eso algunos vuelven blancos y no se casan —observó Kehinde.

—¿Quieres decir que hombre tan atractivo no mujer todavía? Oh, oh, oh, ¿pero qué tienes tú aquí, Kehinde? Yo no fío de hombres que perfumarse.

—¿De qué estás hablando, Moriammo? ¡Alá sea alabado! Yo nunca pensar en ello. Ya veo, ya veo. No es de extrañar.

—Oh, no, yo no sugiero nada. Simplemente estado a punto de decir que…

—Pues no digas —dijo Kehinde seriamente y con énfasis. Abrió las palmas de las manos delante de la cara de Moriammo para impedirle decir nada más. A continuación, Kehinde le sirvió a su amiga llantén y pollo. Al estar solas, comían sin ningún decoro, chasqueando los labios como niños engullendo comida robada. No había nadie para decirles que no comieran en la habitación de delante.

—No me gusta el tono de las cartas de Alby. Parece estar arreglándoselas…, ya sabes, muy bien sin mí. Escribe, pero no dice gran cosa.

Demasiados «te lo advertí» echan a perder la amistad, pensó Moriammo. En lugar de hablar, se llenó la boca de jugoso llantén. Estudió la cara de Kehinde para ver cómo se lo tomaría, pues ya no era alguien a quien sólo le dijera lo que quería oír. Su amistad había resistido muchas vicisitudes, y se tenían bastante confianza.

—¿Entonces por qué tú no vas a Lagos, con Alby? ¡Yo diré algo, chicas vuelven locas por cualquiera que acaba de llegar de Inglaterra!

—Pero en Nigeria sólo importan diplomas y títulos. Todo este aprendizaje en el empleo yo he hecho aquí, allí no significa nada —explicó Kehinde desconsoladamente.

—Yo digo que cosas no tan mal. Tú encontrarás trabajo en otro Barclays. Será como traslado… de una sucursal de Barclays a otra.

—¿Dónde estado tú todo este tiempo, Moriammo? Ya no más Barclays. Ahora banco Unión. Nigeria boicoteó Barclays por problemas de Sudáfrica.

—¡Vaya! ¡Qué cosas pasan! —Moriammo masticó pensativa—. Pero yo segura tú encontrarás otro empleo. Y si no, queda en casa y juega a ser gran señora. Muchas mujeres *oyinbo* hacen eso todo el día. Trabajo de Alby bueno. Y tú salvarás matrimonio. Y eso lo más importante. Mujeres sin marido son molestia para todo el mundo. Bueno, tú ya sabes, ¿*sebi*?

Kehinde no quería ser una molestia para nadie. Cuando volviera a su país

sería para salvar su matrimonio. Y aunque la voz de su Taiwo le instaba a ir, su yo racional le decía que no había necesidad de darse al pánico. Conocía a su Alby. Un año en Nigeria no podía haberle cambiado tanto.

Kehinde imaginó cómo se sentiría si fuera completamente dependiente de Albert, una situación que se le haría muy extraña. ¿Cómo podía esperar que Albert se hiciera cargo de todas sus necesidades financieras, sólo por el hecho de estar casada con él? Y con todas sus hermanas y parientes mirando. Era demasiado poco africano. Para una mujer igbo, su capacidad de trabajo es su mejor baza. Si no se la veía como alguien productivo, podía imaginarse una situación en la que intentarían convencer a Albert de que la abandonara, pero él nunca cedería a dicha presión.

—¿Qué murmuras? Ya no tienes edad para hablar con tu hermanita, *¿abi?* Dicen que hermanos gemelos hablan solos muchas, muchas veces.

Kehinde dejó escapar una risita para ocultar su azoramiento.

—No, sólo digo que mejor nunca depender financieramente de nuestros maridos. Al menos mi madre nunca dependió.

—¿Cómo sabes? Tu madre murió cuando tú muy pequeña. Tú vuelve a Nigeria, relaja. Tú, convertirte en gran señora. Tú repantigar en casa. Ser como mujer blanca. Disfrutar del sol. Allí también tener muchos sirvientes. ¿Cuál es problema, entonces?

—¿Quién crees que yo ser? ¿Es que no ves que yo mujer igbo?

—Sé quién tú eres. Mujer igbo que no feliz hasta que trabajar y trabajar y llevar las cargas de todo el mundo. Tanto trabajo, ¿tú creer que eso dar algún poder?

Kehinde miró a su amiga con respeto. Moriammo era más perspicaz de lo que ella creía. Era Moriammo quien ahora estaba azorada. Las dos mujeres, aunque eran amigas muy íntimas, ocultaban sus puntos débiles. Rieron, una carcajada aguda y sonora que careció de convicción. Moriammo rápidamente se refugió en una guasa hueca:

—El mundo patas arriba. Ése mi presentimiento.

—No, el mundo da muchas vueltas. Después de todo, siempre dicen que gira y gira sin parar. Casi todas las mujeres *oyinbo* que yo conozco ellas trabajan, como nosotras.

—Ser cierto. Tú sabes, K, a mí no gusta pollo sin pimienta. A este pollo falta pimienta. Pollo sin pimienta dar acedía.

Moriammo estaba decidida a volver a asuntos más mundanos.

—¿Dónde tú leído eso?

—¿Que dónde leído eso? En Enciclopedia Mundánica.

—Oh, Dios mío, Moriammo. Tú asesina de lengua inglesa.

—Yo no pedí que ellos venir a Lagos y hacérmela tragar a la fuerza. Un poco de pimienta. Yo no puedo tragar.

Kehinde fue a la cocina y trajo un frasco de una magnífica salsa a la pimienta de Ghana, que dejó en el suelo donde comían, con las piernas abiertas.

Con el malévolo espíritu de Taiwo en su interior, Kehinde puso uno de los vídeos «picantes» de Albert. Se carcajearon a mandíbula batiente y despertaron a Olumide, el bebé de Moriammo, que estaba apoltronado en un rincón del sofá. Se había portado tan bien que casi le habían olvidado, pero comenzó a armar mucho alboroto, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Moriammo se limpió la salsa de pimienta de la mano con una servilleta de papel y le cogió en brazos.

—Yo voy a calentar biberón. Bebé arma mucho *palava*, ¿eh?

—Nosotros pronto volveremos a casa. Hoy él portado muy bien. Él dormir mientras nosotras ver todas estas tonterías. ¡Pero esa gente loca, bah! Olumide buen muchacho. No dirá a papá nada.

—Si Olumide dice, a papá dar patatús.

—¿Sólo patatús? Él quedar muerto en el suelo. —En los ojos de Moriammo había un brillo travieso mientras cogía al bebé.

Fuera aún no había oscurecido, pero caía la tarde. Las dos mujeres escrutaron en todas direcciones antes de intercambiar una mirada. ¿Dónde estaba el cochecito del niño? Lo habían dejado fuera, en el porche.

—K, ¿dónde está cochecito? —Moriammo recobró el habla. Kehinde le entregó la manta del bebé, que se había apretado contra el pecho como buscando alivio. Fue corriendo calle abajo, ahogando el impulso de gritar. Estaba en Inglaterra, y en Inglaterra se sufre en silencio. Pero del cochecito, ni rastro, sólo puertas cerradas y coches aparcados, y unos cuantos árboles esqueléticos. Pasaron una o dos personas que ni siquiera las miraron, pero el cochecito no se veía por ninguna parte.

Kehinde regresó al lado de Moriammo, que estaba junto a la puerta, con el bebé en brazos. Se oyeron voces, la de Amaka por encima de las demás. Oseloke y Michael Gibson también salieron, y todos empezaron a hablar coléricamente. Aquel cochecito azul que tanto dinero les había costado se había desvanecido en el aire.

—No puedo creerlo, es que no puedo creerlo. —Kehinde se volvió hacia Moriammo, que le devolvió la mirada, todavía apretando a Olumide contra su pecho. Tenía los ojos enrojecidos, y los labios gredosos de tan secos. Ninguna de las dos subestimó la escala del desastre ni la reacción de Tunde.

Moriammo tenía dos niñas, de nueve y once años. Cuando aquella mañana, en el Wimpy, Kehinde le dijo que estaba embarazada, ella también se decidió a probar suerte. Había tenido que obligar a Tunde, que era un amante perezoso y reacio. Moriammo nunca había visto ni oído hablar de nadie como él. Si Tunde hubiera sido blanco, y capaz de cuidar de sí mismo como es debido, ni se habría molestado en casarse. Pero la madre de Tunde no quería ni oír hablar de tal abominación. Alguien te había tenido, así que tú también debías engendrar a otra persona, pues así funcionaba el mundo.

Moriammo insistió hasta conseguir lo que quería. Le amenazó con no cocinar para él. Pero sólo se salió con la suya cuando amenazó con escribir a su familia diciéndoles que su marido era impotente. La potencia es un atributo esencial del hombre nigeriano, y Tunde haría cualquier cosa para demostrar su virilidad y evitar la humillación de que su mujer fuera por ahí diciendo que «no servir para nada en la cama». Él sabía que ella quería otro hijo, pero ¿y si era niña? ¿Qué haría? ¿Cómo podía un hombre mantenerse en su sano juicio en una casa llena de mujeres? Pero era mejor ceder y arriesgarse a tener una niña que hacer frente a las rabietas de Moriammo. Él le dio lo que quería con bastante desgana. A Moriammo poco le importó, siempre y cuando se quedara embarazada. Su vida cotidiana estaba tan llena de actividades que poco le importaba que su matrimonio no fuera más que pura conveniencia. A lo largo de los años, Moriammo se había acostumbrado a sus ronquidos nocturnos, y aún daba gracias de que él no fuera más exigente. A pesar del pobre rendimiento sexual de Tunde, ella se quedó embarazada casi enseguida. Poco después, Kehinde y su marido decidieron que iban a abortar. Antes de que ella pudiera decidirse a aconsejar a su amiga que se lo pensara otra vez, ya lo habían hecho, y sólo le quedó consolar a Kehinde, anegada en culpa. Siendo musulmana, le sorprendía lo que habían hecho, pues Alby y Kehinde parecían llevarse muy bien, y se les veía tocarse y bromear abiertamente, sin importarles quién estuviera mirando. Moriammo había creído que, al ser Albert cristiano, se podía confiar en que tratara a Kehinde con respeto.

Decir que Tunde rebosaba satisfacción el día en que Olumide nació sería quedarse corto. Estaba loco de alegría. Telefoneó a todos sus amigos, tanto en

Inglaterra como en Nigeria, y comenzó a llamarse a sí mismo «Tunde e Hijos Ltd». Le llegaron regalos de todas partes. El día en que le pusieron nombre al niño invitó a tanta gente como si fuera una boda, y alquiló una *suite* en el London Park Hotel para el convite. La foto del bebé apareció en todos los periódicos nigerianos de Londres: «Olumide: mi salvador, mi portaestandarte, mi guerrero está aquí». Nada era demasiado bueno para él. Moriammo iba a tomarse un año sabático para cuidar de él, a fin de que no se viera expuesto a los peligros de las niñeras.

Tunde nunca le daba dinero a Moriammo para los gastos de la casa. Aportaba diez libras a la semana para comprar carne, excepto las semanas en que mataba cuatro o cinco conejos de los que criaban en el patio trasero. Pero para su hijo Olumide compró el cochecito más caro que encontró en la tienda Mothercare de su barrio. Moriammo se acobardó al pensar en lo que haría y diría Tunde al enterarse de que había desaparecido.

—Creo que es mejor llamar a la policía —sugirió Gibson.

—Sí, hágalo, pero yo debo volver a casa ahora mismo —dijo Moriammo con una voz llena de angustia.

—¿Qué clase de vecindario es éste? —se oyó decir a Amaka.

—Roban cualquier cosa. —La voz de Kehinde era de disculpa.

—¿Por qué no lo dejaron en el pasillo? Estos cochecitos tan grandes cuestan una fortuna hoy en día —dijo comprensivo Michael Gibson.

—No dejaré de buscarlo —prometió Kehinde.

Moriammo, meciendo al niño en sus brazos, fue a casa en un mini taxi que Gibson consiguió llamar a pesar del caos.

Vivía a poca distancia, pero Gibson insistió en que Moriammo fuera en coche.

—Oscurece y usted está asustada —dijo para convencerla.

Moriammo estaba tan afligida que, sin pararse a pensar, le contó a Tunde lo sucedido. Sabía que él se enfadaría, pero si hubiera previsto el grado que alcanzaría su cólera se habría callado y comprado otro cochecito con su propio dinero. Pero estaba asustada, y quería contárselo todo a Tunde. Desde el nacimiento de Olumide, habían alcanzado una suerte de intimidad que su matrimonio no había conocido anteriormente. Como resultado, había comenzado a confiarle a Tunde cosas que antes se hubiera guardado para sí. Sabía que eso era arriesgarse mucho, pues Tunde, al proceder de una familia musulmana, podía tomar otras esposas con todas las de la ley, ¿y qué ocurriría entonces con sus

secretos? Además, no habría sido fácil ocultar la pérdida del cochecito, pues Tunde, al verla salir del taxi, corrió a abrir la puerta consternado.

El resultado fue que le prohibió visitar a Kehinde, y le formuló una serie de preguntas que ella no se vio con ánimo de responder. ¿Qué estaban haciendo que se olvidaron del cochecito del niño? ¿Qué estaba haciendo Moriammo, una buena esposa musulmana, con una mujer que había enviado a su familia bien lejos para poder pasárselo bien? Ahora cualquier hombre podía echarle los tejos, ¿acaso Moriammo no había pensado en ello? ¿Qué pensaría Olumide de ella cuando creciera?

Moriammo estaba demasiado confundida y asustada para decir nada en favor de su amiga. Las palabras de Tunde eran demasiado vehementes para que ella se decidiera a intervenir, y él aprovechó para vomitar la envidia que siempre había reprimido contra los Okolo. Hablaba con desprecio de las deficiencias de hombres como Albert, que dejaban a sus esposas a merced de cualquier londinense y llevaban a sus esposas a abortar por una pura cuestión económica. ¿Por qué había regresado a Nigeria, si los dos tenían un buen empleo? Se debía a la codicia y al amor de las mujeres. Era obvio que Alby debía de haber encontrado a otra, y ya no tenía necesidad de Kehinde. Sin duda estaba intentando abandonar discretamente a su mujer, puesto que nunca había sido capaz de soportarla. Tanto darse la manita en público no era más que fachada. Y Moriammo, mientras tanto, la madre del heredero de Tunde y una respetable mujer musulmana, se dejaba ver en tan comprometida situación…

—¡Tunde, Tunde! ¿Por qué no te tranquilizas? —Por fin Moriammo logró reunir el suficiente amor propio para protestar—. Después de todo no es más que un cochecito.

—¿Sabía tu padre lo que era un cochecito? —le espetó Tunde.

Moriammo se quedó en silencio. Estaba demasiado dolida como para proseguir la discusión, y Olumide exigía su atención. Tunde, mientras tanto, continuó lanzando vituperios contra los despreciables Okolo.

10
La partida

Tras su ambivalencia inicial, todo el mundo se quedó sorprendido por la súbita decisión de Kehinde de volver a Lagos. Su opinión, ahora, era que Albert podía regresar y vender la casa él mismo. Ella no pensaba seguir en Londres, dando pábulo a que cualquiera pudiera difamar su nombre simplemente porque ya no estaba bajo la protección de ningún hombre.

¡Mira a Moriammo, su amiga! De pronto estaba demasiado ocupada para responder al teléfono. Cuando Kehinde aparecía en su casa, era Tunde quien abría la puerta, para informarla de que Moriammo había ido a ver a una tía suya, cuando Kehinde jamás había oído decirle que tuviera ninguna tía. Sin embargo, intentó explicarle la pérdida del cochecito, pero Tunde la hizo callar con un condescendiente gesto de la mano. Bajo su mirada, Kehinde se sintió pequeña y humillada, pero por su amiga, por respeto a Moriammo, ahogó cualquier reacción. Sin embargo, le pareció injusto. Ella no le había dicho al ladrón que viniera y se llevara el cochecito, ¿por qué la castigaba, entonces?

Comprendió hasta qué punto se la marginaba socialmente cuando invitó a un puñado de amigos a celebrar su cumpleaños. Varios ni siquiera se molestaron en llamar para excusarse, por no hablar de asistir. Amaka, su marido, Michael Gibson y unas cuantas personas a las que veía a menudo fueron los únicos que respondieron a su invitación. Michael Gibson comentó con preocupación:

—Y la señora del cochecito, ¿no ha podido venir a la fiesta?

—No era una fiesta —le soltó Kehinde con cierta brusquedad—, sólo una pequeña reunión. —Estaba demasiado dolida como para hacer algo más que susurrar—: Y de todos modos, no la invité.

Gibson se retiró, preguntándose cuál era la diferencia entre una reunión y una fiesta. No podía saber que la mente de Kehinde había retrocedido a la pródiga fiesta de despedida que dieron cuando la marcha de Albert: la comida, las ropas, la música… Le pareció que habían transcurrido siglos, pero apenas hacía dos años. Se quedó asombrada ante lo desmemoriada que era la gente. Ella había sido una anfitriona generosa con sus amigos, pero ¿dónde estaban sus amigos ahora?

Le parecía que sin Albert era media persona. Incapaz de soportar el lacerante silencio, se hundió en la depresión, que se acentuó cuando Amaka, de entre todas las personas, dio en compadecerla.

—Hoy tiene un aspecto horrible, ¿se encuentra bien, mami?

En Nigeria, llamar mami a una mujer un poco mayor era un término cariñoso que daba a entender que la persona a quien uno se dirigía era tan querida como su propia madre, pero allí, en Londres, el apelativo desconcertó a Kehinde. ¿Por qué Amaka había empezado a llamarla así? Estaba fuera de lugar en un entorno donde todo lo relacionado con envejecer era tabú. Kehinde no podía decir: «Amaka, por favor, no me llames mami. No tengo edad suficiente para ser tu madre». Habría sonado patético y ridículo. Kehinde incluso imaginó lo que Amaka y su marido dirían de ella:

—Hoy llamé «mami» a Kehinde, y me dijo: «Yo no soy tu madre».

Una carcajada, y la respuesta de Oseloke:

—Bah, se está haciendo vieja. Quizá no se dé cuenta.

No, no dejaría entrever ninguna inseguridad. Mantendría la cabeza alta, como una mujer igbo, una mujer que tiene dos espíritus en su interior.

Una semana después se tropezó con Moriammo. Quizá fueron imaginaciones suyas, pero Moriammo se comportó como una niña a la que cogen robando un trozo de carne del puchero de su madre. Kehinde la persiguió, llamándola:

—¡Madre de Olumide, Moriammo! ¿Qué te pasa? ¿Qué he hecho?

Finalmente la alcanzó y le cogió la mano, y observó que Moriammo parecía un poco desaliñada. Bueno, Kehinde podía comprenderlo, todavía estaba en casa cuidando de Olumide. Y Tunde no aprobaba que las mujeres se arreglaran sólo para ir al mercado a comprar carne y quingombó. Kehinde recordó esta broma: «¡Quingombó y carne allí donde mires!». Olumide debía de haber mejorado las relaciones entre Tunde y Moriammo, algo que solía ocurrir con frecuencia. Por fin Moriammo se estaba convirtiendo en la buena esposa musulmana que Tunde siempre había querido que fuera. ¿Quién era ella para irrumpir en su armonía?

Kehinde se sintió de nuevo marginada socialmente, asomándose al mundo pero sin pertenecer a él, pero, por los viejos tiempos, iba a averiguar el motivo. Esta vez no tenía enfrente a Amaka, una mujer demasiado joven para ponerla a prueba.

—Moriammo, mucho tiempo sin vernos. Ni siquiera venido a mi fiesta de cumpleaños. ¿Qué de nuevo, amiga?

—Pero yo enviado postal a ti, *abi*, ¿no llegado?

—¿Postal? ¿Quién quiere postal? Si yo quiero postal, yo compro postal. Muchas, muchas postales en tiendas. Yo quería que tú venir, no postal. ¿Es que yo hecho algo malo, amiga?

Lágrimas indeseadas recorrieron la cara de Moriammo. Estaban en mitad de la calzada, y la gente que hacía sus compras las esquivaba. Un carnicero, delante de cuya tienda se encontraban, salió con su delantal manchado de sangre para preguntar:

—¿Podrían cambiar de sitio? Me están bloqueando el escaparate.

Entre la carnicería y la estafeta de correos, que llevaba una familia asiática, había un pequeño callejón, y sin decir palabra se dirigieron hacia allí. Ninguna de las dos estaba de humor para discutir con el carnicero, cuyos brazos ya estaban en jarras, listos para la riña.

En la relativa intimidad del callejón, la lengua de Moriammo se desató. Se despachó contándole a Kehinde las cosas tan poco halagadoras que Tunde había dicho la noche en que le robaron el cochecito, sin tener la presencia de ánimo para censurar nada.

Kehinde se quedó atónita. Así que todos esos años Tunde sólo les había tolerado, a ella y a Albert. Pero ¿por qué? Económicamente las cosas no les iban mejor, o sólo un poco. Entonces ¿por qué ese encono? Kehinde había perdido el hilo del monólogo de Moriammo cuando la oyó decir:

—Te llamaré pronto. Debo irme. —Y se escabulló, desapareciendo entre la multitud del mercado.

—Gracias a Dios que no ha dicho que lo sentía, eso me habría matado. Moriammo —Kehinde se lamentó en voz alta—, ¿cuánto hace que te conozco? Casi veinte años, durante los cuales nos hemos enfadado y perdonado más veces que las proverbiales cuarenta y nueve veces nueve.

Otros cincuenta años no borrarían la conmoción que sintió aquella húmeda mañana de sábado en la calle del mercado de Stratford. De pronto el mundo era mucho más complicado de lo que le había parecido hasta entonces. Ahora era

una mujer perdida, como aquella transeúnte que había condenado cuando iba cubierta de pieles y ronroneando como un gato mimado en el jaguar de Albert. Preguntándose cuál sería la historia de esa mujer, se olvidó de que había salido a comprar. Le pesaban los zapatos. ¿Se hallaba en esa situación por su culpa o por la de Albert? No había cometido ningún crimen, ¿por qué entonces todos la señalaban como culpable? No había abandonado a su marido, él simplemente había vuelto a su país antes que ella, para empezar a construir su nueva vida en Nigeria. Ella formaba parte de esa vida, y pronto se reuniría con Albert.

Alargó el brazo muchas veces antes de reunir el valor suficiente para telefonear a Mary Elikwu. No tenía ni idea de lo que iba a hablar con ella. ¿Iba a preguntarle lo que significaba ser rechazada? Comenzó a comprender cómo se sentían las viudas, no sólo ante la pérdida de sus maridos, sino también de sus amigos. Mientras sonaba el teléfono, Kehinde comenzó a sentirse insegura de sí misma, y recordó la manera en que había tratado a Mary Elikwu en la fiesta. Estaba a punto de colgar cuando un niño cogió el teléfono, anunciando sin aliento que mami se había ido a una manifestación en favor de la leche gratuita.

—¿Leche gratuita? ¿Qué leche gratuita?

Hubo una lucha al otro lado de la línea. Un niño mayor cogió el auricular y habló cortésmente:

—Lo siento, señora. Mamá es miembro del Grupo de Familias de Un Solo Padre, y la primera ministra quiere dejar de darnos leche gratis. Todos los padres se reúnen para planear una campaña. ¿Quién le digo que ha llamado, tía?

—Dile simplemente que ha llamado Kehinde Okolo.

Mientras colgaba el auricular, fue consciente de lo aliviada que se sentía por no haber encontrado a Mary.

Al lunes siguiente, Kehinde comunicó en el trabajo que se marchaba. Sus escasos colegas femeninos se quedaron de piedra, pues Kehinde era buena en su puesto, y también parecía feliz. Hacía tiempo que había aprendido a no prestar demasiada atención a las cínicas insinuaciones de sus compañeros de trabajo. Cuando Moriammo pidió un año sabático para tener el bebé, pensó que se sentiría sola, pero no había sido así. A la hora del almuerzo se juntaba con dos operadoras de ordenador que generalmente se traían unos bocadillos de casa. Ahora ellas intentaban hacerle comprender que trabajos como el suyo eran difíciles de encontrar.

—Con todo el paro que hay, muchos hombres se mueren por ocupar nuestro lugar —dijo Belinda. Pero Kehinde ya había tomado su decisión.

Un día, a la hora del almuerzo, sus colegas le dieron un regalo de despedida y le desearon buena suerte. Su jefe directo, Arthur, intentó tomarle el pelo a causa de sus razones para marcharse.

—K debe de añorar a su hombre. Le echa de menos, ¿no es cierto?

Aun cuando Kehinde había trabajado con él durante más de diez años, Arthur nunca la llamaba por su nombre completo, tomándose a broma su ineptitud para pronunciarlo correctamente. Ahora Kehinde se daba cuenta de que se estaba riendo de ella.

—Probablemente vuelve a su país para tener un bebé, como su amiga —siguió diciendo Arthur.

—Vuelvo a mi país. ¿Qué hay de malo en ello? Nunca tuve intención de quedarme aquí para siempre —contraatacó Kehinde, sin querer reconocer que, dejando aparte a su familia más directa, llevaba fuera demasiado tiempo como para que su ausencia le importara a alguien. Arthur simplemente arqueó las cejas y se encogió de hombros, un gesto que poco hizo para ocultar su indiferencia. A Kehinde le entregaron un reloj de sobremesa chapado en oro con una tarjeta firmada por todos sus colegas. Su sustituto era un joven blanco y entusiasta, obviamente muy popular entre las empleadas más jóvenes. Por un momento Kehinde se preguntó cómo se las arreglaría Moriammo sin ella cuando regresara del permiso de maternidad.

Cuando Kehinde intentó telefonear a Albert para decirle lo que había hecho, se encontró con que la línea no daba ninguna señal. Kehinde había olvidado que en Nigeria las comunicaciones eran algo que podía funcionar o no. Dejó un mensaje a uno de los primos de Albert, y éste la llamó al día siguiente. Estaba tan enfadado que apenas podía hablar, y acusó a Kehinde de estar loca por pensar en abandonar su trabajo.

—Ya lo he dejado —le gritó Kehinde en el eco de la línea. Al menos podría hablarle con un poco de educación, considerando que estaba llamando desde la sala de estar de un pariente. El que ella pensara que tenían algo que ocultar ante Egbuze y su mujer enfureció aún más a Albert. Kehinde ni siquiera había aprendido a hablar de sus parientes, y sin embargo ya regresaba a casa. Debería volver a su trabajo, intentar vender la casa y esperar a que él enviara por ella.

—¿No me echas de menos, Albert? —casi gimoteó Kehinde, y al instante sintió ganas de matarse por tal debilidad.

—Antes de marcharte tienes que dejarlo todo en orden —dijo Albert como última palabra.

—No quiero dejarlo todo en orden. —Kehinde estaba a punto de llorar—. Quiero que estemos juntos. Quiero ver a mis hijos. Os echo de menos a todos. Hace dos años que te fuiste, ¿es que lo has olvidado?

Fuera cual fuera la respuesta de Albert, se cortó la comunicación y sus palabras se perdieron, y Kehinde se encontró con la mirada vacía fija en el auricular.

11
La llegada

Kehinde esperaba impaciente en el aeropuerto de Heathrow. Resultaba muy fácil adivinar cuál era el mostrador de Nigeria Airways, pues siempre se destacaba como el más ruidoso y caótico de la terminal. De hecho, había una cola de pasajeros, pero sólo aquellos que no tenían ningún contacto tras el mostrador se quedaban en ella. ¿Por qué hacer cola si podías utilizar tu influencia para pasar el primero? Después de dos horas allí de pie viendo cómo mucha gente que estaba detrás de ella le pasaba delante y era aceptada, Kehinde comenzó a ponerse nerviosa. Todo el mundo sabía que los aviones de Nigeria Airways siempre iban llenos. La mujer que estaba a la espalda de Kehinde le comunicó que era el tercer día que intentaba coger el vuelo, y eso que ya tenía la tarjeta de embarque.

—Pero ha pagado —gritó Kehinde.

—¿Cree que ellos no lo saben? No tengo dinero para sobornar a nadie, por eso no puedo coger el avión. Si lo gasto todo aquí, ¿qué haré cuando llegue a Nigeria?

Los ojos de Kehinde estaban rojos como pepitas de palmera. Tenía que subir a ese avión. Volver a casa con todas las maletas e incurrir en el gasto de otro taxi era algo en lo que ni había que pensar.

—Vayamos a ver qué ocurre. —Amaka, que había ido con su marido a despedirla, interrumpió sus pensamientos.

—Pero ¿por qué, si hemos llegado a tiempo? Estábamos aquí tres horas antes de la salida. Con todo lo que he gastado en el billete, no me queda dinero con el que ir a ver a nadie.

—Sí, pero al parecer ya estamos en Nigeria. Los funcionarios británicos no intervendrán, ni con todo este ruido. Hagámoslo a nuestra manera —comentó Oseloke—. Y nuestra manera es ésta. —Se sacó el impermeable y se lo arrojó a su mujer, se subió las mangas de la camisa, sonrió a todo el mundo, y se abrió paso hasta el inicio de la cola, donde fue engullido por una multitud histérica.

Kehinde y Amaka se sonrieron con complicidad.

—Tiene que hacer un drama de todo —dijo Amaka, mientras su marido regresaba jadeando. Sin más ceremonias, izó el bulto más grande de Kehinde sobre su cabeza, gritando:

—¡Abran paso! ¡Abran paso!

Kehinde, desconcertada, siguió la estela que Oseloke dejaba entre la multitud. Oseloke dejó los bártulos sobre la báscula y se dio media vuelta. Kehinde y Amaka estaban justo detrás de él, acompañadas de la mujer con la que habían estado hablando. Con el aire de un chaval cuyo equipo de fútbol favorito acaba de marcar el gol de la victoria, Oseloke arrancó los billetes de las manos de aquellas mujeres perplejas y los puso ante las narices del hombre de aspecto cansado que había tras el mostrador. En la atmósfera que les rodeaba, zumbaban los insultos que les gritaban los demás pasajeros.

Oseloke hizo como si no los oyera. Siguió agitando los billetes ante las narices del hombre hasta que éste protestó:

—Muy bien, muy bien, ya los veo.

Entonces el hombre levantó la vista. Era Tunde, el marido de Moriammo. Kehinde le miró a los ojos. Se había olvidado completamente de que Tunde trabajaba en el mostrador de Nigeria Airways.

Tunde fue el primero en recuperarse de la sorpresa.

—Así que de vuelta a país tuyo, ¿eh, señora Okolo? Eso muy bien. Ni siquiera dicho nada a amiga tuya, pero yo diré. Si tú haber avisado antes, yo embarcar enseguida.

Mientras hablaba, colocó el resto del equipaje de Kehinde en la báscula. Fingió no darse cuenta de que había treinta kilos, en lugar de los veinte estipulados. Como ni siquiera pidió que le untaran, los demás pasajeros debieron de concluir que Kehinde era una buena amiga suya. Y lo cierto es que Tunde se mostró muy afable, y pareció aliviado al ver que Kehinde volvía a su país, con su marido.

—Te veré más tarde, y daré mensaje para mi amigo —dijo, mientras Kehinde y sus acompañantes se alejaban del abarrotado mostrador. La mujer que había

conseguido que le dejaran subir al avión junto con Kehinde se arrodilló en el suelo de la terminal y le dio repetidamente las gracias a Oseloke.

Cuando, mucho más tarde, Kehinde vio que Tunde la buscaba para darle el mensaje para Albert, se escondió en el lavabo de señoras. «¿De qué quiere hablarme? —se preguntaba—. ¿O acaso quiere jactarse de haber conseguido poner una cuña entre Moriammo y yo, utilizando a Olumide para reavivar su conciencia de esposa musulmana? Estoy segura de que te sorprenderá la reacción de Moriammo cuando se entere de que me he ido sin decírselo. Nuestra amistad es más profunda de lo que puedes imaginarte, Tunde». Kehinde se escondió detrás de una puerta del lavabo de señoras hasta que Tunde abandonó la sala de embarque. Esperaba que el avión despegara a la hora, pero hubo el acostumbrado problema con los motores, y su angustia aumentó a medida que pasaba el tiempo. Sabía que su hermana Ifeyinwa y Albert la esperarían en el aeropuerto de Lagos. Una voz cansada fue repitiendo, una y otra vez, que sólo tardarían otra hora en salir. Pero esa hora parecía alargarse indefinidamente. Como sabía que no podía hacer nada, Kehinde se durmió. A las 9:30 de la mañana siguiente, once horas después de lo previsto, salieron.

El viaje transcurrió sin novedad, pero cuando aterrizaron en Lagos, los parientes, que se habían pasado todo el día esperando, habían vuelto a casa. Pero al menos no llegaron de noche.

De hecho, Albert la esperaba, y a pesar de la desaprobación mostrada por teléfono, pareció alegrarse de verla. Estaba más imponente que el Albert de Londres, con una *agbada* de encaje blanco con mucho vuelo y un gorro a juego. Tenía la piel más oscura y reluciente, y exudaba una nueva seguridad en sí mismo. Las mujeres sabían que el país provocaba eso en sus hombres. No había duda, Albert había vuelto a casa con todas las de la ley.

Un billete pasó discretamente a la palma de la mano de uno de los hombres que se empujaban para hacerse cargo de los bultos de Kehinde, y ese joven robusto se transformó en la imagen del servilismo y el respeto. Kehinde, impresionada en contra de su voluntad, dejó que Albert tomara las riendas de todo. Hacía mucho tiempo que no se permitía el lujo de que cuidaran de ella. Kehinde había llegado excitada y combativa, dispuesta a justificarse, pero sin esfuerzo volvió a aceptar su antiguo papel de sumisión. Además, había algo en la nueva seguridad en sí mismo de Albert que provocaba admiración, que le hacía más atractivo.

Su viejo Jaguar no parecía viejo en comparación con los demás coches de la

carretera de Lagos. Aunque Albert conducía con cuidado, Kehinde pudo detectar extraños sonidos que no recordaba, como viejos huesos crujiendo bajo la piel todavía tensa que los mantiene unidos.

Cuando estuvieron en camino, Kehinde se sintió lo suficientemente cómoda para preguntar por los niños.

—Están bien. Les vi el sábado pasado y les dije que mamá venía a casa, y te están esperando. —Sabiendo que eso le gustaría, Albert le lanzó a Kehinde una fugaz sonrisa, revelando momentáneamente al antiguo Albert. Nunca había sido una persona expansiva, pero en los dos últimos años había adquirido una nueva pátina de autocontrol y desapego.

—¿Algo va mal? —preguntó Kehinde.

—No, nada. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. Me pareció que…

Albert no la ayudó a acabar la frase, concentrándose en el tráfico. Kehinde se quedó impresionada ante lo que el petróleo había hecho en Lagos. Hermosas y amplias avenidas, elegantes casas de diseño individual, imponentes pasos elevados. Casi parecía un país desarrollado. Kehinde se llenó los pulmones de aire tropical y se sintió exultante.

Quizá Albert estaba enfadado con ella porque se sentía desatendido, aun cuando hubiera sido suya la decisión de regresar a Lagos antes que ella. Kehinde tenía que vender la casa y comprar otras cosas que necesitarían en Lagos. Albert necesitaba tiempo para encontrar alojamiento para todos ellos. Quizá él se había olvidado, y por eso estaba mohíno. ¡Hombres! A veces se comportan como niños. Después de todo, volver a su país fue idea suya, empujado por sus hermanas.

Kehinde intentó devolverle la sonrisa a Albert preguntando:

—¿Tía Selina y tía Mary te escriben a menudo?

Albert apartó los ojos de la carretera y estudió a Kehinde, como si fuera alguien a quien acabara de conocer. Kehinde no estuvo segura de si el suspiro que se le escapó a Albert fue de fastidio o de compasión. Albert devolvió su atención a la carretera y replicó, como si se estuviera dirigiendo a las calles que se desplegaban ante sus ojos:

—A los de su generación no les gusta mucho escribir cartas. Están aquí, en el sur, de visita. Ayer vinimos todos al aeropuerto, pero tu avión no llegaba…

—¡Quieres decir que están todos en casa, en nuestra casa! Me refiero al *bungalow* que alquilaste —preguntó Kehinde, estupefacta.

—Han venido al sur para darte la bienvenida y visitar a los niños en la escuela. ¿Dónde quieres que estén, si no?

Kehinde había albergado el sueño de pasar unos días solos, aprovechando que los niños estaban en la escuela. Ahora sabía que tendría que reunir el valor para enfrentarse a una nueva situación. Estar en la misma casa que las hermanas de Albert era más de lo que había previsto.

De pronto, sin avisar, se hundieron en un torbellino de humos, bocinas de coche, grandes autobuses amarillos que corrían a toda velocidad, minibuses abarrotados hasta los topes y gente: el corazón de Lagos, Lagos Isla-Eko. Kehinde, poco acostumbrada al ruido y al caos, se sobresaltó, pero Albert se abrió paso diestramente a través de estrechas calles laterales, donde se desperdigaban coches abandonados. Al final tomaron una calle pequeña pero recientemente asfaltada, en la que se alineaban *bungalows* de distintos colores. Esa calle era más limpia, aunque el olor a basura podrida procedente de las cunetas era asfixiante. Finalmente, Albert se detuvo delante de un pulcro *bungalow* pintado de azul pálido y blanco. Dos anchas tablas se habían unido mediante clavos para formar un puente por el que cruzar la cuneta, que olía tan mal que Kehinde sintió ganas de vomitar.

Una chica salió a recibirles.

—Bienvenida, señora, bienvenida —saludó, mientras sacaba las maletas del portaequipajes. Kehinde estaba saliendo del coche cuando su atención se desvió hacia la puerta principal de la casa. Se quedó atónita ante lo que vieron sus ojos. Una mujer muy hermosa, sofisticada, joven y embarazada, con un bebé sobre la cadera izquierda, estaba de pie en el umbral, vestida con la misma tela de encaje blanco que Albert. El pelo, echado para atrás y trenzado al estilo «cesto invertido», tan de moda entonces, le afilaba aún más la cara, y su vientre hinchado era como la insignia de su feminidad, en contraste con su delgadez. Escrutó a Kehinde de manera insolente, sonriendo de una manera tibia y poco entusiasta. No intentó ir a ayudarla a sacar las maletas. Kehinde fue comprendiéndolo todo, como una película a cámara lenta.

—¡Grace! Grace, ten cuidado con esas maletas —dijo Albert bruscamente, al parecer inconsciente del drama que se estaba fraguando.

—¡Está bien, está bien! —gritó la cargada Grace por encima de su hombro, mientras cruzaba tambaleándose el puente de madera con la maleta de Kehinde en la cabeza.

Justo entonces, la atención de Kehinde fue absorbida por la llegada de

Ifeyinwa, que gritaba de alegría y casi bailaba para darle la bienvenida. La seguían dos de sus numerosos hijos, y entre los tres casi la levantaron del suelo. Por primera vez Kehinde se encontró llorando de alegría, y también de alivio por recibir una auténtica bienvenida. En aquel momento, casi la mitad de la calle se había reunido para mirar y darle la bienvenida. Personas que no conocía le preguntaban cómo era Inglaterra.

Ifeyinwa se puso al frente de la situación. Acompañó a su hermana al interior de la enorme sala de estar, decorada a la última y realzada con buen gusto por los muebles que Kehinde había enviado en un contenedor después de que Albert se fuera de Londres. Una parte de su vida anterior estaba en esa habitación, y Kehinde sintió una súbita tranquilidad al hallarse en aquel entorno familiar.

Ifeyinwa, que solía ser una mujer tranquila, hablaba sin parar. Estaba más delgada de lo que Kehinde recordaba, sobre todo en comparación con la regordeta Kehinde. Exudaba ansiedad, anudando y volviendo a anudar la parte superior de su *lappa* en su agitación. Parecía empeñada en protegerla, incluso de la gente que entraba para decirle a Kehinde que era bienvenida.

¿Dónde estaba Albert, que debería estar enseñándole la casa y llevándola a su habitación? Pero era Ifeyinwa quien tiraba de ella.

—Ahora volvemos —le dijo a un vecino que quería saber si Kehinde, por pura casualidad, había conocido a sus hijos, que estudiaban en algún lugar del East End de Londres—. Tengo que llevarla a su habitación. Puede preguntárselo más tarde. Después de todo, ahora son vecinos —explicó Ifeyinwa. Tiró de Kehinde con más decisión, por lo que ésta no tuvo otra opción que seguirla.

Ifeyinwa la llevó a su habitación. Era limpia, sencilla y amueblada con buen gusto, con una de las tres camas individuales que ella había comprado en Londres. ¿Dónde estaba aquella cama gigante que les había costado una fortuna en Harrods? Albert había dicho en su carta que todo había llegado en buen estado. En toda su vida nunca había tenido una habitación separada de la de su marido.

—Madrecita, Ifi, llama a Albert. ¿Dónde está? —le suplicó Kehinde a su hermana.

Ifeyinwa abrió los ojos horrorizada.

—¡Shhh…, shhh, no tan alto! Aquí no llames a tu marido por su nombre. Sabemos que lo hacías en la tierra de los blancos. Allí la gente no tiene respeto por nadie. La gente se llama por el nombre que sus padres les dieron, por

importante que sea la persona. Aquí no hacemos eso. Por favor, Kehinde, no lo hagas.

Kehinde se oyó reír sin la menor alegría.

—¿De qué me estás hablando? He dicho que quiero que venga Albert. ¿Dónde está? —Se encaminó hacia la puerta, pero Ifeyinwa le cortó el paso.

—¿Dónde vas? Vuelve, vuelve enseguida. Verás al padre de Joshua más tarde. Primero entra. —Los ojos se le habían puesto rojos y tenía la voz alterada —. ¿Dónde crees que estás? Esto es Nigeria, ¿acaso no lo sabes?

—Lo sé, eso es lo que dice todo el mundo. «Esto es Nigeria, esto es Nigeria», como si el país no formara parte de este mundo.

—Siéntate, hermanita. Siéntate. Hace mucho tiempo que te fuiste. Aquí los hombres van juntos, sabes. Y las mujeres también permanecen juntas.

—Edúcame, por favor, como si acabara de casarme con Albert y tú me explicaras de qué va todo esto del matrimonio. ¿Dónde está, de todos modos?

—Sabe que estoy aquí, y no entrará así como así. Es una persona refinada. Debes dejar de llamarle por su nombre. Sus hermanas están en la habitación de delante, y muchos amigos y vecinos suyos han venido a darte la bienvenida. No vas a salir allí en medio gritando su nombre como si fuera tu sirviente; como si le hubieras circuncidado. ¡Qué cara! ¿Qué quieres de él, de todos modos? Te verá más tarde. Ahora vístete, y prepárate a salir y ver a aquellos que esperan para saludarte.

Kehinde miró a su alrededor una vez más.

—Ésta no es nuestra habitación, ¿verdad?

—¿Nuestra habitación? Ésta es tu habitación. La elegí para ti. Aparte de la del padre de Joshua, ésta es la mejor, mejor incluso que la de Rike. Ella tiene que compartir la suya con su doncella y su bebé, y está junto a la de las hermanas de tu marido, que durante sus visitas son bastante escandalosas. Tienes suerte. El padre de Joshua me dejó escoger. Es una persona refinada, ese marido tuyo.

—Hablas de mi marido como si fuera un desconocido para mí. Nos casamos hace diecisiete años, y soy yo quien debería contarte cosas de él.

—Ésta es una de las cosas que debes aprender. Deja de llamarle «mi» marido. Debes aprender a decir «nuestro». También es marido de Rike, sabes. Ya la viste, esa desvergonzada que espera un hijo y lleva otro en la cadera. De verdad, estas *acadas* se lanzan a los brazos de cualquier hombre que haya hecho fortuna en Europa, para poder decir que su marido ha estudiado allí… —Avanzó

lentamente, agitando sus brazos enojados, sin permanecer inmóvil ni un momento. De pronto se detuvo a respirar, jadeando.

Kehinde hizo ademán de levantarse, pero su hermana volvió a sentarla de un tirón.

—Siéntate y tranquilízate.

—Estoy sentada. Estoy tranquila. Tú eres la que está de pie y va de un lado a otro como… como…, oh, Ifi, no sé cómo qué. ¿Intentas decirme que Albert tiene otra esposa, y que él es el padre del bebé que ella espera?

Ifeyinwa asintió en silencio, y las lágrimas rodaron por su cara.

—Se llama Rike. La verdad es que fue ella quien le buscó las cosquillas al padre de Joshua. Cuando me enteré de que había tenido un bebé, supe que Albert se casaría con ella. Pocos hombres dicen que no a una mujer culta cuando ella les da un varón. Las hermanas de Albert no lo habrían permitido, y tú misma tampoco habrías dejado que Albert rechazara un varón, ¿no es cierto? Y entonces, en un decir Jesús, ya esperaba otro. Pero yo le doy gracias a tu *chi*, que te ha hecho una mujer tan fuerte, porque al menos eres la madre de Joshua y Bimpe. Esta *acada*, a pesar de todo el poder de su trasero, no puede arrebatarte ese privilegio. No es algo que no se haya visto u oído antes. Sucede continuamente. Mi marido tiene otras dos esposas y todos vivimos en dos habitaciones. Al menos aquí tienes toda una casa, y Albert tiene un buen empleo. Rike es una profesora importante en la universidad.

Kehinde estaba amasando uno de los almohadones que había cogido distraídamente de la cama. Se quedó mirando a su hermana. Ahora comprendía por qué las habían dejado solas, para que Ifeyinwa pudiera prevenirla y evitar que saliera e hiciera el ridículo. Tenía los ojos enrojecidos, pero no lloraba. Su voz, cuando finalmente fue capaz de hablar, fue serena, pero procedía de muy lejos.

—Así que Albert se casó con ella porque la había dejado embarazada, ¿eh?

El pasado discurrió por la mente de Kehinde como una película. Albert había insistido en que no tuvieran el bebé porque no podían permitírselo, aunque también hubiera sido un varón. ¿Era de eso de lo que sus difuntos padres intentaban advertirla en el sueño que había tenido en el hospital? Pero mientras miraba a su hermana, supo que no podía compartir su dolor con ella. Kehinde sabía que su reacción sería decirle que Dios la había castigado por cometer tal abominación. Posiblemente Albert también contaba con eso. Mientras tanto, Ifeyinwa lloraba por las dos. Kehinde volvió a mirar a su hermana y sus ojos se

encontraron. Intentó imaginar la angustia y el desamparo que Ifeyinwa debía de haber soportado esos últimos meses, sin saber cómo comunicarle la noticia. Algo en su interior le aconsejaba cautela, actuar fríamente y dar gracias a Dios y a su cultura por el apoyo de su hermana.

Un sonoro golpe en la puerta, acompañado de una sonora carcajada, indicó que había terminado el rato que se les había concedido para estar juntas, y que iba a comenzar la comedia. Entró una mujer enorme, una típica mujer de negocios nigeriana a la que le iban bien las cosas, conocida en su barrio como «la garrapata». Sin esperar a ser invitada, entró con una despreocupada seguridad en sí misma que indicaba sin lugar a dudas que la casa era suya. Era tía Seiina, la mayor de la familia Okolo, a la que Kehinde recordaba, de cuando se prometió a Albert, como una mujer delgada que acababa de perder a su marido, y a la que otra mujer le había dejado dos hijos de su marido para que los cuidara. No tenía hijos propios. Sus demás parientes, tía Mary y el otro hermano, Nicholas, permanecieron a su lado, mientras ella vendía rápidamente todas las propiedades de su marido y se marchaba al norte, lejos del hostigamiento de su familia política. El dinero había contribuido a educar a Nicholas y a pagar el pasaje de Kehinde cuando Albert envió por ella, y con él se había satisfecho también el precio de la novia. Uno no podía decirle a una mujer así: «¿Por qué no esperas a que te diga que entres?». Ahora se la conocía como Mamá Kaduna, y era la madre de todos ellos. En una época Kehinde pensó que cuando regresaran a Nigeria podrían prescindir de todo eso, y que a personas como Mamá Kaduna y tía Mary las pondría en su sitio. Ahora sabía que se había equivocado. Eran más fuertes que ella.

Le dio a Kehinde un abrazo de oso.

—Deja que te mire. Vamos a echarte un vistazo. Olisa, gracias por traerlos a casa. Mira a esa chiquitína a quien una rata se la habría comido y aún se hubiera quedado con hambre, Mírala. Pero si se ha convertido en toda una mujer. ¡Levanta la cabeza! Siempre tienes que tener la barbilla bien alta. ¿O acaso no sabes quién eres? Eres la primera esposa de un próspero hombre nigeriano, la primera esposa del primer hijo de nuestro padre, Okolo. Olisa, dale paz allí donde esté ahora, divirtiéndose con los hombres de su edad. A nuestro difunto padre le encantaba la gente hermosa, y tú eres hermosa, hija mía. Tan guapa y redonda. —Mientras hablaba, le lanzó a Ifeyinwa una mirada cómplice, como para poner énfasis en sus defectos. Ifeyinwa era incluso más delgada que cuando

era joven, no por mantener la línea, sino por el azote de la pobreza. Sin hacer caso de la malicia de Mamá Kaduna, Ifeyinwa simplemente respondió:

—Sí, mamá, tienes razón.

Mamá Kaduna se volvió hacia Kehinde para hacer una evaluación definitiva:

—Ah, Londres te ha sentado bien, pero estar aquí te sentará aún mejor —dijo, mientras se dirigía a la sala de estar. Añadió por encima del hombro—: Aquí hay gente que quiere saludarte, no les hagas esperar.

Cuando Mamá Kaduna ya no pudo oírlas, Kehinde preguntó sin aliento:

—¿Lo saben Joshua y Bimpe?

—Por supuesto que lo saben. Le dije a Bimpe que no te lo mencionara en sus cartas. Esta hija tuya tiene mucho sentido común. Le dije que probablemente eso te causaría dolor, y que no es aconsejable que la gente que vive sola sufra tales aflicciones. Era mejor que te enteraras así, ¿no te parece? He observado que últimamente Bimpe también ha aceptado a Rike, y entiende por qué Albert se casó con ella. Sabía que su padre se sentía solo, y, además, Rike ha sido una verdadera madre para ellos. Los visita casi todos los sábados y procura que tengan todo lo que necesitan. Afrontémoslo, ella ha ayudado a cuidar de tu familia, pues tú no podías estar en dos sitios al mismo tiempo.

—¿Pero por qué Albert ni siquiera me insinuó que éste era el tipo de vida que quería?

—Qué tonterías dices. Los hombres no dicen esas cosas. Es como preguntar por qué un hombre no avisa a su mujer de que va a tomar una amante. Pero él debió de insinuarte algo, debiste darte cuenta por su actitud. Probablemente estabas demasiado segura de tu posición como para sospechar nada, y demasiado ocupada dándole órdenes. ¿Por qué crees que no se moría de ganas de que volvieras inmediatamente?

—Fue culpa mía. Entonces yo no estaba del todo segura de querer regresar, y, claro, también había que vender la casa…

—Ah, ves lo que quiero decir. Te olvidaste de que era a Lagos adonde volvía. Hay muchas maneras de coger un pez, y Rike utilizó la más inteligente. Conoció a Albert cuando estaba en horas bajas, sin trabajo ni alojamiento, y se presentó como un ángel de la guarda, e incluso le llevó a su iglesia. Se involucro tanto en su vida que cuando los niños regresaron, Joshua pensó que ella era una de sus tías. Y cuando averiguó la verdad, no le costó mucho aceptarla.

—Pero ¿qué le dijo a su padre?

—¿A su padre? ¿Qué podía decirle? Esto es Nigeria; no le hablas a tu padre

de cualquier manera.

—Dios mío, ¿cómo he podido estar tan ciega? ¿Cómo es posible que Albert haya cambiado tan deprisa?

—Te lo he dicho, Rike es una mujer africana inteligente, a pesar de haber leído tantos libros. Pero no te preocupes, pronto te acostumbrarás a la situación, y entonces te parecerá una tontería haberte preocupado. Albert es un hombre bueno y trabajador. Simplemente relájate y disfruta de la vida.

Kehinde se sintió demasiado abrumada por las noticias de su hermana como para calcular cuántas caras vio aquella noche, de cuántos viejos amigos se había olvidado, gentes que apenas eran niños cuando ella se marchó y que ahora se habían convertido en adultos que tenían su propia familia. Su única emoción fue sentirse consternada ante lo mucho que habían cambiado las cosas, pero lo contempló todo con desapego. Esa primera noche le recordó su primera visita a Ibusa, mucho, mucho tiempo atrás, cuando era niña. Se sintió tan perdida como entonces. Incluso había cambiado la manera de hablar de la gente, y hacían una serie de bromas y decían unas expresiones que no significaban nada para ella.

En las caras de algunas mujeres, sin embargo, podía leer claramente una combinación de impotencia y solidaridad. A una o dos que expresaron dichos sentimientos verbalmente, Ifeyinwa les replicó:

—Pero ahora Joshua tiene un hermano que se pondrá de su lado en una pelea. Ogochukwu siempre está ahí para apoyarle. —Y todas estuvieron de acuerdo en que no había nada tan conmovedor como un varón sólo defendiendo el poblado de su padre. Aunque nadie lo dijo directamente, hubo consenso general en el hecho de que Kehinde debía tomarse las cosas tal como las había encontrado.

Un par de veces divisó a Albert, en el centro de la reunión, encargando que sirvieran las bebidas, procurando que no faltara música y aceptando cumplidos en nombre de su primera esposa. Le vio muy distante, como si la tradición hubiera puesto una cuña entre ambos, tal como al parecer la había puesto entre él y Joshua, pues de otro modo Joshua habría protestado. Debía de haber aprendido rápidamente que allí un padre debía ser respetado. Kehinde se sintió muy próxima a sus hijos al pensar en cómo se habían visto obligados a adaptarse a la nueva situación.

Pasó mucho tiempo antes de que a Kehinde se le permitiera abandonar la fiesta, y estaba exhausta. Enseguida cayó en un sueño profundo visitado por

fragmentos del pasado, como si, en su agotamiento, su espíritu buscara solaz en sus propios orígenes.

12
Orígenes

Fue antes de la estación de las lluvias, cuando tuvimos las largas vacaciones escolares. Como no había que ir a la escuela, solía ir al mercado con tía Nnebogo. Tenía que levantarme temprano para bañarme, y recuerdo que, aquella mañana, Olu, una de las hijas del casero, abrió la puerta del patio y dejó entrar a un par de desconocidos.

—Estas visitas vienen a ver a tu mamá, ¡y tienen un coche! —me susurró la niña muy excitada. Dejamos a los visitantes junto a la puerta de nuestra habitación, y ella y yo salimos corriendo a la calle para ver el coche. Era grande y negro, y allí, imponente, parecía un pato que albergara a sus crías bajo las alas. Corrimos alrededor de él, tocando sus protuberancias con admiración. Nunca antes habíamos visto un coche tan de cerca. De pronto recordé que sólo llevaba una toalla, y regresé al patio a toda prisa antes de que mamá me pillara.

Tía Nnebogo estaba de pie hablando con los dos desconocidos, y yo me detuve. Sin saber qué más decir, vociferé: «Soy Kehinde». El hombre de más edad rió y dijo:

—Sabemos quién eres. Date prisa y báñate, debemos llegar a Ibusa hoy, y debemos irnos antes de que haga demasiado calor. —Obviamente, observó la expresión de mi cara, pues siguió explicando—: Tu padre nos ha enviado un mensaje desde Sokoto pidiéndonos que te llevemos a casa. Tu hermana quiere verte antes de casarse. —Volviéndose hacia mamá, le dijo—: Sus compañeros de edad la pondrán al corriente de todo. Es un bebé de la guerra, ¿no es cierto?

Yo no sabía qué era un «compañero de edad», pero sabía cuándo había nacido: el 20 de agosto de 1943, y así se lo dije.

—Oh, ¿aún no has cumplido los doce? Las chicas de la costa parecéis tan mayores, ¿o es que tu tía te cuida muy bien? Tus compañeros de edad pertenecen al año en que el día se volvió medianoche.

Mamá nos cortó en seco.

—Kehinde, date prisa, ve a bañarte —ordenó—. Te espera un largo viaje. —Mientras me bañaba, ella puso mis cosas en un *shuku* y mis libros escolares en una bolsa de rafia. No me paré a pensar en ello, y tampoco observé la tristeza de mi tía. Estaba demasiado excitada ante la idea de conocer a mi padre, y a mis hermanos y hermanas, y obtener algunas respuestas a mis preguntas.

Junto a la puerta, mamá me abrazó y me dijo:

—Cuídate. Saluda a tu padre de mi parte. —Fue entonces cuando observé que tenía lágrimas en los ojos, pero yo ya estaba subiendo al asiento trasero del coche, hinchada de orgullo porque Olu me mirara con envidia. El hombre de más edad se sentó en el asiento del conductor y le dijo adiós a mamá, prometiéndole traerle a una chica cuando regresara de la aldea. De nuevo, no me paré a preguntar por qué mamá necesitaba otra chica para vivir con ella, cuando ya me tenía a mí. Yo estaba hipnotizada por el interior del coche, su olor y el tacto de la tapicería. Saludé a Olu como si yo fuera una reina mientras el coche maniobraba para salir de la calle y entrar en la carretera.

En un instante, pareció que las casas y las calles dejaban paso a la campiña. La vegetación verde y tupida, que era todo lo que yo podía ver desde el coche, se volvió monótona, y debí de quedarme dormida. Me desperté cuando alcanzamos las afueras de Benin, una mancha de casas cubiertas de polvo que esperaban a que la lluvia las lavara. El hombre de más edad, que dijo ser mi tío, me compró un paquete de trozos de llantén que fui incapaz de comer. Todavía lo tenía en la mano cuando llegamos a Ibusa, casi dos horas más tarde.

Había una gran casa pintada de amarillo, y vino gente corriendo desde todas direcciones. A los hombres que me habían traído les quitaron la cesta y la bolsa de rafia, dándole las gracias al que había dicho que era mi tío. Me sonrió y me dijo adiós. Subió al coche y se alejó.

En aquel mar de caras destacaba la de una niña. Era más flaca y mayor que yo, de otro modo habría pensado que era mi gemela: mi Taiwo viviente. Dio un paso hacia adelante y, abrazándome, dijo:

—Mi hermanita, sería capaz de reconocerte incluso en un mercado abarrotado. Bienvenida. Soy tu hermana mayor, Ifeyinwa.

—¿Nunca la habías visto? —preguntó una anciana señora que me sonreía y

me sostenía mi Taiwo de madera. En su cara se entrecruzaban numerosas arrugas sonrientes.

—Nunca. Se la llevaron cuando nació. Luego papá fue trasladado a Sokoto, y nunca volvimos a verla.

La anciana sonrió, como si todas las sutiles y diminutas arrugas de su cara le dijeran: «No llores, no llores» a mi hermana. En voz alta dijo:

—Pero está viva y se encuentra bien. Mírala qué rolliza. Mira su piel, qué tersa y brillante. Mira sus ojos, lo suficientemente claros como para mirar las estrellas. Sécate los ojos, hija mía. No hay nada como tener una hermana para darle equilibrio a la vida. Cuando vivas en la casa de tu marido, entonces dejarás de crecer, y ella te alcanzará. Entonces seréis mujeres y hermanas, y vuestra amistad será más dulce que la miel.

Involuntariamente, mi cuerpo se estremeció. Una cosa estaba muy clara, Mamá Nnebogo no era mi madre, pero yo tampoco sabía dónde estaba mi madre. Ifeyinwa, mi hermana, me condujo al interior de la casa, a una habitación donde un hombre enorme y de piel oscura estaba sentado en una silla de cuero, bebiendo cerveza con otro hombre. Éste también tenía la piel oscura, pero era enjuto y fuerte, con los dientes manchados de tabaco. El hombre enorme vociferó:

—Entra aquí y dile hola a tu padre. ¿Eres realmente tú, mi hija? Los niños crecen tan deprisa. —Se volvió hacia el otro hombre y me presentó—: Ésta es la única de las gemelas de Elege que sobrevivió. La otra se fue con su madre.

—¿Así que hace mucho que no la veías?

—Sí, Sokoto está demasiado lejos. Me trasladaron después de que naciera. Vamos, ven a saludar a tu padre —volvió a dirigirse a mí.

—¿Eres tú mi padre de verdad? —dije, preguntándome por qué no me habían permitido quedarme con el resto de mi familia.

Los dos hombres rieron, y el amigo de mi padre exclamó:

—¡Niños de la costa! Responden a las preguntas con otra pregunta.

Me encontré sentada en el regazo de mi padre, mientras me presentaba a muchos otros niños, mayores y más jóvenes que yo, y me decía que eran mis hermanos y hermanas. Finalmente me presentó a una mujer alta y pálida, tan pálida que parecía una mulata. Tenía unos ojos verdes y fríos que no sonreían. Cuando mi padre le hablaba, ella miraba por encima de las cabezas de los hombres sentados.

—Ahora ésta es tu madre —dijo mi padre.

—¿Cómo? —grité—. ¿Cuántas madres tengo?

Volvieron a reír, pero el hombre sentado junto a mi padre percibió mi confusión y que no me gustaba que se rieran de mí. Dijo:

—Onuorah, explícaselo. En Lagos los niños sólo aprenden de los libros, sabes. Por eso es importante traerlos a casa de vez en cuando, para que así también puedan aprender de la vida.

Mi padre asintió, y comenzó:

—Esta señora es tu madre porque es mi esposa. Tu madre verdadera murió cuando naciste.

Dejó de hablar cuando vio la conmoción en mis ojos. De todos modos, yo no estaba tan afectada, pues de algún modo siempre había vinculado a mi madre con mi Taiwo, que estaba muerta. Perdí interés en el resto de la historia de mi vida.

Yo había anhelado conocer a esa misteriosa mujer, pero ahora que sabía que ya no existía, de pronto quería estar con la mujer que durante tanto tiempo había creído que era mi madre. Me pregunté cuándo me llevarían otra vez con ella.

Mi padre habló de nuevo:

—En nuestra cultura, pocas personas son educadas por sus verdaderos padres. Tu verdadera madre te llevó durante nueve meses, pero piensa en aquellos que llevan todos nuestros problemas, que nos dan de comer, nos consuelan a medida que crecemos. Estas mujeres también son nuestras madres. La señora que te ha cuidado desde que naciste lo hizo porque te consideraba su hija. Es mi hermana pequeña, aunque también es tu madre. Y esa señora de ahí —señaló a la anciana señora de las sonrientes arrugas en la cara— es nuestra gran madre, porque es mi hermana mayor. Ifeyinwa es tu hermana, pero puedes llamarla incluso pequeña madre.

—¡Pero la gente culta llama a sus pequeñas madres «emaniita»! —dijo riendo nuestra gran madre, que estaba supervisando a uno de mis innumerables hermanos, que molía ñame.

Uno de los hombres que ahora estaban bebiendo con papá rió y dijo:

—Madre, no conozco tu nueva gramática.

—No estoy sorda. Entiendo cuándo la gente pronuncia palabras inglesas como «pueohacé», «uenodía», «emaniita», «dio», y más.

Todo el mundo volvió a reírse de las bromas de la gran madre a costa del inglés. Mi hermano Mark, que tenía quince años y podía aportar algo a la

discusión de los adultos porque, según me dijo Ifeyinwa, estaba en el King's College, añadió:

—Y según el inglés estándar, nosotros no somos los verdaderos hermanos y hermanas de Kehinde, pues nuestras madres son distintas, aunque tengamos el mismo padre.

Los hombres murmuraron, y uno de ellos exclamó:

—¿Habíais oído alguna vez semejante memez? Los hijos del mismo padre se llaman mutuamente solo «medio hermanos». No me extraña que el país de los blancos sea un lugar en el que cada uno va a la suya. —Todos volvieron a reír. Yo nunca había oído tantas carcajadas. Todavía estaba confusa. No comprendía por qué mi tía Nnebogo me había llevado lejos de mis hermanos y hermanas, ya fueran ellos medio hermanos o hermanos del todo. Me habría gustado crecer entre ellos, compartir esa familiaridad y esa intimidad. Tenía que ir con cuidado con lo que decía porque no quería que se rieran de mí, pero deseaba protestar, decir que cuando creciera sería como los blancos. Cuidaría sólo de mí misma, pues durante once años no supe de la existencia de mi familia. Pero Ifeyinwa me miró a los ojos y negó con la cabeza. Así que sonreí y me uní a sus carcajadas. Mi gran madre vio mi cara y comentó:

—¿No os parece que nuestra hija tiene el mismo gesto que Onuorah?

Por primera vez, la hermosa mujer de mi padre, la de ojos verdes y piel clara, se volvió de la sopa que estaba removiendo al fuego y me miró. Ni sonrió ni habló.

Ifeyinwa y yo muy pronto nos hicimos íntimas. Compartíamos una habitación con otros primos y hermanas, y yo dormía junto a ella en su enorme colchón, en el suelo. Era más cómodo que la colchoneta en la que dormía en casa de tía Nnebogo, en Lagos. Ifeyinwa me enseñó un tipo de amor e intimidad que nunca había experimentado.

—¿Por qué no me han dejado vivir con vosotros todo este tiempo? —le pregunté una noche. En voz baja, para no despertar a los demás, dijo:

—Creían que te habías comido a tu hermana en la barriga de tu madre. Los médicos le dijeron a nuestra madre que tomara algo para expulsarte, porque si no, moriría, pero ella dijo que quería que probaras la vida. Puesto que tú llevabas tu *chi* y el de Taiwo, dejarte morir habría significado matar a dos personas. Cuando ella murió para que pudieras nacer, también te dio su *chi*. Todo el mundo tenía miedo de cuidar de un bebé así. Esa mujer tan triste con ojos de serpiente se negó a tenerte con ella, porque temía que trajeras mala suerte a sus hijos. Pero

tía Nnebogo te llevó con ella, y por lo que oímos, le trajiste buena suerte, y no mala. Pero hace poco escribió diciendo que no dejabas de preguntar por tu madre, y que ya no la aceptabas más. Si te hubieran dicho la verdad desde el principio, habrías sabido que tu auténtica madre había muerto y la habrías tomado por la madre que perdiste. Pero ellos guardaron el secreto, y naturalmente a ti te entró curiosidad. Creo que ahora tienen planeado enviarte a un internado. ¡Eres una chica con suerte! No soy tan inteligente como tú, pues he tenido que trabajar mucho en casa para ayudar a ojos-verdes y a sus innumerables bebés. Lo bueno es que mi marido trabaja en Lagos, y que tu escuela está en las afueras de Lagos, así que durante las vacaciones puedes venir a estar conmigo o con tía Nnebogo. ¡Pero la casa familiar de Sokoto! Buf, es como un zoo. Todo el mundo tiene hijos continuamente. No te gustaría quedarte allí.

—La mujer de nuestro padre no te gusta mucho, ¿verdad, hermana Ifeyinwa?

—¿Cómo te puede gustar una mujer que nunca sonríe, simplemente porque es guapa y tiene muchos hijos? No te preocupes, en cuanto acabes los estudios, en un par de años, encontrarás un marido que te quiera, y entonces fundarás tu propia familia. Encontrarás un buen partido porque tu padre va a darte una buena educación.

Esa noche lloré por la madre que no conocí. Ifeyinwa sabía por quién estaba llorando, y me abrazó con fuerza en la oscuridad, llorando también. Luego nos dormimos.

Mi hermana Ifeyinwa era de piel oscura y delgada. Le habían salido unos pechos pequeñitos, como a mi gran amiga Malechi de Macaullum Street. Yo también quería tener pechos. A veces me ataba limones en el vestido de ir a la escuela para que pareciera que me habían salido, pero cuando sabía que alguien me estaba mirando me los quitaba.

Las chicas teníamos que ir al arroyo cada mañana, y un día le pregunté a Ifeyinwa cuánto tardarían en salirme los pechos. Mi hermana respondía pacientemente a todas mis preguntas. Sólo se impacientaba cuando me negaba a hacer lo que ella decía.

—Cuando seas mayor —dijo, contando con los dedos—. Dentro de un año o dos comenzarás a tener pechos y entonces sangrarás. Y entonces ya estarás preparada para el matrimonio.

—¿Cuándo será eso?

—En pocos años, cuando llegue el momento.

—¿Por qué sangraré?

—Sangrarás para poder tener hijos, pero no debes anunciárselo a todo el mundo, porque es tu secreto. Y debes mantenerte limpia.

—¿Por qué huele la sangre?

—¡Oh oooo, *ojugo*! Con tantas preguntas no habrá sitio para mí en el mundo.

Unas semanas más tarde, todas nos pusimos ropa blanca y fuimos al mercado a celebrar la vida de nuestra madre. Yo llevaba *ehulu* en el pelo y alrededor del cuello y las muñecas. Ifeyinwa, al ser el *adah*, la hija mayor de nuestra madre, bailó con cada grupo por turno, y mis hermanos y yo nos quedamos atrás. Todos reconocieron que mi madre fue una mujer con una vida digna de celebrarse, una madre que tuvo siete hijos y dos hijas. Mi padre se aseguró de que cada uno de nosotros tuviera sus propios cantantes de alabanzas profesionales. Un grupo de bailarines de la nueva familia de Ifeyinwa llevó a cabo tantas proezas acrobáticas que en ocasiones llegué a olvidarme que yo formaba parte del duelo, y con el pie, casi imperceptiblemente, llevaba el ritmo de la música de los cantantes de alabanzas, en lugar de simplemente mirarlos.

Nuestra gran madre me enseñó a agitar la cola negra de caballo que llevaba, y a dar dos pasos adelante y uno hacia atrás, mientras respondía: «Eh, eh, onmu, onmu» a las alabanzas de mi nombre. Los cantantes invocaban: «¿Quién posee en su interior el *chi* de tres grandes mujeres?», y yo respondía: «Onmu, ésa soy yo». «¿Quién vino como dos semillas en una?». «Onmu, eh, eh, eh». Yo estaba fascinada por los hombres de poderosos brazos que tocaban los tambores, llevados por otros más jóvenes. Mientras tocaban, elevamos al aire nuestras colas negras de caballo y dimos pasos adelante y atrás. Nuestras manos subían y bajaban al ritmo de los tambores.

En el mercado se formó un círculo para que bailáramos. Ifeyinwa y yo, las únicas hijas de nuestra madre, bailamos primero. El cuerpo de mi hermana era como de goma, se enroscaba y se desenroscaba como si no tuviera huesos, mientras sus brazos, con dos pesadas colas de caballo en la mano, subían y bajaban en la danza. Cuando bailaban los muchachos, pisaban con fuerza, levantando polvo y saltando, apuntando al aire con sus colas de caballo, como si fueran a dispararle al cielo. A las chicas se nos alentaba a que luciéramos las nuestras con más donaire.

Tras el baile, llevamos una enorme vaca como regalo a la familia de mi madre, para agradecerles el habernos dado a nuestra madre. Su familia nos dio pequeños regalos consistentes en ñame y nueces de cola, y nos advirtieron que si

no nos sentíamos bien tratados en la casa de nuestro padre, siempre podíamos regresar al poblado de nuestra madre. Se nos presentaron más mujeres diciendo que eran nuestras madres, pero en ese momento yo estaba distraída contemplando a los bailarines acrobáticos y no escuché demasiado. Sin embargo, mi hermana y mi gran hermano, que aquel año iría a la universidad, escuchaban atentamente.

Dos semanas más tarde, la familia del marido de Ifeyinwa vino para llevársela. Se marchó de noche, y todos nosotros cantamos sus alabanzas y llevamos faroles para iluminarle el camino a su nuevo hogar. Ifeyinwa lloró durante toda la ceremonia, en la que nuestro padre rezó por su felicidad.

Después de su partida, yo me quedé otros cuatro días, pero ya no fue divertido, y eché de menos a Ifeyinwa. Al cuarto día me pusieron en un autobús que llevaba a algunos estudiantes a la misma escuela convento a la que yo asistía. No eché de menos a mi padre. Él tenía a tanta gente a quien amar que yo me sentía insignificante.

Mis hermanos me ayudaron a llevar mis escasas posesiones al garaje del autobús. Nunca llegué a conocer muy bien a mis hermanos, pues no crecí con ellos, y los consideraba como dioses, a quienes sólo había que hablar en contadas e importantes ocasiones. Nuestra gran madre vino con nosotros, rebosante de consejos y oraciones. Dijo que debía escribirle a menudo, pero yo estaba avergonzada de decirle que no escribiría, pues ella no sabía leer, lo que significaba que todos se enterarían de cuanto le contara.

En la escuela convento de las afueras de Lagos hice nuevas amigas que para mí acabaron siendo más importantes que mi familia. Los míos no me escribían mucho, pues preferían verme cara a cara. Puesto que yo no tenía noticias de mi familia de Sokoto ni de la de Ibusa, quedaron excluidas de mi nueva vida.

Pero mi hermana Ifi seguía viniendo, intentando recuperar el tiempo que habíamos perdido de niñas. Yo podía adivinar que su vida no era fácil. Las dos lloramos el día que vino para contarme que tía Nnebogo había muerto. Se lo conté a nuestro reverendo padre, y las hermanas del convento me alentaron a llorarla como si fuera mi auténtica madre. Ojalá pudiera haberla visto antes de morir, pero ella abandonó Lagos para irse a Kaduna poco después de que yo dejara su casa. Quizá me echó de menos, pero yo no tenía manera de saberlo. Dijimos una misa por su alma. Después de eso mi vida giró alrededor de mis libros, aprobé los estudios y dejé el convento para casarme.

Albert vino un día a ver a la hija de una vecina, y descubrimos que los dos

éramos de Ibusa. Él todavía estaba en el Instituto Masculino de Eko. Nos fuimos haciendo cada vez más amigos al tiempo que me iba distanciando de mi hermana Ifeyinwa, debido al nacimiento de sus hijos. Cuando me dijo que su marido se había casado con otra mujer, sentí como un deseo de borrarlos de mi mente. La opinión de Albert era que la poligamia degradaba a las mujeres, y para esa afirmación se basaba en su propia experiencia con las dos esposas de su padre. Por tanto me dije que los dos compartíamos el mismo punto de vista en esa cuestión.

Fui a visitar a Ifeyinwa una vez durante las vacaciones de Pascua, y al ver la manera en que vivían aborrecí para siempre las familias numerosas y la poligamia. Tras la pulcritud casi clínica del convento, los pocos días que pasé allí me parecieron caóticos y carentes de intimidad. Regresé a la escuela antes que los demás alumnos, y las monjas se rieron. Después de eso, perdí todo contacto con mi pasado, aunque Ifi seguía viniendo, y no se ofendió porque yo rehuyera su modo de vida.

Cuando quedó claro que Albert iría a Inglaterra, me pidió que me casara con él, y yo acepté feliz. Pensé que escaparía para siempre de la vida que habían llevado nuestros padres, e Ifi no dejaba de decirme: «¿No te había dicho que encontrarías un buen partido?».

13
Visita a la escuela

Habían pasado tres días desde que Kehinde llegara de Londres, y todavía no había estado a solas con Albert, al que siempre rodeaban parientes y amigos. A menudo Kehinde imaginaba haberle visto intentando lanzarle una mirada furtiva, con sus ojos bordeados de rojo y anhelantes, pero cuando acababa con sus parientes, ella ya estaba en la cama. La tercera noche, Kehinde se despertó con el tacto de las manos de Albert recorriéndole el cuerpo. Había ensayado decirle muchas cosas cuando él finalmente viniera a ella, pero no estaba preparada para lo inesperado. En lugar del frío desapego que había planeado, preguntó abruptamente:

—¿Qué quieres de mí, Alby?

Él se quedó estupefacto, y respondió en voz baja:

—Debes comprender que esto es Nigeria. Aquí las cosas son distintas.

—Ya veo. Ahora ya no me necesitas. Ojalá hubieras tenido agallas para decirme todo esto antes de que dejara mi empleo en Inglaterra.

—¿No intenté impedírtelo? ¿Me hiciste caso?

Kehinde se levantó, apartó a Albert de su lado y encendió la luz, agradeciendo que, por una vez, no hubieran cortado la electricidad. La habitación estaba iluminada por una solitaria bombilla que colgaba de un fino cable, con una pálida pantalla de papel transparente. Kehinde sospechaba, a pesar de las protestas de Ifeyinwa, que la habitación había sido utilizada por Joshua y Bimpe, y que la habían preparado apresuradamente para ella. Se suponía que debía dar las gracias por ello.

—¿Por qué me has estado evitando, Alby? —preguntó.

—¿Evitándote? No seas ridícula. ¿No ves lo ajetreada que es aquí la vida? Mañana es sábado, e iremos a ver a Joshua y Bimpe al colegio. —Kehinde observó que Albert ya se había puesto en pie, y no había protestado porque ella encendiera la luz. La advertencia de Moriammo resonaba en su mente: «Nigeria país para hombres. Para ellos muchas, muchas mujeres siempre detrás de ellos». Albert todavía estaba hablando—: La semana que viene empezaremos a buscarte un empleo. Aquí todas las mujeres cultas trabajan.

—Siempre he trabajado, ¿acaso eso es una novedad?

—Aquí es distinto. Para las mujeres es un deber.

—Ya lo sé. Esto es África, donde las mujeres hacen todo el trabajo. No voy a depender de ti. Voy a trabajar para mantenerme.

—Sé que estás enfadada. Pero vuelve la vista atrás, Kehinde. Mi padre tenía dos esposas, el tuyo tenía tres. ¿Es que acaso he cometido un pecado abominable? —La voz de Albert sonó áspera.

—¿Acaso se casaron en una iglesia? Nosotros nos casamos por la Iglesia, ¿o es que lo has olvidado? Todas esas promesas, ¿es que no significan nada para ti?

—Todo el mundo lo hace para poder inmigrar, y de todos modos, Rike se quedó embarazada. —Había levantado la voz, pues comenzaba a sentirse irritado. Ahora Kehinde estaba realmente interesada. Quería saber cómo, en el plazo de veinticuatro meses, podía haber engendrado un hijo y tener otro en camino, cómo podía haber llevado a otra esposa a la casa donde sabía que ella acabaría viniendo.

—De manera que se quedó embarazada, y tú, naturalmente, nunca habías dejado a una mujer embarazada. ¡Enhorabuena, padre de un varón!

—No lo comprendes. Ese niño, Ogochukwu, nació bajo la estrella de la suerte. Un *woli* me habló de él antes de que naciera. Tan pronto como acepté a su madre y permití que se convirtiera en mi esposa, obtuve este empleo tan bien pagado. El *woli* me dijo que el niño nos traería tanta suerte que no podríamos creerlo. —Se acercó a Kehinde, que se desplazó hacia la ventana, encarando completamente a Albert, mientras escuchaba su relato como si fuera un cuento para niños—. Yo… recuerdo ese varón que perdimos. Bueno, no deseaba que volviera a ocurrir lo mismo. Mis hermanas habían visto a Rike conmigo. Y Kehinde, ella no es mala, ya lo sabes. Es muy respetuosa, y te considerará como una madre, ya lo verás. Dijiste que no deseabas pasar por el dolor de otro embarazo. Bueno, ella es joven. Tiene un buen trabajo en la universidad, y al mismo tiempo ha tenido que criar a dos hijos…

Kehinde no podía creer lo que estaba oyendo.

—Esto no era lo que habíamos planeado. No podíamos mantener al bebé porque no teníamos dinero. Sólo un par de meses después, un profeta te convence de que vas a tener un mesías. Oh, Albert, qué te ha ocurrido… —Se interrumpió para no desfallecer. Podía adivinar que el profeta pertenecía a la iglesia de Rike. En Inglaterra, Albert sólo había ido a la iglesia para meter a Joshua y a Bimpe en una escuela católica. El Albert que ella había conocido ya no existía. Si Rike era miembro de una iglesia carismática, y si Albert se había unido a ella, sabía que estaba pisando un terreno muy resbaladizo. En poco tiempo, comenzarían a ver visiones en las que Kehinde albergaría malos sentimientos hacia Rike, y tendrían razón. Por un momento se sintió aplastada por la enormidad de lo que se le avecinaba. Pero todavía era la madre de Joshua y Bimpe, y no debía dejarse hundir.

Kehinde no solía dejarse vencer por los malos sueños, pero se quedó despierta durante mucho tiempo después de que Albert se marchara. En aquel momento oía los ruidos matinales procedentes de todas las habitaciones. Rike, con su voz refinada y educada, le decía a la doncella que se fuera. Su hijo lloraba. Kehinde se levantó a regañadientes, el cuerpo rígido. Sentía deseos de morir. Se suponía que ésa era su familia, y se las estaban arreglando perfectamente sin ella. Nadie se había molestado en llamarla. Debían de haber oído la discusión con Albert durante la noche. Él había intentado bajar la voz, pero ella se había sentido tan dolida que no le había importado que la escucharan. Allí no había intimidad. Kehinde sonrió de manera forzada. «La familia irá a ver a nuestros hijos mañana. Es mejor que vengas, te están esperando», había dicho Albert antes de salir de la habitación. «Mis hijos son ahora “nuestros” hijos», había pensado Kehinde, observando los regalos que había traído para ellos. Sus necesidades ahora se veían atendidas por Rike y Mamá Kaduna. Pero Kehinde decidió que iría; después de todo, eran sus hijos, no podían haber cambiado tanto. Se vistió y se dispuso a unirse al resto de habitantes de la casa. Colocaron paquetes de comida en el maletero del coche, como si se prepararan para visitar un campo de refugiados.

Kehinde se disponía a ocupar el asiento delantero del Jaguar, como había hecho en Londres, desafiando a que Rike le disputara su derecho a sentarse junto a Albert. Pero la estrepitosa carcajada de Mamá Kaduna la detuvo. Supo por el tono de su risa, guasona, pero también llena de disgusto, que algo iba mal. Miró

a la gente que había a su alrededor, pero éstos simplemente desviaron la mirada, o la dirigieron a la polvorienta calle.

—Esposa, yo también vengo —dijo Mamá Kaduna, en un tono peligrosamente bajo. Hacía demasiado poco que Kehinde había llegado, y no comprendió su advertencia.

—Oh, sí, mamá, ya lo sé —dijo mientras se sentaba. La cara de Albert estaba impasible, pero Mamá Kaduna expresó un torrente de desdén e insultos.

—He dicho que yo también vengo. ¿Pero qué te ocurre? ¿Crees que he venido desde Kaduna sólo para darte la bienvenida? He venido a ver qué hacen los niños. ¿Quién te crees que eres? ¿No ves a tu consorte, Rike? ¿No ves que se sienta detrás, con la doncella y el bebé? Cuando nosotros, los parientes del cabeza de familia, estamos aquí, Albert nos concede el lugar de honor. Cuando visites las casas de tus hermanos, el mismo honor te será concedido. Así que siéntate detrás y pongámonos en marcha.

Kehinde casi se murió de vergüenza. Vio que incluso la doncella, Grace, se cubría la boca en su intento de no echarse a reír. Sólo las esposas jóvenes y con escasa preparación cometían tales errores. Kehinde recobró el dominio de sí misma y se obligó a disculparse.

—Sí, lo siento, tía Selina. Hace mucho que no estoy en este país. No quise ofenderla.

Albert fingió no oírla, y Mamá Kaduna ni se molestó en aceptar la disculpa. Kehinde se apretó en la parte trasera, con Rike, su bebé y la doncella. Albert puso un éxito nigeriano en el estéreo, pero Mamá Kaduna hablaba por encima de la música. Una o dos veces, Albert captó la mirada de Kehinde en el retrovisor, pero la apartó rápidamente, para que los demás no se dieran cuenta. Kehinde sabía que, en el fondo de su corazón, Albert no disfrutaba con aquella situación.

Albert había deseado regresar a la Nigeria de su juventud, pero esa Nigeria, el país donde personas como su padre habían sido felices trabajando de lavanderas, limpiadores de barcos o acarreando madera, y donde las mujeres de la familia no iban a la escuela, ya no existía. Esa Nigeria era un sueño nostálgico. Se preguntaba qué haría Kehinde ahora, pues no estaba ciego ante las dificultades que ella estaba pasando. Se consoló pensando que, en cuanto encontrara un empleo, se adaptaría a la situación.

—Nuestro marido conduce tan bien —dijo casualmente Rike, a quien nada le pasaba por alto.

¿Nuestro marido? Oh, sí, nuestro marido. Albert era ahora «nuestro marido»

o «el padre de Joshua», como había señalado Ifeyinwa el día de la llegada de Kehinde. Ésta comprendió que él intentaba hacer tres cosas al mismo tiempo: escuchar la radio, seguir el flujo de palabras de su hermana y guiar con seguridad entre el denso tráfico de Lagos.

Kehinde estaba perdida en sus evocaciones. Se veía a sí misma en su abrigo de pieles, las piernas cruzadas, no molestándose en hablar con Alby, escuchando la música mientras él le lanzaba furtivas miradas para ver si estaba de humor para hablar. Ella fingiría no verle, y él miraría de nuevo y quizá dejaría escapar una tosecilla seca. Entonces ella diría: «¿Qué ocurre, Alby?». Dicen que las mujeres hablan mucho, pero los muchos años pasados con Albert le habían enseñado que se comunicaba mejor con él estando en silencio, y había perfeccionado ese arte, dejándole hablar mientras ella medio escuchaba.

Se suponía que en Nigeria las mujeres debían permanecer juntas, y una esposa debía dejarle a su marido espacio suficiente para que fuera un hombre. Esto no le resultaba nuevo, ¿por qué entonces le costaba tanto aceptarlo? Se sentía engañada, infravalorada. Miró a la joven esposa de Albert, una mujer mucho más culta, que se doblegaba ante la tradición. Pero eso le había permitido conseguir un hogar y una gran familia a la que pertenecían sus hijos. A pesar de su doctorado, se había atado a un hombre que le llevaba dieciocho años y que tenía una esposa y dos hijos en Inglaterra. Kehinde sabía que no tenía ninguna oportunidad contra Rike, con toda su sofisticación lagosiana. No jugaban según las mismas reglas.

—Siempre me gusta esta parte de Lagos. Hay menos tráfico y las casas son muy bonitas y están tan bien cuidadas. ¿No te parece que las calles son bonitas, eh, mami? —preguntó Rike. Kehinde, absorta en sus pensamientos, no la oyó.

—Kehinde, hija de Nwabueze, ¿todavía estás aquí con nosotros? —clamó la explosiva e impaciente voz de Mamá Kaduna—. Tu consorte te está hablando.

Kehinde se despertó y volvió a disculparse.

—Lo siento, mi cabeza simplemente se extravió. Lo siento, ¿qué decías?

Todo el mundo se rió, pero Rike no repitió la pregunta. Parecía como si todo el mundo se hubiera propuesto dejarla en evidencia. Kehinde se encogió de hombros, volvió su atención al paisaje y no volvió a preocuparse de aquellos que la rodeaban.

Mamá Kaduna reemprendió su comentario, exactamente en el punto donde lo había dejado. Albert decidió ahogar la voz de su hermana silbando

suavemente al son de la musica, pero a ella le importaba bien poco que la gente la escuchara o no. Siguió hablando.

El coche giró bruscamente y entró en una calle cubierta de guijarros y bordeada de tupidos árboles y arbustos. Al final de la calle, surgiendo justo en el medio como un elefante orinando, se erguía la escuela, una enorme y recargada monstruosidad. Un asta, en el tejado, exhibía orgullosamente el verde y blanco de la bandera nacional. Delante del edificio había aparcados coches de lo más variados y en distintos grados de desintegración, mientras personas de todas las edades —desde bisabuelos a bebés— iban y venían, vestidos como si fuera Navidad.

—Ésta es la escuela —anunció Albert.

El portero de la escuela conocía a Mamá Kaduna, y le dio una efusiva bienvenida, preguntándole cómo estaba, cómo le había ido el viaje desde la tierra de los hausas, esperando y rezándole a Alá para que la familia que había dejado atrás se encontrara perfectamente. Mamá Kaduna le preguntó lo mismo al hombre. Finalmente, Grace, que sabía por larga experiencia cuándo el saludo iba llegando a su fin, se dirigió apresuradamente al maletero del coche y trajo el bol revestido de plata que estaba lleno de comida, desde nueces de cola hasta trozos de carne, desde caracoles fritos a *akara*. Encaramado en lo alto había un paquete especial envuelto en papel de periódico. Mamá Kaduna tomó el paquete y se lo dio al portero. El hombre se inclinó tanto como se lo permitieron sus cortas piernas, pero se inclinó un centímetro más al ver a Albert salir pausadamente del coche. Se puso el paquete dentro de la camisa y corrió para acompañar a los visitantes al interior de la casa. Les llevaron a una habitación fresca, con cómodas sillas dispuestas a lo largo de las paredes encaladas. A través de una puerta que daba al recinto, Kehinde pudo ver pequeños y relucientes *bungalows* alrededor de un campo abierto, con jóvenes que llevaban uniformes blancos y almidonados e iban apresuradamente de un lado a otro. Desde la parte delantera, era difícil imaginar que el recinto fuera tan grande, con galerías abiertas bordeadas de palmeras y bananos. Kehinde se sintió feliz de que sus hijos vivieran en aquel ambiente. Su felicidad se incrementó cuando Joshua y Bimpe aparecieron, altos, saludables y comportándose como respetuosos niños nigerianos. Al menos para ellos, el traslado a Nigeria había valido la pena. Si mostraron con ella cierto retraimiento, lo achacó a la presencia de tantos adultos, y anheló el momento de poder verlos a solas. Se comportaban de un modo afable y familiar con Rike, y eran cariñosos con el bebé. Kehinde se sintió aliviada de

que se hubieran adaptado de una forma, al parecer, tan poco traumática, y confirmaron su opinión de que no había lugar para ella en la familia. El círculo se había cerrado en su ausencia, y ella no tenía fuerzas para irrumpir en él.

14
Carta a Moriammo

Querida Moriammo:

Te escribo esta carta con la esperanza de que tú y tu familia gocéis de buena salud. ¿Qué hace Olumide? ¿Ya juega en el Manchester United? Nosotros estamos todos bien, pero hay muchas historias, tan jugosas y variadas que si un profeta me las hubiera contado hace meses, le habría aconsejado que se dedicara a otra profesión.

El día que me fui, vi a Tunde en el aeropuerto. Dijo que estaba sorprendido de verme. Nuestros maridos, ¿es que no saben disimular? Su actuación no fue convincente, y pude ver alivio en su cara cuando comprendió que por fin volvía a casa a estar con Albert.

¿Por qué nuestros maridos se sienten amenazados cuando una mujer muestra señales de independencia y quiere vivir sola durante un tiempo? Porque así es como yo lo vi. ¿Recuerdas el día que trajiste a Olumide a «mi casa»? Ahora la llamo mi casa, porque eso es exactamente lo que va a ser: mi casa, no nuestra casa. De todos modos, ¿te acuerdas de ese día? Lo relajadas que estábamos, como adolescentes. No nos importaba que el llantén que freíamos se medio quemara porque estábamos hablando. Incluso puse ese desagradable vídeo y lo miré, exactamente igual que hacen los hombres. No vi nada malo en ello, ¿y tú? Fue una diversión inofensiva. Después de todo, ganábamos más que nuestros maridos, y teníamos mejores empleos. De modo que no comprendí por qué te sentiste culpable y estuviste de acuerdo con

Tunde para evitarme. Pensé que nuestra amistad estaba por encima de eso, y que éramos como hermanas. A veces, incluso solía confundirte con mi Taiwo, que dejó un vacío que sólo se llenó cuando te conocí, hace diecinueve años, cuando ambas éramos dos jóvenes nerviosas que se preparaban para ir a Inglaterra a encontrarse con nuestros futuros maridos. ¿Recuerdas lo asustada que estabas porque ni siquiera conocías a Tunde? Tus padres te habían dicho que era de muy buena familia, y tú llevabas su foto. ¿Recuerdas que les preguntamos a esos horribles cocineros del barco si la foto era reciente o antigua, y que nos respondieron que había sido tomada hacía cincuenta años? Las dos lloramos, pensando que ibas a encontrarte con un viejo. Te prometí cuidar de ti si no te gustaba Tunde. ¿Recuerdas que dormimos en la misma litera, abrazadas? Tú tenías mucho miedo porque eras virgen y no sabías si la primera noche iba a ser tan dolorosa como otras mujeres te habían dicho. Te aseguré que no iba a ser tan malo, porque Albert y yo lo habíamos hecho cientos de veces en su habitación de soltero de Tappa Street. Qué alivio cuando averiguamos que Tunde era tan escuálido como Albert. Y por lo que me dijiste luego, el dolor de la primera noche fue un dolor feliz, porque era cariñoso, y tenía mucha experiencia.

Lo del cochecito fue una desgracia. Podríamos habernos permitido comprarle a Olumide diez cochecitos si Tunde hubiera querido, pero sólo porque él lo compró, montó todo ese *palava*. No me digas que no lo hizo, lo deduje de lo poco que me contaste. Y después de eso comenzaste a comportarte extrañamente.

Aquí están ocurriendo cosas que, como ya te dije, nunca habría creído que ocurrieran. Albert…, oh, se me había olvidado, no se me permite llamarle así, porque yo no le di el nombre. (Él tampoco me dio a mí el nombre de Kehinde, aunque es libre de gritarlo incluso en el mercado al aire libre). Tengo que decir «padre de Joshua» o «nuestro padre» o «nuestro marido». No vino a mi habitación hasta tres días después de mi llegada, en mitad de la noche, y exigió sus derechos maritales con muy poco entusiasmo. Naturalmente, me negué, como supongo que esperaba. Sólo venía a mi habitación a cumplir con su deber, no

para mostrarse cariñoso o afectuoso. Todo eso lo dejó en Inglaterra.

Mi hermana, Ifeyinwa, me dijo que aprendiera a comportarme. Me dijo que bajara la voz y aceptara sus disculpas, siempre que las diera. Ella, mi hermana, me habló de muchas nimiedades. Tiene miedo por mí. Ifeyinwa te gustaría, aunque, a juzgar por su ejemplo, pensarías que el matrimonio es una cárcel. Parece tan sana como un pollito de dos días atrapado en plena lluvia. Y por lo que a disculpas de Albert se refiere, todavía no le he oído ninguna. ¿Por qué iba a disculparse? Después de todo, no ha cometido ningún crimen contra la humanidad, todo lo que hizo fue casarse con Rike y tener un varón, y hacerle otro que está en camino sin que yo supiera nada. Sí, Moriammo, tiene otra esposa. Es profesora. Doctorada en Letras. Tiene una doncella. Tiene un Peugeot. Tiene un hijo de doce meses. Y estoy segura de que el que espera será otro varón. Ya sabes que mi marido —nuestro marido— es incapaz de sentarse y leer un libro ni que sea para salvar su vida, ¡y ahora está casado con una joven doctorada en literatura!

He ido a varias entrevistas, pero, como sospechaba, quieren a gente más joven. Cuando son lo suficientemente liberales para emplear a una mujer, quieren a una de menos edad, con titulación. A menos que me conforme con ser secretaria, y aún con todo, no estoy cualificada. Así que conserva tu empleo. ¿Experiencia? Aquí nadie habla de experiencia. Debes mostrar tus títulos o perecer.

Todo esto hace que mi vida sea intolerable. Albert viaja mucho. Su trabajo le obliga a ir al norte, donde permanece semanas seguidas. Cuando regresa, hay una especie de celebración. Vienen sus hermanas, y se presentan todos los parientes, mientras que su joven esposa hace *shakara*: toma el baño, se perfuma, se pavonea. Cuando Albert está fuera, concentra todas sus energías en el trabajo universitario. Francamente, Moriammo, Albert me ha humillado, y lo peor de todo es que tengo que depender financieramente de él. Por primera vez en dieciocho años de matrimonio me dio dinero para

la casa, y tuve que cogerlo. Cuando me negué a arrodillarme para cogerlo, sus hermanas me impusieron una multa de un gallo. El pago de la multa se llevó la mitad del dinero para la casa. Éste es un mundo de hombres. No es extraño que haya tantos a quienes les gusta volver a casa, después de triunfar en el extranjero. Honestamente, si no fuera por los niños, habría vuelto a Inglaterra hace mucho. Pero ahora no tengo dinero para el billete de vuelta.

¿Podrías localizar a Mary Elikwu? Intenté ponerme en contacto con ella antes de irme. Para mí ha sido un peso en la conciencia desde la noche de la fiesta de Albert. Es una mujer previsora, que fue a la universidad y consiguió un título, después de haber tenido muchos hijos. Educar a los hijos ya no es suficiente. Para nosotras las mujeres, la gracia salvadora es la gran «E» de la educación. Esta chica, Rike, ni siquiera tiene que vivir con nosotros, pues su educación la ha hecho independiente, y a pesar de ello está contenta de ser una esposa africana en una cultura igbo. ¿Cómo es que en Inglaterra no vimos todo esto? Creo que quizá Mary Elikwu sí lo vio. Contesta pronto. Tu amiga,

Kehinde Okolo.

Cuando Kehinde echó la carta, se sintió aliviada, como si se hubiera confesado. Era un día caluroso, como siempre, y había mucha humedad para esa hora del día. A la gente de Lagos le gusta andar despacio, arrastrando los pies, pero aquella tarde tenían más razones para hacerlo. Incluso el viento era demasiado indolente para levantar polvo de los bordes de la carretera. La gente parecía drogada de calor. Kehinde observó a un grupo de espectadores arremolinados a un lado de la calle, pero no pudo ver qué estaban mirando. No tenía prisa por llegar a casa, de modo que cruzó la calle para ver qué ocurría. Dos hombres habían decidido descargar mutuamente las frustraciones de la vida. La historia era que el hombre número uno había querido comprar un periódico. Había pagado con veinte nairas para que el chico de los periódicos le diera cambio, pero el hombre número dos había sido más rápido. Agarró las veinte nairas y echó a correr, pero no llegó muy lejos. Las personas que había a su alrededor de pronto se vieron galvanizadas de su aburrimiento y le persiguieron. Debió de decepcionarles el haberle cogido tan deprisa, pero el hombre tenía poca

energía para una larga carrera. Él y el hombre número uno estaban ahora enzarzados en una pelea a puñetazos. Su historia era que había dejado la universidad hacía tres meses, pero no había podido encontrar trabajo, mientras que ahí había un hombre que exhibía veinte nairas para comprarse un periódico, mientras que él no había comido en cuatro días. Le pidió a los espectadores que juzgaran el caso. Todo el mundo tenía una opinión. Algunos culparon al gobierno por hacer que los jóvenes pasaran por las penalidades de la educación occidental, sólo para decirles, al final, que no había mercado que recompensara sus esfuerzos. Otros dijeron que eso no era una excusa para robar. Los mayores querían saber qué esperaba el hombre número uno, exhibiendo veinte nairas tan ostentosamente en una lugar como Mile 2, donde tanta gente sin empleo se reunía para refugiarse del sol de mediodía. El acuerdo unánime fue que deberían compartir las veinte nairas. El hombre número dos no estaba muy dispuesto, y apelaba al hombre a quien había robado para que le dejara quedarse con el dinero, y le decía que Dios le bendeciría por ello. Hubo un silencio mientras la multitud escuchaba su súplica. El hombre tenía una voz dulce, y hablaba con elocuencia. Kehinde supo que había ganado. Todo aquello ocurría no lejos de la comisaría. Un agente con la barriga prominente, como si padeciera *kwashiokor*, estaba sentado a horcajadas en una silla, la porra desenfundada e indolente a un lado. Bostezó y miró en dirección contraria, provocando una carcajada.

Kehinde negó con la cabeza y sonrió. No había viajado mucho, y el único lugar que podía comparar con Lagos era Londres, donde no podía imaginar una escena como ésa. No, eso sólo podía ocurrir allí, en Nigeria. Se secó el sudor que le brotaba bajo el *gele* y se alejó. De pronto, el calor le hizo recordar que era octubre, otoño en Inglaterra. Allí estaría soplando el viento, las hojas se volverían pardas y caerían. En pocas semanas, el cerezo de su jardín trasero se quedaría sin hojas; las oscuras ramas, retorcidas como huesos viejos. En un día como éste, tras la compra del viernes, extendería los pies delante de la calefacción a gas, mientras miraba sus series favoritas en televisión hasta hartarse y hasta que le dolían los ojos. Otoño en Inglaterra.

Se le humedecieron los ojos. Pensó en las compras de Navidad, que siempre solían molestarla, y sintió el deseo de dar un rápido paseo hasta Harrods, o Marks and Spencer, o Selfridges, sólo para mirar y comprar cualquier tontería. Incluso sintió nostalgia del metro, húmedo y siempre apestando a olor corporal.

Recobró el dominio de sí misma. Seguramente era estúpido suspirar por un país donde nunca la harían sentirse bienvenida. Pero su vuelta a casa no se había

parecido en nada a lo que había soñado. Era consciente de lo cándida que había sido al confiar implícitamente en Albert. Había creído que su vida nunca sería como la de Ifeyinwa. En el África de sus sueños había fiestas e interminables celebraciones en las que ella también disfrutaba del estatus y respeto de una persona pudiente. Por contra, ahora se encontraba una vez más relegada a los márgenes.

15
Decisión

Los días siguieron a noches que eran cálidas y pegajosas, y en las que a Kehinde le resultaba difícil dormir, dando vueltas en su cama empapada de humedad y aguardando la mañana, con la esperanza de que el nuevo día trajera algo diferente. Le resultaba difícil describir sus sentimientos, incluso a sí misma. Estaba esperando algo, pero no podía decir el qué.

Albert se había ido al norte, con lo que la casa estaba silenciosa, con excepción de Grace, la doncella de Rike. Cuando Rike estaba en la universidad, las subidas y bajadas de la voz de Grace llenaban la casa procedentes del patio trasero, cantándoles a los bebés que estaban a su cuidado, o riendo y coqueteando con los sirvientes de la casa contigua que se encontraban en el patio.

Kehinde no podía hacer acopio de energía para interferir. El comportamiento de Grace era simplemente un reflejo de la actitud de los empleados hacia Kehinde, e indicaba la baja consideración que le tenían en la casa. Era la primera esposa, la señora que había triunfado en el extranjero, pero no trabajaba ni tenía influencia sobre Albert. Los sirvientes se daban cuenta, y la trataban con una insolencia apenas disimulada.

Kehinde consideró el día que tenía por delante, sola en la casa con los sirvientes, la única persona sin nada que hacer. Recordó a Moriammo diciéndole mucho tiempo atrás: «Y si no, quedar en casa y jugar a ser gran señora». Pensó en las mujeres blancas que venían a África con sus maridos, sin nada que hacer excepto pasar el rato, y se preguntó cómo podían tolerarlo. Se sentía inquieta por algo que iba a ocurrir.

—Grace…, Grace —llamó. La carcajada se interrumpió, pero no hubo respuesta. Kehinde podría haber ido a buscar su propia agua para el baño, pero eso habría significado admitir su falta de posición en la casa. Tenía que mantener una pizca de dignidad. Haciendo un esfuerzo, llamó con autoridad—: ¡Grace! ¡Grace! ¿*Abi*, estás sorda?

—Sí, mamá, ya vengo. —Grace llamó a la puerta, limpiándose las manos en su *lappa* de estar por casa, en una ostentosa demostración de haber sido interrumpida en el trabajo.

—Buenos días, mamá. ¿Dormido bien? —preguntó Grace, jadeando como si hubiera tenido que correr para obedecer la llamada de Kehinde.

—Gracias. Trae agua para baño.

—Sí, mamá. Gracias, mamá. Después de baño, ¿yo preparo desayuno?

—No, gracias. Pero lava ropa de ahí. Y luego tiende bajo anacardo. El sol destiñe colores, rápido, rápido.

—Sí, mamá.

Completamente vestida, Kehinde deambuló hasta la habitación delantera. Ahí, sobre la mesita de café, había un sobre barato dirigido a ella. Lo abrió furiosa, para descubrir que era el resultado de una entrevista de trabajo realizada tres meses antes. El puesto había sido cubierto, y le deseaban suerte en otra parte, pero no añadían dónde. Se suponía que tenía que estar agradecida de que se hubieran molestado en decirle que no había conseguido el empleo.

Kehinde se mordió el labio inferior hasta casi sangrar. Ojalá le hubiera expresado su desesperación más claramente a Moriammo. Anhelaba regresar a Londres, pero era demasiado orgullosa para admitirlo, incluso ante sí misma. Sin embargo, confiaba en que Moriammo leyera entre líneas.

Mucho más tarde, cuando el enervante calor por fin comenzaba a remitir hacia la tarde, Rike llamó a su puerta.

—Mami, ¿está descansando? —preguntó—. Siento molestar, pero hay alguien en la sala de estar con un mensaje para usted.

A Kehinde se le encogió el corazón, pero se controló.

—Gradas, hija mía. ¿Has tenido un buen día? —preguntó, con una voz tan despreocupada que sonó irreal.

—Sí, ha sido bueno, gracias por preguntar, mami.

Kehinde se ciñó su *lappa* y salió de la habitación. Tocó a Ogochukwu en la mejilla y comentó:

—¿Por qué le llevas en brazos? ¿Dónde está Grace?

—Se nos ha acabado el gas, y Grace ha tenido que ir a comprar un nuevo cilindro.

—Oh, claro, aquí hay que comprar el gas por bombonas…

Rike, que no tenía ni idea de qué otro modo se podía conseguir gas, se encogió de hombros y siguió a Kehinde a la sala de estar. No iba a dejarla sola con el visitante. La portadora del mensaje era una joven que trabajaba de azafata en Nigeria Airways. Ella y Kehinde se habían conocido a través de Moriammo. Advirtiendo las intenciones de Rike, Kehinde invitó a la mujer a pasar a su propia habitación.

La joven la siguió. Era una nigeriana educada en una familia polígama, de modo que no había nada que explicar. Conocía la necesidad de esconderse del resto de la familia, especialmente de una esposa más joven.

—Tengo una carta para usted, señora —dijo con tono conspirador, mirando por encima del hombro. Kehinde tocó un sobre grande y blanco y supo que contenía algo más que una carta. Sonrió. La joven también sonrió.

—¿No quieres nada de comer?

—Gracias, pero no, mamá. Deberíamos haber llegado a Lagos la noche pasada, pero ya sabe cómo van nuestros aviones.

Kehinde asintió.

—Lo sé. Pero no importa. Esto es Nigeria…

En una carcajada, dijeron a coro:

—Por favor, sopórtalo con nosotros.

Kehinde abrió la carta tan pronto como la muchacha se fue. Moriammo le había enviado el importe del billete. Rápidamente le echó una ojeada a la carta, que sólo brevemente se refería al dinero.

«Esto es un préstamo a largo plazo, que me pagarás cuando puedas. ¡No te olvides de que las dos trabajamos en un banco durante diez años, y que no hay préstamo sin interés! Pero además, no permitas que el miedo a lo que dirá la gente te impida hacer lo que tu *chi* desee.

»La casa todavía sigue en el mismo sitio, y también sus inquilinos, aunque está un tanto ruinosa. El techo de la cocina se hundió tras una reciente tormenta, pero tu caribeño prometió repararlo. La última vez que le vi en el centro comercial me preguntó por ti. Creo que le gustas, ahora que estás tan lejos. Estos hombres son todos iguales, valoran lo que está fuera de su alcance. A mí también comienza a gustarme, ahora que le conozco mejor.

»La luna de miel con Tunde por el nacimiento de su heredero, Olumide,

acabó hace tiempo. Le he asegurado la inmortalidad, de modo que ya no tiene por qué seguir complaciéndome. Además, Olumide nos está costando un dineral en niñeras. Pero ya me conoces, vive y deja vivir. No me quejo ni nada parecido. De hecho, me preocupa Tunde, el que alguien pueda ser tan tacaño, incluso consigo mismo. No se saltará un día de trabajo para no perderse esa estúpida comisión que les dan en Nigeria Airways.

»Es una suerte que Albert haya decidido volverse polígamo en Nigeria y no en Londres. Para ti habría sido mucho peor aquí. Por favor, vuelve todo lo pronto que quieras. Por cierto, el interés que mencioné anteriormente es una broma, lo digo en caso de que Nigeria te haya hecho perder el sentido del humor. Guarda el dinero. Es una manera de decir que siento ser una aguafiestas.

«Últimamente, tu señora Elikwu ha sido noticia. Acaba de publicar un libro de mitos y leyendas para niños, y es la portavoz de la campaña "Leche para nuestros hijos". No creo que debas tenerla como un peso sobre la conciencia. Supongo que ya está al corriente de cómo somos las mujeres. Cuando estamos casadas, nos sentimos con ventaja sobre cualquier mujer que viva sola, aun cuando esta última sea un millón de veces más feliz. Estoy segura de que ella lo comprenderá. Dios te bendiga, hermana mía, y escribe pronto». Kehinde leyó la carta una y otra vez, y sonrió tras cada lectura. Moriammo debía de haber copiado la carta varias veces, pues Kehinde nunca había conocido a nadie con la educación de Moriammo que fuera tan perezosa a la hora de escribir en inglés. Moriammo decía que nunca había conocido un idioma con tantas reglas que pudieran romperse. En el caso de aquella carta, debía de haberse pasado horas corrigiendo los errores. Kehinde se sintió profundamente gratificada por el gesto de amistad de Moriammo. Por primera vez se le presentaba la oportunidad de huir de su situación actual. Miró su reloj. Todavía tenía tiempo de ir a la Ikorodu Grammar a ver a Bimpe y Joshua.

Una vez fuera de la casa, volvió la vista atrás y vio a Rike espiándola desde detrás de los visillos de tul. Kehinde sonrió. Le recordó a sus vecinos de Londres.

El portero de la escuela la recibió a regañadientes, objetando que las cinco de la tarde no era hora de visitas, y que los estudiantes estaban ocupados haciendo sus deberes. La súplica de Kehinde afirmando que era urgente no consiguió conmoverle, pero un billete doblado y deslizado con discreción en la palma de su mano, tal como había visto hacer a Albert en el aeropuerto, le transformó en un

instante. El portero hizo varias inclinaciones de cabeza, dándole las gracias repetidamente antes de desaparecer para ir a buscar a los niños.

—Eh, es mamá, es mamá, ¿qué ocurre? —gritó Bimpe.

Mientras se abrazaban, Kehinde se aseguró de que todo fuera bien, y les preguntó por su salud y sus estudios. Por turno, le explicaron que no tenían ningún problema en la escuela. A continuación hubo un breve silencio. Los niños sabían que Kehinde no había ido a verles en un día que no era de visita sólo para preguntarles por su salud. Kehinde dijo de pronto:

—Mirad, no deseo interrumpiros los deberes, pero quiero que sepáis que vuelvo a Londres.

Los niños se la quedaron mirando, y Bimpe puso cara larga.

—¿Te has peleado con papá? —quiso saber.

—No, no, nada de eso. Todavía está en el norte. Sólo quiero regresar, encontrar un trabajo y cuidar de nuestra casa. Tía Moriammo dice que se está cayendo a pedazos…

—¿No es papá quién debería hacer eso? —preguntó Joshua.

—Él tiene un buen empleo aquí, y una nueva familia… —explicó Kehinde tanteando la situación. Bimpe se echó a llorar.

—Pero tú eres la espina dorsal de la familia, mamá. ¿Por qué quieres huir?

—Bimpe, puedes venir siempre que quieras, ya lo sabes. —Kehinde se apresuró a tranquilizarla.

—¿Qué pasa con papá, él también puede venir, o vas a divorciarte de él a causa de Rike?

Kehinde se quedó estupefacta ante la perspicacia de Bimpe, pero todo lo que dijo fue:

—No, Bimpe, no es eso. Tengo que irme para no perder la razón. Moriammo me ha enviado dinero para el billete, y me marcharé pronto. Quiero que cuidéis el uno del otro, yo os escribiré. —Kehinde vio al portero merodeando por la puerta, así que abrazó a sus hijos rápidamente y se escabulló.

No fue tan fácil escabullirse de Ifeyinwa.

—¡Lo sabía! ¡Me lo temía! —exclamó Ifeyinwa—. ¿A Londres, a hacer qué? ¿Inglaterra es ahora tu país, *abi*?

—No, Inglaterra no mi país, pero yo quiero volver. Aquí no trabajo, nada. Sólo sentada en casa, esperando que Albert vuelva. Y cuando vuelve prefiere ver esposa más joven, no a mí. Yo quiero volver.

—Pero tú sabes historia de nuestros padres. Durante años nuestra mamá

llevó pepitas de palmera al mercado por Asaba. Cuando acabado de venderlas, utilizado dinero para pagar escuela de nuestro papá. Cuando papá acabó escuela, volvió a Lagos y consiguió trabajo en ferrocarril. Por entonces, mamá ya no tan lozana para que papá poder presentar a sus amigos. Entonces papá casó con otra. Contar que entonces ella ir a nuestro papá y decir que si él amarla ella darle más *pikin*. Pero nuestro papá simplemente la evitó. ¡Pero ella ni pensó en dejar niños y escapar! Y yo diré algo más. Tú fuiste problema que acabó con ella. Y también comiste hermana tuya.

—Oh, por amor de Dios, Ifeyinwa. Estudiaste Biología en la escuela. ¿Cómo puedo haberme comido a mi hermana? ¿Y por qué es mi nacimiento lo que todo el mundo menciona en primer lugar siempre que intento hacer algo por mí misma?

—Sé que tú dolida porque Albert casado con otra mujer. Allí, en Londres, ser un hombre, una esposa. Pero aquí distinto. ¿Es que no tú no acuerdas del día que tú casaste, que tus padres decir: «Cuida de este hombre, al igual que de tus hijos, para que pueda ayudarte a criar a tus hijos»? Y así ser. Tú no sentimientos por nadie. ¿Y qué pasará con tus hijos?

—¿Joshua y Bimpe? Puedes juzgarlo por ti misma. Todos les quieren, las hermanas de Albert, e incluso Rike. Disfrutan de sus atenciones. Hoy he hablado con ellos, de modo que ya lo saben. Cuando llegue allí, veré si puedo encontrar algo, y los mandaré a buscar.

—Entonces quédate *belle* antes de irte, así tener otro hijo.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Kehinde. Dijo con voz ahogada:

—No quiero más hijos. Me hice ligar las trompas.

Ifeyinwa puso unos ojos como platos y tragó saliva. A continuación se santiguó. Lo que Kehinde acababa de decir la dejó sin habla. Por una vez en la vida, Ifeyinwa no podía encontrar palabras con las que responder a su hermana.

16
Regreso a Londres

Ifeyinwa sollozaba como si se le fuera a partir el corazón.

—¿Cómo podré volver a tener la cabeza alta? Ahora, todo el mundo le dirá a Albert: «¿No te previnimos en contra de ella? ¿No te previnimos en contra de su familia? No son buenos». Mira a tu alrededor, Kehinde, ¿ves que alguno de nuestros hermanos o sus esposas haya venido a despedirte? No están aquí porque nos has avergonzado a todos. Fingen no saber que te vas hoy. Envié a mi hijo Amechi a que se lo dijera a todos… —Los sollozos de Ifeyinwa eran casi incontrolables.

—Pequeña madre, Ifi, ya hemos pasado por todo esto otras veces. Fui una necia por no haber advertido antes ese aspecto de Albert, pero ahora que lo he visto, no puedo aceptarlo.

—Por favor, hablas como si fuésemos salvajes…

—No, Ifeyinwa, sabes que no quiero decir eso. Nunca había vivido en una familia polígama, excepto cuando venía a visitarte, y ya me sentía alejada de ti antes de abandonar Nigeria. Sólo conocí a tía Nnebogo, y luego el convento. Albert fue educado en una familia polígama, y tú también. No quiero que ahora volvamos a pasar por todo esto. Joshua y Bimpe lo comprenden. Procura ver las cosas con mis ojos. Prometo ayudarte económicamente siempre que pueda. Estar sin Albert en Londres significa que seré libre para decidir qué hacer con mi dinero.

—Padre no debería haberles permitido que te llevaran con ellos. Deberían haberte contado la historia de tu nacimiento desde el principio. Deberían haberte educado con el resto de nosotros.

Kehinde se sentía cansada. De pronto anheló huir a la paz de su propio hogar. Tan pronto como hubo facturado el equipaje, le dijo adiós a Ifeyinwa y se encaminó hacia la sala de embarque para evitar más lágrimas. Acababa de sentarse en el banco de metal gris oscuro a la espera de su vuelo cuando unos golpecitos en el hombro le hicieron volver la cabeza.

—Oh, Ifeyinwa, ¿cómo te las has arreglado para que te dejaran pasar? —exclamó—. Esto es sólo para pasajeros.

—Todavía estamos en Nigeria, ¿te has olvidado, *abi*? Con muy poco se puede conseguir mucho. —Suspiró—. Ojalá pudiera irme contigo.

—Eh, pero ¿qué ocurre? Ahí fuera me estabas recordando mis deberes y responsabilidades. Y ahora quieres venir conmigo.

—Sé lo que dije. Pero tú eres una hermana gemela, y debes hacer lo que tu *chi* te dice. Los gemelos son difíciles de predecir.

—¿Y has entrado en la sala de embarque para decirme eso?

Ifeyinwa asintió. A continuación añadió, como si se le acabara de ocurrir:

—He oído decir que Albert tiene una amante en el norte. Creo que Rike sospecha.

Hubo un largo silencio antes de que Kehinde respondiera:

—Pobre Albert, ¿cómo va a poder hacer frente a tantas responsabilidades? —Tomó una de las manos de Ifeyinwa y la sostuvo entre las suyas—. Gracias por contármelo, pero ¿por qué intentaste convencerme de que me quedara si sabías eso?

Ifeyinwa encogió sus hombros delgados.

—Al menos nadie podrá culparme por no intentar retenerte. De acuerdo con la tradición, he cumplido con mi deber fraterno. Y ahora hablemos con los pies en la tierra. —Ifeyinwa preguntó con una áspera voz de rebelión—: Dime, hermanita, cuando llegues allí, ¿vas a buscar otro hombre?

Kehinde fingió sentirse escandalizada.

—¿Después de que me hayas dicho que el hombre que me llevó al altar está a punto de tomar una tercera esposa? —Una sonrisa malévola iluminó la cara escuálida de Ifeyinwa. Por primera vez, Kehinde atisbo el espíritu atrapado tras el barniz de la tradición.

—Dímelo, ¿vas a buscar otro hombre o no? —insistió Ifeyinwa.

—El otro día me dijiste que aún era joven. No voy a coserme con una aguja ni a encerrarme con un candado. Por lo que puedo deducir, esa libertad, en particular, es una de las alegrías de la poligamia.

—¿Y la otra esposa de Albert? —preguntó Ifeyinwa, ahora sonriendo ampliamente. De nuevo, Kehinde lamentó no haber tenido la oportunidad de llegar a conocer profundamente a su hermana.

—Bueno, Rike será responsable del bienestar de Joshua y Bimpe durante las vacaciones.

—Aprendes rápido. Le tengo reservadas unas cuantas sorpresas para cuando te hayas ido.

—¿Qué sorpresas?

—Ah, tú guardas tus secretos y yo guardo los míos. Pero quédate tranquila, Albert no va a conseguir una naira de esa casa de Inglaterra.

Kehinde deseó poder llevarse a su hermana con ella. Comprendía que Ifeyinwa iba a echarla de menos. Ahora era abuela y se esperaba que se comportara como tal, pero podía pasar por una mujer de treinta y cinco, y el cuerpo que había utilizado todos esos años para alimentar y cuidar a sus hijos todavía anhelaba solaz. Kehinde la abrazó y suspiró.

—Ahora, hermanita, no más lágrimas. Te mandaré a buscar en cuanto pueda permitírmelo, al menos para que me hagas una corta visita.

Ifeyinwa le correspondió en el abrazo.

—Sé que lo harás, y yo desde luego iré. Así que te veré en Londres.

En Heathrow, para sorpresa de Kehinde, incluso los oficiales de inmigración le dieron la bienvenida. Generalmente, cualquier persona procedente de Nigeria era husmeada por unos perros especialmente adiestrados para la búsqueda de drogas, y a continuación se la sometía a todo tipo de preguntas en el mostrador de inmigración, pero Kehinde eludió todo eso.

Fuera, aunque hacía frío, brillaba el sol, y Kehinde sintió una oleada de júbilo. Se apeó del taxi delante de la casa en Leyton, y le sorprendió que nada hubiera cambiado en los doce meses que había estado fuera. No sabía qué cambios había esperado, pero parecía como si las cosas siguieran inmutables. Sólo unas pocas horas antes, aún en Nigeria, pensaba que el mundo se estaba derrumbando. Ahora observaba que los árboles plantados por el ayuntamiento a lo largo de la calle comenzaban a echar brotes. En pocos días florecerían, y sería primavera.

Kehinde introdujo la mano en el bolsillo del abrigo y sacó la llave de la puerta delantera. Cuando la encajó, se quedó sorprendida.

En el interior del estrecho vestíbulo, el olor de su casa londinense le dio la bienvenida como a una niña extraviada. Antes de que pudiera reprimirla, una voz

gritó en su interior: «¡Hogar, dulce hogar!». Taiwo, que no había hablado desde que Kehinde se fuera a Nigeria, había vuelto. Kehinde reprendió a la voz: «Éste no es mi hogar. Nigeria es mi hogar». Mientras lo decía, sabía que se estaba engañando, y que Taiwo no se lo permitiría.

«Tomamos nuestras propias decisiones a medida que vivimos —dijo la voz —. Ésta es tu decisión. No hay nada de que avergonzarse». «Sí —Kehinde se descubrió a sí misma discutiendo—, pero éste es un país donde la gente cree que si hablas con tu *chi* estás hablando sola, y si hablas sola, es que estás loca». Una fría corriente de aire le rozó los tobillos, y se dio cuenta de que no había cerrado la puerta. El letrero de se vende batía melancólicamente al viento. Algo la impulsó a salir de nuevo, y con una fuerza inesperada lo arrancó del suelo.

—Esta casa no está en venta —declaró—. Esta casa es mía.

17
Ifeyinwa

Siempre que Ifeyinwa despedía a alguien en el aeropuerto, lo cual, gracias a Dios, no ocurría a menudo, su aflicción no era sólo por la partida, sino que nacía de un miedo irreprimible a una pérdida permanente. Por tanto, se quedó de lo más aliviada al enterarse de que Kehinde había llegado sana y salva. En el animado, ruidoso y pintoresco Lagos, Ifeyinwa sólo podía imaginarse la vida de Kehinde en Londres como fría y solitaria. Lamentaba profundamente que no se hubiera quedado, sobre todo cuando, al parecer, ésa había sido su primera intención al llegar. ¿Acaso no se había traído casi todos los muebles de la casa de Londres? ¿Acaso no había dejado su trabajo? Ifeyinwa había tenido la esperanza de poder disfrutar por fin de la compañía de su hermana, pero sus planes se habían frustrado. En una vida de privación, sentía apasionadamente que ése era un privilegio al que debería haber tenido derecho.

No se trataba de un vínculo exclusivamente emocional. Ifeyinwa y sus hijos subsistían en una pobreza tal que incluso las pequeñas aportaciones de Kehinde, sisadas del presupuesto doméstico de Albert, suponían un gran alivio. Durante días fue de un lado a otro sin cambiar de expresión, pasándose la lengua por los dientes sin que nadie se le cruzara por el camino. Su cerebro, sin embargo, estaba extremadamente activo, planeando la mejor manera de vengarse de Albert y Rike, a quien ella atribuía la responsabilidad de haber obligado a Kehinde a marcharse.

Ifeyinwa, durante años acostumbrada a aceptar lo que la vida le deparara, se rebelaba ante la pérdida de su hermana por tercera vez. De niña, había suspirado por la otra hija de su madre muerta. Educada entre hermanos, a merced de su

madrastra, había tejido una fantasía alrededor de su hermana ausente tan intensamente vivida como la de Kehinde por su Taiwo. Cuando era una joven esposa, había hurtado tiempo a sus deberes domésticos, dejando a sus hijos al cuidado de la doncella, para visitar a Kehinde en la escuela, llevándole pequeños regalos que no podía permitirse. Ni siquiera el obvio desagrado de Kehinde por su situación familiar ni la reserva cada vez mayor que mantenía la disuadieron.

Cuando Kehinde fue a Inglaterra a casarse con Albert, Ifeyinwa lo sintió como una pérdida. Durante veinte años y pico había llorado la ausencia de su hermana, interrumpida sólo por tarjetas de Navidad con breves mensajes, esporádicas instantáneas de los niños y un billete de veinte libras, que Ifeyinwa utilizaba para comprar libros escolares para sus hijos. Entonces llegó la noticia de que Albert regresaba. Luego vinieron Joshua y Bimpe, a quienes nunca había visto. Ifeyinwa estaba dispuesta a quererlos como a sus propios hijos, pero Rike intervino. La había visto insinuarse en casa de Albert, aprovechándose de su soledad, halagando su vanidad, echándole una mano con los niños sin madre. Ifeyinwa lo había observado todo sin decir nada mientras la barriga de Rike crecía y Albert caía presa de las seductoras visiones de los profetas y se casaba con ella. Cuando Kehinde anunció su llegada, Ifeyinwa se aseguró de estar ahí para darle la bienvenida, advertirla y consolarla. Su lealtad nunca vaciló, por mucho que las hermanas de Albert intentaran humillarla y a pesar de las sonrisas afectadas de Rike. El tener a Kehinde allí en Lagos suponía para Ifeyinwa una suerte de compensación por su triste vida, pues era alguien con quien podía hablar libremente sin temor al qué dirán. Ahora se había ido, y la venganza era lo único que le quedaba. Si ella no podía hacer volver a su hermana, haría que la estancia de Rike en casa de Albert fuera como estar sentada con el culo desnudo sobre una silla untada de guindilla, como tener un hueso alojado en la garganta, incapaz de tragarlo ni de escupirlo. Amargaría su vida. ¿Acaso no era Kehinde la única hermana que tenía?

En el intenso calor de la tarde, Ifeyinwa dejó a uno sólo de sus hijos, Nwalor, para que cuidara del puesto de naranjas y plátanos. Nwalor sabía pelar las naranjas sin dañar la pulpa ni cortarse. Se vistió para ir de visita y salió de casa.

Rike le dio una cálida bienvenida, y tan sonora que casi fue sincera. Agasajó a Ifeyinwa con un gran vaso de un caro zumo importado que Ifeyinwa aceptó contenta, chasqueando los labios para mostrar su agradecimiento. Durante todo el tiempo observó a Rike, la satisfecha esposa de un hombre próspero, y su resolución no vaciló.

—He tenido noticias de tu consorte…, tu mami —comenzó a decir Ifeyinwa, utilizando el término cariñoso con que las mujeres de Lagos se trataban entre sí.

—¡Eh, de modo que llegó allí sana y salva! —respondió inocentemente Rike —. Gracias al Todopoderoso. Recé y ayuné para que alcanzara su destino sin ninguna desgracia.

Bajo su sereno comportamiento, algo terrible bullía en el interior de Ifeyinwa. Quería decir: «Hipócrita, diste gracias por su marcha», pero se resistió. No quería que la llamaran bruja por expresar su rencor. En lugar de ello, habló con la misma inocencia que Rike.

—¡Desde luego, tus oraciones deben de haber obrado maravillas! Mi hermana no tuvo problemas en su viaje, ni siquiera en el control de inmigración, donde dicen que los oficiales blancos se precipitan sobre las nigerianas y les hurgan hasta en el pelo. Dios escuchó tus plegarias, gracias, hija mía. —Antes de que Rike fuera capaz de responderle del mismo talante, Ifeyinwa preguntó casualmente—: Pero ¿por qué no viniste al aeropuerto?

—Tía Ifi, mi mami no me dijo nada. Me enteré de su marcha por Grace, mi doncella. Y naturalmente, los vecinos confirmaron esa historia. Ni siquiera se lo dijo a nuestro marido. Mami debía de estar muy enfadada para dar un paso tan drástico. —La cabeza de Rike estaba inclinada a un lado, una imagen de horror teatral. De no haber sido tan importante la misión de Ifeyinwa, habría soltado una carcajada. Muchas veces había visto interpretar escenas como ésa en su propia casa, donde ella era perro viejo en el juego de compartir a su marido con otra mujer. Comparada con ella, Rike era una novicia.

Suspiró profundamente, y con la mirada recorrió aquella sala de estar elegantemente amueblada, observando un tapete aquí y un hermoso jarrón de cristal allá, todo traído de Inglaterra por su hermana para decorar su hogar. Sus ojos se posaron sobre la mujer que tenía delante, una delicada joven con los pies embutidos en un par de exquisitas sandalias blancas. Apartó la mirada para ocultar el odio y la cólera que la quemaban. Tenía demasiada experiencia como para echarle toda la culpa a Rike, pues ésta sólo actuaba en conformidad con el sistema que perpetuaba ese tipo de injusticia. Una mujer trabajaba duro para comprar todas esas cosas y las hacía cruzar el océano para disfrute de su familia, y al final, ¿qué ocurría? Otra, una oportunista, una mujer *oyokoyo* que no había participado en el sueño, que no conocía las molestias que la otra mujer se había tomado, ahora disfrutaba de todo. Para Ifeyinwa, Rike era un sepulcro

blanqueado, y Albert era Judas Iscariote. Recordó la historia de la vida de su madre, y se juró que no se repetiría en Kehinde.

Los sentimientos de Ifeyinwa eran tan intensos que tuvo que bajar los ojos para que Rike no pudiera leer su expresión. Aunque Rike era más joven, Ifeyinwa no subestimaba sus poderes. La secta a la que pertenecía, la Querubín y Serafín, observaba y estudiaba a los demás como una forma de ritual. Pasaban tanto tiempo rezando por sus pecados y concentrándose en sus enemigos, reales o imaginarios, que Ifeyinwa sabía de cierto que no engañaba a Rike con sus expresiones de buena voluntad. Ésta sabía perfectamente que Ifeyinwa no tenía ninguna razón para amarla, y simplemente fingía hacerse la olvidadiza. Era una lucha por el dominio, en la que el arma de Rike era hacerse la inocente. Pero también Ifeyinwa podía irse con fingimientos. En ese momento estaba jugando a ser una mujer anciana y simplona. Había llevado una máscara durante dieciocho años, y nadie excepto Kehinde había visto lo que había detrás. Sólo con que Kehinde se hubiera quedado, juntas habrían expulsado a esa intrusa. Rike era una pipiola, a pesar de toda su espurio refuerzo religioso. Pero el *chi* de Kehinde había hecho que ésta se diera por vencida, e Ifeyinwa se había quedado a luchar sola. En ese momento se incorporó y miró a Rike directamente, reuniendo fuerzas para el ataque.

Ifeyinwa había ido lo suficiente a la escuela para hablar el inglés de la reina cuando la ocasión lo exigía. Dijo con voz lenta y cansina:

—No te preocupes, hija, tu mami hizo lo adecuado. Conozco a mi hermana. Podría haberte soportado como segunda esposa, pero enterarse de que una tercera está en camino, y que esa tercera no tiene estudios y es musulmana… y que, bueno, sus únicas calificaciones consisten en ser muy hermosa. Ya sabes, el tipo de belleza fulani del norte, con la que las sureñas de piernas cortas nunca pueden competir. En cuanto a mi hermana, eso fue la gota que colmó el vaso. No iba a rebajarse a compartir a su esposo con una niña como ésa…, creo que tiene dieciséis años. Humm… Nuestros hombres hurgan en cualquier agujero. Lástima que no puedas cortar la cosa de Albert y guardarla en casa siempre que viaja. —Rió sin alegría ante aquella broma cruel.

Ifeyinwa intentó contener el aliento y observar el efecto de sus palabras en su interlocutora. La sonrisa de seguridad de gran dama que hasta ahora había aparecido en los labios de Rike se difuminó, y sus labios se adelgazaron y estiraron. Los ojos se le volvieron más grandes a medida que su cuerpo se

encogía en las profundidades de aquella silla que había pertenecido a Kehinde. Pero Ifeyinwa aún no había acabado.

—De todos modos —prosiguió implacable—, Albert siempre puede volver a Londres, si acaba aburriéndose de estar aquí. Ya conoces a nuestros hombres.

—¿Quién va a volver a Londres? ¿Te refieres a Nuestro Padre? Bueno, no creo que tenga ocasión. ¿Qué me dices de su trabajo? Y los billetes a Londres suben y suben de precio. —Rike, como un cadáver al que temporalmente se le ha infundido vida, hablaba con una voz áspera y extraña. Ifeyinwa se quedó estupefacta, viendo por primera vez el aspecto que tendría Rike en unos cuantos años. Una de las cosas buenas de la belleza y la juventud es que no duran mucho. En poco tiempo, la joven que estaba sentada ante ella sin duda sería tan delgada y estaría tan decepcionada y dolida como ella—. La naira está cayendo en el mercado mundial. Pronto sólo los ricos podrán permitirse un viaje a Londres. —Rike se agarraba a un clavo ardiendo, el ceño arrugado como el de una anciana.

—Albert, desde luego, no es pobre. Tiene una casa en Londres, ¿no te acuerdas? No sólo una casa, sino un hogar de verdad. Todo lo que ves aquí, a tu alrededor, procede de esa casa. ¡A mi hermana y a Albert les llevó dieciséis años edificar ese hogar! —Ifeyinwa estaba hablando con todo el cuerpo, agarrándose la cintura como para exprimir de su interior las palabras más horribles. Cuadrando sus hombros delgados, exclamó—: ¡Vaya, así que la naira está cayendo! Humm, eso es terrible para Nigeria. Pero en cuanto a Albert, recuerda mis palabras, de todos modos se irá a reunirse con su cariñito. Cuando los hombres causan mucho *wahala* en un lugar, se van a otro. Para ellos es fácil, no tienen que arrastrar niños con ellos. ¡Nuestros hombres!

Ifeyinwa se alzó majestuosamente. Le lanzó a Rike una mirada prolongada y animal, como un depredador acechando a su víctima. Rike fue traspasada por su pura malignidad. Cuando Ifeyinwa habló, fue con su acostumbrada vaguedad.

—No quiero entretenerte. Ahora debo irme. He dejado a Nwalor en el puesto del mercado.

Salió de la casa antes de que Rike pudiera moverse o hablar. En sus ojos brillaba el triunfo mientras se dirigía apresuradamente a su casa, diciéndose: «Dios me perdone, pero la gente, hombres o mujeres, no deberían recoger donde no han sembrado. Te dejo el otro a ti, Señor».

Ifeyinwa no había obrado a la ligera. Era un último recurso, el deber de una hermana mayor, una vez la madre había muerto. Había hecho suficiente por aquella tarde, suficiente para mantener a la madre de Rike y a sus *wolis*

ocupados durante un tiempo. Los *wolis* comerían a expensas de Rike durante unos días, y su oración «Danos hoy el pan nuestro de cada día» sería respondida.

Nwalor había decidido que vender una naranja por diez kobos era demasiado lento, así que las había vendido por menos. Ifeyinwa había perdido dinero, pero por una vez no le importaba. Había ganado algo más dulce que el dinero, la satisfacción de ejercer su poder en interés de su hermana. Le sonrió a Nwalor, quien, esperándose una reprimenda, corrió feliz a jugar con sus amigos.

18
La visión del *woli*

Rike despertó de su trance y encontró su vida en ruinas. Con aire ausente llamó a Grace para que le cubriera la cabeza con un pañuelo y se preparó para ir a la zona de rezos. Fue una reacción instintiva, y condujo hasta allí sin pensar. Todo lo veía desenfocado: los tallos de caña de azúcar, los vendedores de naranjas junto a la cuneta izquierda de la calle. Era casi de noche, y el calor del sol era menos intenso.

El coche dejó la calle asfaltada y se adentró en un sendero guijarroso, hasta llegar a un enorme espacio abierto rodeado de una pequeña iglesia de blancas paredes y cubierta por un polvoriento techo galvanizado. El espacio abierto estaba parcialmente rodeado de paredes pintadas de blanco. Los devotos a menudo preferían rezar fuera, bajo los magnolios y los hibiscos. El espacio abierto era casi como el interior de la propia iglesia.

Rike no era consciente de lo deprisa que había conducido, como si la persiguieran los demonios. Podía ver claramente a Kehinde y a Albert haciendo el amor, a Albert regresando con ella. Su angustiada y sobrexcitada imaginación evocaba imágenes de innumerables parientes y amigos que se habían marchado a Inglaterra y América, prometiendo regresar en un par de años. Dos décadas más tarde, a pesar de las quejas por el racismo, el desempleo, la dignidad arrebatada, todavía seguían ahí. Si Albert se iba de nuevo, Rike sabía que caería en la misma trampa. Si renunciaba a su empleo sólo para ir a vender la casa, bueno, los empleos para personas sin titulación eran cada vez más escasos en Nigeria. Aquí, para aspirar a cualquier trabajo había que ser joven, estar cargado de diplomas y no necesariamente tener experiencia.

Se veía a un grupo de personas rezando, y unos pocos *wolis* levantaron la mirada ante el rugido del coche. Por suerte, su madre, Mamá Abeni, estaba allí, sentada en un escabel, bajo el más grande y más viejo de los magnolios, el predilecto de los *wolis*, pues era el que más sombra daba. Se puso en pie y extendió los brazos como en una bendición. Un par de *wolis* que caminaban descalzos de una choza a la otra levantaron la mirada y siguieron el lento deambular de Rike, pues ésta no era de las que aparecen en ese lugar sagrado levantando tanto polvo por nada. Algo debía de ir mal. Los *wolis* no aparentaron interés, pero miraron por el rabillo del ojo, preguntándose el motivo de tanta agitación. Mientras Rike salía del coche, su madre se le acercó, las manos todavía levantadas, y los demás devotos retrocedieron.

—Mira por dónde caminas, hija —la saludó Mamá Abeni con una voz controlada.

—Gracias por una tarde encantadora, Madres y Padres. —Rike saludó a todos los presentes con esa muestra de agradecimiento.

—El bebé, Ogochukwu, ¿se encuentra bien? ¿Y el segundo? ¿Y tu marido? ¿No le pasa nada malo? En su trabajo, ¿le va bien? Tu trabajo, ¿te va bien? El que llevas en tu seno y no tiene nombre, ¿da buenas pataditas?

Mientras Rike asentía en respuesta a todas esas preguntas, y su madre entonaba «El señor sea loado» a cada inclinación de cabeza, su carga hasta entonces abrumadora se volvió más ligera. A través de sus saludos, los devotos apuntaban a las peores calamidades. Tras la última pregunta, incluso le pareció difícil comenzar a hablar de sus preocupaciones. Las mujeres observaban su vacilación y cantaban: «Cuenta tus bendiciones, nómbralas una por una». Al final de la canción, un círculo de personas con las manos entrelazadas la rodeaba. Rike confesó que la pesada carga que había estado llevando parecía haberse evaporado, pero sin embargo comenzó a contarlo todo.

—Una mujer vino a mí hace un rato. No una mujer cualquiera, sino la hermana de mi consorte. Vino con la intención de hacerme infeliz. Contó muchas mentiras, pero detrás de las mentiras estaban algunos de mis miedos. Dijo que mi marido me dejaría y regresaría con mi consorte, su primera esposa, a Inglaterra. Que mi marido tiene intención de casarse con otra mujer, esta vez del norte. Él conoce a muchas chicas guapas en sus viajes. Tengo miedo… —Una vez hubo comenzado, Rike vació toda su alma. ¿Dónde iría con tres niños? ¿Cómo podría pagar la gran casa que alquilaban y mantener a una doncella? Pronto los niños necesitarían dinero para pagar la escuela. Su voz estaba llena de

inflexiones, y ellos le permitieron vaciar el buche. Podía tomarse el tiempo que quisiera. Todos tenían los ojos fijos en el suelo, y ella hablaba con seguridad. Los *wolis* hacían juramento de secreto, y Rike sabía que podía confiar en ellos. Era una de sus hijas favoritas. Esta peculiar comunidad cristiana había rezado por ella y la había consolado en sus años escolares. Cuando ella invitó a Albert, a quien había conocido por puro accidente, a su Acción de Gracias por la Cosecha, unos años atrás, la comunidad comprendió inmediatamente sus deseos, observando la manera en que ella le lanzaba miradas furtivas. Fue fácil animarla a hablar de él. Cuando se enteraron de que Albert tenía una esposa en el extranjero y buscaba trabajo, le invitaron a una sesión especial de oración, durante la cual los *wolis* tuvieron una visión en la que él aparecía. Dijeron que conseguiría un empleo especial que Dios le reservaba. Dijeron que se casaría con una nueva esposa, y que el hijo nacido de esta nueva esposa sería su salvador. Fue fácil para Albert, un hombre próspero con un reluciente Jaguar, y para Rike, una licenciada con éxito, establecer una seria amistad. La relación representaba el tipo de libertad que Albert había anhelado en Inglaterra, pero que no había podido conseguir. Rike era la típica chica de Lagos que no hace muchas preguntas. Se sentía feliz de tener a un hombre que contaba con la aprobación de su iglesia, y no sólo un hombre vulgar, sino un hombre refinado que hablaba con una sofisticación que al principio solía cortarle el aliento. A ella nunca le habían atraído esos presumidos bocazas de Lagos. Albert era un hombre calmo, de piel muy oscura y dientes brillantes, con gusto en el vestir. Cuando él consiguió su nuevo empleo hubo un festejo que duró toda la noche, y semanas después ella le dijo que estaba embarazada. Celebraron una boda tradicional bendecida por la iglesia de Rike. Las hermanas de Albert, Mamá Kaduna y tía Mary, rebosaban alegría, y cuando Rike dio a luz al bebé Ogochukwu, Albert se convirtió a esa iglesia. Comenzó a disfrutar de un estilo de vida que en Inglaterra era pura quimera. Tenía dos coches, dos sirvientes, un clima magnífico y una vida social fácil y activa. Rike iba a la zona de oración varias veces a la semana y estaba pendiente de cada palabra que salía de las bocas de los *wolis*. Albert estaba ocupado viajando, pero consideraba que Rike y su madre, Mamá Abeni, ya rezaban lo suficiente por los dos.

Entonces Kehinde decidió regresar. Los *wolis* le dijeron a Rike que no se preocupara, que las mujeres así siempre eran demasiado arrogantes para compartir a sus maridos, y que pronto se marcharía. Cuando Rike comprendió que Kehinde estaba a punto de irse, Mamá Abeni y sus mujeres ayunaron

durante días hasta su partida. Lo hicieron sin el conocimiento de los *wolis* masculinos.

Cuando Rike acabó de contar su relato, los *wolis* que la rodeaban formaban una suerte de barricada contra el mal. Eran siete, para simbolizar los siete días de la creación de Dios. Aclamaron a Dios en siete idiomas distintos al mismo tiempo, llamándole por Sus siete nombres distintos. Le imploraron que descendiera y escuchara la súplica de Su sierva Rike. El sudor les resbalaba por la cara, y las túnicas que antes habían colgado sueltas ahora estaban húmedas y pegadas al cuerpo. Rike lloró hasta hartarse, pero los *wolis* seguían lamentándose a Dios. Rike llevaba tanto rato de rodillas en la arena que comenzó a sentir dolor, así que decidió sentarse, sobre todo teniendo en cuenta que estaba embarazada de varios meses. Las mujeres comenzaron a saltar de pronto, y tras siete saltos una de ellas gritó:

—Ellos… ellos… deberían decirle… decirle… a ese hombre…, Albert…, que… que… si vuelve a poner un pie en Inglaterra… otra vez…, encontrará la muerte.

Todo el mundo jadeaba. Rike volvió a caer de rodillas. No quería que Albert muriera. La profetisa continuó:

—La calamidad procedía de su primera mujer. La mujer, la primera esposa de Albert, tenía dos espíritus actuando en su interior. No sabemos si tenía un hermano gemelo o no, pero hay dos fuerzas dentro de ella. Está destinada a vivir mucho tiempo, pues tiene dos vidas en una. Estas personas son como el fuego. Cualquiera que se cruza en su camino es borrado de la existencia.

Finalmente, llegó la advertencia: Rike y Albert debían ir con cuidado y no interferir en la autoridad de Kehinde sobre la casa de Inglaterra. Un largo y atormentado lamento siguió a esta declaración. Un *woli* masculino repitió el estribillo mientras los otros gruñían.

—¿No predijimos que Albert tendría un empleo? ¿No le dijimos que conseguiría una nueva esposa y luego un niño que algún día le traería buena suerte en todas sus empresas? Si dejara la vida cristiana que Dios le ha preparado, perdería la gloria. Dios le daría la espalda, y él no vería Su cara. Esa mujer es el mal. Cuando era niña la llevaron a un lugar malvado para aplacar a su segundo espíritu, y ahora los dos trabajan juntos, mano a mano, en este mundo. Albert necesita nuestras oraciones, y un largo ayuno, de lo contrario preveo calamidades. Tienes que llamarle, rápido, rápido. La calamidad está a la vuelta de la esquina. Dile que venga…

—Todavía está de viaje, padre. Volverá en una semana o dos. Aún está en el norte —dijo Rike con voz trémula.

Mamá Abeni, su madre, extendió una mano y ayudó a su hija a levantarse.

—No apartaremos nuestros pensamientos de él, para que pueda volver sano y salvo. Pero en cuanto regrese, dile que venga aquí. Necesita nuestras oraciones.

—Sigue siendo una esposa buena y obediente, hija mía, *el* tipo de *esposa que* Sara fue para Abraham, callada, llena de buenas obras y temerosa de Dios. Dios te recompensará, y también al fruto de tu vientre —concluyó el *woli* más anciano.

Los «amenes» del *woli* masculino fueron breves y vigorosos, y a continuación entraron a paso vivo en la iglesia. Las mujeres se sentaron alrededor de Rike, exhausta y vacía. En voz baja, la madre de Rike le dijo que debía traer una cabra blanca, sin manchas, doce latas de leche, siete barras de pan y un cesto de frutas variadas.

—Los *wolis* van a iniciar un período de ayuno por ti. Necesitarán la comida tras el ayuno —explicó una joven *woli* femenina sentada en el suelo. Hacía dibujos en la arena, como si calculara lo que iba a costar. A Rike le interesaba muy poco cuánto costaría, tan agradecida estaba por haberse aliviado de esa carga.

19
Empezar de nuevo

Querida Madre Especial:

Espero que estés bien. Hacemos todo lo posible para que nos guste vivir aquí, y físicamente estamos bien. ¿Sabes, Madre, que papá ha perdido su empleo? Ocurrió de repente. Un minuto, tenía un empleo, y al siguiente lo habían despedido. Entonces supe que dejaría de estar interna. Papá no me pidió que dejara el internado, pero supe que sería mucho más barato para él. Me agradeció mucho ese gesto. Rike me lleva en coche a la escuela casi todas las mañanas, pues no está lejos de la universidad.

Joshua sigue interno. No se ofreció a dejarlo, y nadie espera que lo haga. Ya sabes, mamá, lo mucho que se espera de los muchachos de aquí. Se esfuerza tanto en sus estudios que no te podrías creer que sea el mismo Joshua. Está estudiando para obtener su certificado de enseñanza secundaria, y si lo consigue se presentará al examen de acceso a la universidad. Todavía no entiendo muy bien el sistema. Hay que pasar tantos exámenes. La gente está neurótica con las titulaciones. Supongo que es porque si no tienes una buena educación, sucumbes. Me gustaría aprobar mis exámenes, pero la escuela ya no me gusta particularmente. Siempre estudiar, estudiar, estudiar. Aquí los jóvenes no viven, sólo trabajan, y cuando vuelvo de la escuela, la cantidad de deberes que tengo que hacer, mamá, es increíble. Mis amigos dicen que pienso así porque nací en Inglaterra y puedo regresar fácilmente a Londres. Quizá tengan razón. Pero Nigeria también es un país estupendo. Me gusta la ropa, el clima, la música, pero

se necesita mucho dinero para disfrutar de todo ello. Si tu padre no tiene trabajo y los únicos ingresos proceden de su segunda esposa, entonces la vida no es ninguna broma. Casi todos mis amigos aún creen que Inglaterra es la puerta del cielo, y a veces pienso que tienen razón.

¿Por qué no crean más empleos bien remunerados para que personas como papá, a quien no le gusta especialmente Europa, puedan quedarse? Porque este país tampoco está mal. Papá no está muy bien de salud. No dejo de preocuparme por él. Creo que el motivo de su mala salud es que se siente infeliz por no tener trabajo. Ha enviado muchas solicitudes, y le han prometido muchos empleos, pero ninguno se ha materializado. Y todas estas promesas cuestan mucho dinero. Papá tiene que dar propina a todos los que pueden echarle una mano, desde los administrativos hasta los altos ejecutivos, sólo que ellos lo llaman «untar la palma», o, hablando en plata, puro soborno a la vieja usanza.

Papá ha dejado de buscar trabajo. Simplemente se queda sentado y lee periódicos atrasados. No sé qué está buscando. Mami, debo decirte algo acerca de la mujer de papá, Rike. No es mala, ya lo sabes. Creo que quiere a papá. Le lleva a la iglesia. Realmente hacen grandes bailes en esa iglesia. El otro día vinieron a casa y dijeron oraciones especiales para que papá encontrara un trabajo. Dijeron que encontraría un nuevo empleo cuando Dios le perdonara. Ojalá Dios le perdone pronto, porque sospecho que el dinero que gana Rike no es suficiente. Les he oído discutir por dinero en un momento en que creían que yo no estaba escuchando.

Mami, ¿cuándo nos llevarás contigo? Por favor, no nos abandones aquí. Sé que lo que hizo papá fue doloroso para ti. Al principio, para Joshua y para mí supuso un disgusto, pero pronto comprendimos que aquí es muy corriente. Y Rike no es mala. Reza por nosotros todo el tiempo. Y nosotros somos la familia, mami.

Le sugerí a papá que fuera a Londres para estar contigo una temporada, pero ni quiso hablar de ello. ¿Le tratarías mal si va? ¿Por qué no le escribes y le invitas, al menos para que vea a un

médico? Antes erais muy buenos amigos. Mamá, por favor, no seas demasiado dura. Quiero a todos los miembros de mi familia. Tengo muchas madres, pero tú siempre serás la primera, no sólo porque me tuvieras en tu interior durante nueve meses antes de nacer, sino porque eres una persona especial.

La comida es cada vez más cara. Estaría bien que nos echaras una mano, al menos a Joshua y a mí, para que también podamos ayudar a los demás. Tu hermana, tía Ifeyinwa, cocina bien y nos invita a Joshua y a mí a comer en su casa. Pero no deja que llevemos a Ogochukwu. Papá no le produce la más mínima pena, dice que se lo tiene bien merecido. ¿Cómo es posible que alguien se merezca no tener trabajo? Ella es amable, pero no me gusta que hable de ese modo. Pero no podemos permitirnos el lujo de prescindir de sus comidas.

¿Todavía ves a tía Moriammo? Dale recuerdos. Algún día le agradeceré expresamente el haberte pagado el billete. De no haber sido por ella no habrías podido irte. Su hijo Olumide debe de ser bastante mayor. Me muero de ganas de verle.

Oh, casi se me olvida…, ¡enhorabuena! ¡No puedo creer que en tan poco tiempo, no mucho más de tres años, hayas podido sacarte un título! Sé que dijiste que estabas decidida a tener un título universitario, pero de verdad, mamá, no creí que pudieras conseguirlo. Mi más sincera enhorabuena, mamá.

Y gracias por el dinero que nos enviaste por medio de la azafata. Le he dado su parte a tía Ifeyinwa. Mamá Kaduna y tía Mary te envían sus saludos.

Te envío miles de besos.

Adiós, Mamá Especial, y cuídate,

Bimpe

—¿Por qué esa cara tan triste? —preguntó Duro. Se hallaban en una pequeña y oscura habitación para el servicio del hotel donde trabajaban, La Duchess.

—Estoy triste porque me siento confusa. Tuve carta de Bimpe esta mañana.

La cara de Duro resplandeció, y se sacó el rotulador de la boca.

—¡Ah, esa hija de Dios! —exclamó—. Bimpe, la de profundos sentimientos. ¿Decía si están todos bien?

—Sí, dijo que todos se encontraban bien.

—¿Nada de borborigmos, ni dolores de cabeza, ni reumatismo?

Kehinde rió.

—Nunca te tomas la vida en serio, ¿verdad, Duro?

—No. El día que me muera, quiero una fiesta de siete días sin parar, con mucha, mucha música, día y noche.

—No en este frío Londres, ¿verdad? Duro, te lo suplico, cierra la puerta.

La habitación pareció aún más opresiva, pero con la puerta cerrada evitaban que algún cliente pudiera sorprenderlas. En el pasillo del hotel las luces eran tenues y había una gruesa alfombra gris, en completo contraste con la habitación en que trabajaban. Enormes escobas mecánicas se apoyaban pesadamente contra montones de ropa blanca, rollos de papel higiénico y fardos de toallas que bloqueaban las diminutas ventanas. En verano, el sol daba directamente a este lado del edificio, y entonces las dos sudaban a mares.

—Bimpe quiere volver a Londres. No sólo ella, también Joshua.

—Bueno, ¿y eso te sorprende? Saben leer, *¿sebi?* Incluso los niños pueden ver las pintadas en las paredes. El gobierno militar lo está estropeando todo. El carnaval del Festac ya se ha acabado. *¡Yamutu!* Todo el mundo vuelve a Londres para hacer *gburu*. Siempre es «trabajan como monos y compran como babuinos». Nos matamos a trabajar y luego resulta que estamos tan endeudados con Occidente que todo el dinero se nos va en pagar los préstamos. Y entonces nos sentamos y les echamos la culpa a ellos.

—Pero este nuevo gobierno militar prometió ser mejor que el anterior. No entiendo por qué seguimos invitando a ladrones a que ocupen el poder de vez en cuando. Ahora ni siquiera nuestros hijos quieren quedarse.

—Mmm… Kehinde, ¿acaso no sabes que si la cantidad es aceptable somos capaces de vendernos al diablo? Yo no pierdo el tiempo engañándome, cada vez estoy más convencida de que nuestro país no tiene remedio. Si tuviésemos un buen gobierno, ¿estaríamos aquí limpiando habitaciones de hotel? ¿Tú con tu título de sociología y yo con mis muchos diplomas?

—Sí —asintió Kehinde—, ya ves a todos esos hombres que limpian el metro, ellos también tienen títulos universitarios como nosotras, pero lo hacen porque la paga es suficiente para vivir. En Nigeria, a excepción de los políticos corruptos, pocas personas honestas pueden ganarse la vida con su profesión. Todo eso no

hace nada por nuestra dignidad, lo sé, pero así son las cosas. Mis hijos quieren ganar su buen dinero. Su vida en Inglaterra será más fácil de lo que ha sido para nosotros. Después de todo, ellos han nacido aquí. Pero yo pensaba que se quedarían en Nigeria un poco más.

—¿Quedarse un poco más, haciendo qué? —preguntó Duro, riendo—. Tú misma no pudiste soportar el estrés cotidiano de Lagos. Creo que te adentraste demasiado en el mercado, como el niño de la fábula. Estamos condenados a pasar la mejor parte de nuestras vidas sirviendo a la así llamada Madre Patria, derramando sangre fresca africana en sus agotadas venas para que siga funcionando. Es bonito pensar que podemos marcharnos a nuestro país y vivir allí felices para siempre, pero yo he visto a gente con mejores titulaciones que nosotras matándose por venir aquí y hacer estos trabajos serviles de que nos quejamos. ¿Quieres que tus hijos sean realmente libres? Bueno, son libres para elegir. A muchos de sus compatriotas les gustaría tener esta oportunidad.

—Duro, ¿así es como de verdad ves las cosas?

—¿Hay otra manera de verlas? Quizá en el futuro las cosas puedan cambiar. Quizá haya menos líderes corruptos en nuestra parte del mundo, pero hasta que llegue ese momento nuestros mejores cerebros siempre huirán para trabajar para el hombre blanco.

Kehinde suspiró.

—Sólo con que pudiera conseguir un trabajo mejor para pagar el billete de mis hijos.

—¿Por qué no coges también el turno de noche que hay en esta planta, sólo durante un mes o dos?

Dejaron de hablar. Tenían los oídos entrenados para detectar las más tenues pisadas que surcaran la gruesa alfombra, y conocían muy bien las que ahora se aproximaban. Pertenecían a su supervisor, el señor Butterworth. Kehinde comenzó a contar frenéticamente las sábanas dobladas, haciendo mucho ruido. El rechoncho señor Butterworth abrió la puerta sin llamar.

—La número veintiocho está pagando la cuenta, y los nuevos clientes están en el aeropuerto. Kehinde, será mejor que primero haga la *suite*. Es un árabe. Creo que también trae a su familia.

—Perdone, señor —le interrumpió Kehinde—, me gustaría hacer unas cuantas horas extras por la noche.

—¿Quiere decir que el turno de día no es suficiente para usted? La verdad es que no sé de dónde sacan ustedes tanta energía. ¿No tienen ningún tipo de vida

social? —Nadie le respondió. Torció la cabeza para aflojarse la corbata del hotel, que al parecer le incomodaba. Miró de cerca aquellas dos caras negras que tenían los ojos clavados en él y se encogió de hombros—. La verdad —añadió— es que el turno de noche es más ligero, porque generalmente no hay camas que hacer. Sí, puede encargarse de esta planta por las noches.

—Oh, gracias, muchas gracias. Ésta —prosiguió Kehinde, haciendo molinete con los brazos como su hermana Ifeyinwa— es nuestra vida social.

—¿Quiere decir que el dinero es la causa de todo?

—Oh, señor Butterworth, díganos qué mal no tiene su causa en el dinero —bromeó Duro.

—Ah, pero no hay ningún mal en todo esto, amiga mía —declaró Kehinde —. El dinero que gano aquí significa la vida para mí y mi familia.

Duro rió, mostrando sus dientes blancos.

—Por lo que a mí se refiere —dijo—, cuando empecé mi paga era el glaseado del pastel, y ahora es el pastel, o mejor dicho, el pan.

El señor Butterworth las observó a ambas con azoro, pero al menos había consentido en darle el trabajo extra a Kehinde. Se alejó a paso lento, encargándole a Kehinde que preparara la *suite* para el jeque y su familia.

—Ya ves qué fácil es conseguir aquí un trabajo —comentó Duro.

—Envié setenta y dos solicitudes a bancos, suplicando que consideraran el tipo de trabajo que hacía antes de ir a Nigeria. Eso también fue antes de obtener el título —se lamentó Kehinde.

—Hace mucho que conseguiste ese trabajo, y fuiste estúpida al dejarlo. Ahora no se encuentran empleos como ése. Nunca se sabe, ahora que tienes un título quizá consideren que estás excesivamente cualificada. Una persona con estudios en un puesto de responsabilidad es una amenaza excesiva. Los blancos no se sienten cómodos en su presencia.

—¿Cómo lo sabes?

Duro se encogió de hombros.

—Simplemente tengo los ojos abiertos. De todos modos, no estamos aquí para hacer política ni filosofía. Eres una mujer negra, así que, como todas las negras, ve a limpiar la *suite* veintiocho para un jeque árabe, tal como te ha ordenado tu jefe blanco. Al menos prepararás la *suite* para una persona que no es blanca.

—Ah, pero el dinero del petróleo hace que la gente sea ciega al color, hermanita —dijo Kehinde por encima del hombro mientras salía de la

habitación.

20
Simplemente otra negra

No hubo respuesta cuando Kehinde llamó a la puerta. Como no estaba puesta la señal de «No molestar», entró en la *suite* veintiocho para hacer las camas. Canturreando sin melodía, tocó la colcha. Algo se movió. Dando un salto hacia atrás, Kehinde exclamó:

—¡Oh, lo siento! Creí que no había nadie. Sólo quería sacudir la colcha, pero ya volveré más tarde.

—Oh, no se preocupe —pronunció el huésped árabe sin levantar la voz, profunda y melodiosa. Su modulado acento era parecido al de un culto hausa nigeriano. Llevaba una larga túnica con un tocado blanco, como si se hubiera vestido para salir antes de decidirse a descansar un rato.

—Lo siento. Puedo volver más tarde —repitió Kehinde.

—Oh, no, siga con su trabajo —dijo el árabe, levantándose de la cama.

A Kehinde no le gustaba que nadie la mirara trabajar, pero se esforzó en no prestarle atención. Aquí y allá alisó la colcha, descorrió las cortinas y le echó una rápida ojeada al cuarto de baño de mármol. Ya tenía la mano en el pomo de la puerta cuando volvió a oír aquella voz profunda.

—Su inglés es muy bueno.

Kehinde quiso decir: «El suyo también», pero se acordó de dónde estaba. La mitad de la propiedad del hotel estaba en manos árabes. Como señora Okolo, con su marido a su lado, se habría mostrado grosera con el árabe, por rico que fuera, pero ahora era una mujer sola que hacía las camas para árabes ricos en un hotel de decoración recargada.

—Gracias. Soy licenciada en sociología —dijo Kehinde, muy tiesa ella, sin saber qué esperar de esa declaración. El hecho de poseer un título la hacía sentir con derecho a mantener la cabeza alta, a pesar de ser una camarera de habitaciones. Se sentía al menos una igual a la segunda esposa de Albert, Rike, la causante, quizá, de que se hubiera decidido a sacarse un título universitario. Miró cara a cara al árabe. Éste tenía las cejas ligeramente levantadas, con una sombra de ironía en los labios. Kehinde le odió por esa arrogancia. Se sentía desamparada y ridícula, de pie en la puerta, esperando a que le dieran permiso para marcharse.

Esta vez, el árabe se tomó su tiempo antes de volver a hablar, y a continuación dijo:

—Mis esposas llegarán dentro de pocos días. Somos musulmanes. Puedo adivinar que es usted nigeriana, y casi todos los nigerianos son musulmanes. Me gustaría que les enseñara inglés. —Lo dijo con la voz de alguien acostumbrado a comprar cualquier antojo.

«Tranquila», se dijo Kehinde. Era la primera vez que estaba cara a cara con un árabe, a pesar de haber crecido en un vecindario en el que abundaban los musulmanes, en Macaullum Street, junto a su tía. Allí vendían carne y pellejos, rezaban varias veces al día y daban limosnas a los mendigos. Los musulmanes de Ebute Metta siempre acarreaban una olla de agua, a fin de poder lavarse y rezar en cualquier lugar donde se encontraran, y masticaban nueces de cola. Pero nada tenían que ver con aquel hombre en túnica de seda, que hablaba en una voz baja que a ella le resultaba difícil entender. Sus movimientos eran tan lánguidos que Kehinde se sintió impelida a hacer algo brutal y violento. Atribuyó el impulso a su Taiwo, que nunca le permitía aceptar humillaciones. Se dijo que ojalá pudiera negarse, sólo para demostrarle a ese hombre indolente que no tenía por qué hacer lo que él decía. Kehinde estaba segura de que, en su país, el árabe tenía un sirviente egipcio o nigeriano que abría y cerraba los labios por él siempre que deseaba pronunciar una sílaba.

Pero no podía permitirse el lujo de rechazar la oferta. Necesitaba el dinero desesperadamente para enviárselo a Bimpe y Joshua, pues su padre había decidido, en su madurez, volverse polígamo. Sí, les daría clase a las esposas, concubinas o amantes del árabe, o a cualquiera que él deseara. Quiso preguntarle cuánto tiempo pensaba quedarse en aquella opulenta *suite*, que era prácticamente un apartamento.

—Sí, les daré clase de inglés —dijo Kehinde, con una sonrisa postiza.

—Venga mañana a esta hora y las conocerá, señora…

—¡Kehinde! —Ahí nadie la llamaba «señora». Esperó a que el jeque le dijera su nombre, pero éste ya había perdido todo interés, distraído con una revista que había en la mesita baja. Kehinde miró a su alrededor durante una fracción de segundo para asegurarse de que no había dejado nada por hacer cuando aquella voz habló de nuevo, queda:

—Cambie el canal de televisión, por favor.

Kehinde miró deliberadamente el mando a distancia que había sobre la mesita baja, y volvió a contenerse. Buscó el canal deseado y salió del cuarto ciega de precipitación antes de que le asignaran otra tarea humillante.

Kehinde se sintió tan deprimida que quiso llorar. ¡Alá *Baba*! Albert la había degradado. ¿Dónde estaban la dignidad y el orgullo que le habían enseñado en la escuela? Le alegraba haberle dicho al jeque que era licenciada, aunque fuera sólo en sociología, una disciplina que no cualificaba para nada. No se permitió las lágrimas de frustración que comenzaban a formársele en los ojos. Por contra, se los enjugó enérgicamente, recordando la carta de Bimpe: «Mami, ¿cuándo nos llevarás contigo?». El orgullo y la autocompasión no conseguirían el dinero para el billete. Tales emociones eran lujos que no se podía permitir.

Por alguna razón, no se lo dijo a su nueva amiga y compañera de trabajo, Duro, ni tampoco telefoneó a Moriammo. Ella y Moriammo habían recuperado su intimidad desde la muerte de Tunde en accidente de coche, unos meses antes. A Moriammo le resultaba difícil salir adelante desde el fallecimiento de Tunde. Se quejaba de que la casa estaba vacía sin él, y tenía inquilinos en el piso de arriba, mientras ella y su familia ocupaban la planta baja. Luego se quejaba a Kehinde:

—Yo no puedo soportar. ¿Por qué marido y mujer bailan a las ocho de la noche si no celebran fiesta? Como si aún durara luna de miel. ¿Para qué tanto *shakara*, eh? Cuando yo supere, empezaré de nuevo y estudiaré carrera, como tú.

Doce meses más tarde, todavía no se había matriculado de ninguna carrera. Ni siquiera se había preocupado de recuperar su antiguo empleo.

—Después de todo, hipoteca ya pagada —dijo. A Kehinde no le pareció conveniente confiarle lo del jeque, así que se lo quedó en el buche.

Mientras tanto, sólo llegó una de las mujeres del jeque, y no debía de tener más de quince años. El jeque tenía edad para ser su padre. Kehinde podía adivinar, por los ojos cansados y los movimientos a veces embarazosos de la joven, que se veía obligada a afrontar frecuentes demandas sexuales. A Kehinde

se la advirtió que la tratara de «princesa», mientras que la joven debía dirigirse a Kehinde por su nombre de pila.

—Las demás llegarán en pocos días —dijo el jeque sin venir a cuento. Kehinde sabía que él observaba atentamente la primera clase que le estaba dando a la princesa, aun cuando apenas abriera los ojos del todo. El jeque se reclinó en el sofá y pareció quedarse dormido, pero Kehinde era consciente de que estaba escuchando.

Kehinde le enseñó a la princesa a decir «buenos días» y «adiós» y cómo y cuándo decir «gracias». A continuación trajo distintos objetos y le enseñó sus nombres, estimulando el interés de la muchacha. La hora pasó con sorprendente rapidez. Cuando Kehinde recogió sus cosas y se dispuso a marcharse, la princesa le dijo adiós con la mano, como la niña que era en realidad. Pero la lánguida voz del jeque detuvo a Kehinde junto a la puerta.

—Espere, un trabajador tiene derecho a su sueldo.

«¿Un trabajador? ¿Quién? ¿Yo?», pensó Kehinde.

El jeque, sin mirarla, sacó una costosa cartera de cuero de su túnica. De pie, con los ojos encapirotados, extrajo un fajo de billetes nuevos, separó una buena cantidad y los puso sobre la mesa. Haciendo caso omiso de Kehinde, se volvió y comenzó a hablar con su esposa. Kehinde supo que eso había sido una despedida. La princesa volvió a despedirse con la mano y Kehinde salió de la habitación.

Cuando estuvo en el pasillo, contó los billetes que tenía en la mano y dejó escapar un suave silbido.

—No está mal, nada mal. Lo que gano en una hora enseñando inglés es más de lo que gano trabajando nueve horas en el hotel.

Durante los días siguientes, ella y la princesa dieron clase a solas. Kehinde utilizaba programas infantiles de televisión como ayuda pedagógica, lo que divertía a ambas. Pasaba el tiempo, pero las demás esposas no llegaban, y ese hecho no le pasó inadvertido a Kehinde. Una tarde, el jeque permanecía en su postura reclinada, leyendo una revista, después de que Kehinde hubiera llegado, aunque como siempre no respondió a su saludo ni mostró signo de haber advertido su presencia.

Fátima y Kehinde iniciaron su clase. Se hallaban en una habitación separada, y Kehinde estaba de espaldas a la puerta cuando Fátima levantó la mirada y puso un gesto de miedo y sorpresa. El jeque comenzó a hablarle a Kehinde en inglés.

—¿Su marido qué opina de que su mujer trabaje en un hotel?

Kehinde se volvió tan rápidamente que las fichas que utilizaba para darle clase a Fátima se le cayeron de las rodillas.

—Mucha gente trabaja en un hotel, así que él…

—¿Tiene usted marido?

Kehinde se puso en pie, manteniendo su rollizo yo tan erecto como le fue posible.

—Naturalmente que tengo marido. En este momento está en Nigeria, y yo trabajo aquí para ahorrar dinero suficiente para traer a mis hijos.

—¡Ah, hijos, hijos! Eso es lo que dicen todos.

A continuación se volvió hacia Fátima y le dijo algo en árabe. Fuera lo que fuera, la asustó tanto que se fue corriendo a la habitación contigua, cubriéndose la boca para no llorar. En su precipitación, pisó su velo negro, y al caer reveló un hermoso pelo castaño que le llegaba casi a la cintura.

Tan abruptamente como se había vuelto hacia Fátima, el hombre miró a Kehinde y le hizo un gesto con una mano.

—¡Quítese la ropa! Quiero ver cómo es una negra desnuda.

Kehinde abrió y cerró la boca, como un pez boqueando.

—No quiero acostarme con usted. Sólo quiero ver cómo es. Le pagaré —dijo con voz lenta y cansina.

El sudor brotaba del cuero cabelludo de Kehinde y se introducía bajo su vestido. Temblaba como una hoja. Recordó a la mujer que había visto cuando Albert la llevaba a la clínica. ¿Cuánto hacía de eso? Había llamado puta a la mujer, pero para Fátima ella debía de ser lo mismo. Fátima era la esposa joven e inocente del jeque, educada en la completa sumisión, pero Kehinde era una negra que limpiaba habitaciones de hotel.

—He dicho que se quite la ropa —repitió el jeque con impaciencia—. No le he pedido que se acueste conmigo.

Kehinde quiso preguntar por qué pensaba que ella le complacería, pero a continuación se acordó de los hoteles internacionales de Lagos, donde muchachas de apenas catorce años rodeaban en enjambre a cualquier extranjero, ávidas de divisas, y los propietarios del hotel las alentaban a dichas transacciones, pues era provechoso para el negocio. Kehinde recogió el abrigo de detrás de la puerta y salió tranquilamente de la *suite*. Quizá el jeque quisiera ver cómo era el cuerpo de una negra, pero ese cuerpo no sería el suyo. Consciente de que el hombre estaba hablando, sin hacerle caso, recorrió lentamente el pasillo alfombrado y pasó junto a innumerables puertas. Se sentía

contaminada e incapaz de ir a casa. Necesitaba respirar el aire limpio y tonificante de la primavera, después del ambiente de invernadero de la *suite* del jeque. Sus pies la llevaron fuera del hotel, y se encontró subida a un autobús que iba a Harley Street. Recordó que era la calle donde no hacía tanto tiempo había juzgado a otra mujer. Ahora se preguntaba por qué aquella mujer tenía que ser una puta sólo por caminar por Harley Street, tal como Kehinde había pensado. Nunca había sido un barrio de mala fama. ¿Acaso estaba buscando ayuda? ¿Había sido la experiencia de Kehinde con el jeque la manera en que Dios le había recordado cómo las mujeres juzgan y se condenan unas a otras? Tomó el metro hasta Great Portland Street y llegó pensativa a su casa de Leyton.

En casa se dio un baño y se frotó tan enérgicamente con su esponja nigeriana de fibra que al poco sintió todo el cuerpo en carne viva. Ya en la cama no paró de dar vueltas, preguntándose con quién estaba enfadada. ¿Con Dios, por crear a la mujer? ¿Con hombres como el jeque y Albert, que consideraban que las mujeres debían asentir a cualquier ridículo plan que ellos concibieran? ¿Con las demás mujeres, que en su ignorancia juzgaban a sus hermanas? ¿De quién era la culpa?

Era ya casi por la mañana cuando cayó en un sueño espasmódico, del que fue despertada por unos vacilantes golpes en la puerta. Era el inquilino caribeño.

—Buenos días, señora Okolo. Se ha quedado dormida, ¿o es que hoy no va a trabajar? —dijo asomando la cabeza.

—Estoy un poco cansada, voy a tomarme el día libre —mintió Kehinde. A continuación recordó sus buenos modales y dijo—: Pero gracias, señor Gibson, por preocuparse de venir a despertarme.

—No es molestia. Que tenga un buen descanso —dijo, y se marchó.

Kehinde telefoneó a Duro para decirle que hacer el turno de día y el de noche era superior a sus fuerzas. Dijo que necesitaba un descanso y le pidió que la disculpara ante el señor Butterworth de su parte. Duro estaba perpleja. Ella y Kehinde no tenían la suficiente confianza como para que le preguntara directamente: «¿Pero qué te ocurre? Un día quieres hacer horas extra, y al siguiente dices que estás trabajando demasiado».

Kehinde agradeció que Duro no pidiera explicaciones. Habían estado en Inglaterra lo suficiente como para que se les contagiara parte de la reticencia de los nativos a la hora de abordar cuestiones personales. Incluso cuando pocos días después Kehinde telefoneó a la oficina para decir que no volvería, Duro no le preguntó qué le ocurría. La intimidad tenía sus ventajas, reflexionó Kehinde,

especialmente cuando era incapaz de asignar palabras a lo que ocurría en su cabeza. Ni siquiera la voz de Taiwo intervino para ayudarla. Era como si Kehinde se viera obligada a resolverlo todo por sí misma.

Los trabajos de limpieza no eran difíciles de encontrar, y Kehinde consiguió uno en el Marks and Spencer de su barrio. Era demasiado mayor para su plan de formación de administrativos. La joven de la oficina de empleo donde Kehinde se inscribió escuchó su historia y fue muy comprensiva, y le recordó a Leah, la muchacha con quien había compartido habitación en la clínica. Al igual que Leah, Melissa sabía escuchar y era mucho más joven que ella. Cuando sus ojos se encontraron, los de Melissa estaban húmedos. Le dio los detalles de algunas vacantes a tiempo parcial en el Departamento de Servicios Sociales.

—Es un trabajo a tiempo parcial, lo sé, pero precisa un título en ciencias sociales para solicitarlo. Puede seguir con sus trabajos de limpieza, y cuando haya ahorrado lo suficiente podrá traer a sus hijos, o solicitar empleos mejores —sugirió. Hizo una pausa, durante la cual ambas ponderaron lo absurdo de su consejo. Melissa añadió—: El año pasado estuve en Berlín, y las mujeres de la limpieza de mi hotel eran turcas que sólo habían ido a hacer dinero. Algunas de ellas también eran tituladas, y planeaban regresar a su país cuando pudieran permitirse ejercer su profesión.

—En mi país ocurre lo mismo —dijo Kehinde—. La paga es escasa, y mucha gente está excesivamente cualificada, de modo que muchos de nosotros vinimos al mundo industrial a ganarnos la vida. Mis hijos adoran vivir en Nigeria, pero ellos también preferirían venir a trabajar aquí, y a lo mejor regresar a su país cuando sean mayores. Yo también espero volver algún día. Mientras tanto, quiero ganar lo suficiente para tener la opción de irme o de quedarme. En parte dependerá de mis hijos.

—Reconozcámoslo, los hijos pertenecen a nuestros maridos de una manera diferente y más distante de cómo nos pertenecen a nosotros. Nuestro sentido de la responsabilidad es más inmediato y próximo.

—¿Acaso la educación nos ha ayudado en lo más mínimo? —preguntó Kehinde, desconsoladamente.

—Oh, sí, la educación ayuda. Si no tuviera usted un título, no habría sido tenida en cuenta para este empleo de tres días a la semana. Ahí no habrá mucha competencia masculina. Casi todos los hombres y los jóvenes quieren trabajos a tiempo completo. Pero no es un trabajo degradante. Y puede estar segura de que nadie le pedirá que se quite la ropa.

Mientras Kehinde salía de la oficina, deseó que Melissa no hubiese pronunciado la última frase. Consideraba que su experiencia con el jeque había sido demasiado humillante como para tomársela a broma. Por eso no había ido corriendo a abrirle su corazón a Duro cuando ocurrió. Aunque Melissa se había mostrado comprensiva, Kehinde consideró que había trivializado su dolor.

Durante los días posteriores, Kehinde se hundió en la depresión más profunda. Michael Gibson no dejaba de preguntarle por qué no volvía al trabajo, pero ella no podía decirle que estaba ocupaba haciendo inventario de su vida, tasando su valía. Una tarde ella respondió irritada a su pregunta:

—Parece usted mi carcelero, señor Gibson.

Él rió y sus dientes brillaron. Kehinde le miró, y vio a un negro de estatura media, un poco más carnoso que Albert, vestido con ropas de trabajo color caqui.

—Mi nombre es Michael —fue todo lo que dijo—. Se lo he dicho varias veces.

Kehinde sabía que su nombre era Michael, pero durante mucho tiempo le había considerado, con indiferencia, el caribeño del piso de arriba.

—Ir a trabajar, sea cual sea su empleo, es mejor que quedarse sentada en casa. Los problemas se multiplican cuando una se queda sentada en casa, ya sabe —dijo amablemente.

—Me han prometido un empleo en el Departamento de Servicios Sociales —le confió de pronto Kehinde.

Michael Gibson se sentó en una silla, a la mesa de la cocina.

—Eso está bien —la animó—. La administración pública, un trabajo bueno y seguro. ¿Cuándo empieza? Suelen ser muy lentos a la hora de asignar las vacantes.

—Lo sé —replicó Kehinde—. Seguiré con mi trabajo en Marks and Spencer hasta que la administración pública me dé su visto bueno… Le prepararé una taza de té, señor Gibson.

—Gracias, señora Okolo, pero la verdad es que el té no me gusta mucho. Ya bebo demasiado en el trabajo. ¿Qué me dice de ir a comer a un indio o a un chino?

Kehinde le miró atentamente, y su mente funcionó a gran velocidad. Había dejado de lamentarse por no poder compartir sus pensamientos con nadie, y había comenzado a aceptar la voz de Taiwo como parte permanente de su conciencia. Ifeyinwa había dicho que era la mujer menos convencional que había

conocido, pues había huido de su matrimonio simplemente porque su marido había tomado otra esposa. Ifeyinwa arguyó que si todas las mujeres abandonaran a sus maridos por motivos tan triviales, habría escasez de matrimonios, pero ella nunca había salido de su país natal. Su marido nunca la había llevado a un médico para que abortara un bebé «no deseado». E Ifeyinwa tampoco comprendería que saliera a cenar a un chino o a un indio con un hombre que no era su marido y que ni siquiera era nigeriano.

—No suelo salir a cenar —dijo Kehinde.

—¿De verdad? ¿Y por qué? —preguntó él.

—Nosotros siempre hacemos las cenas en casa, invitamos a gente, cocinamos y charlamos.

—Entonces será una nueva experiencia —dijo Gibson riendo entre dientes.

Salieron, y Kehinde lo pasó muy bien. Aparte de los puestos de pescado y patatas fritas y los almuerzos en el Wimpy cuando estaba en el banco, no había explorado ese aspecto de la vida de Londres. Había visto a mucha gente vestida de *punto en blanco* yendo a cenar al comedor del hotel donde trabajaba, pero por alguna razón había considerado que esas cosas no eran para ella. Estaba aprendiendo. Cuando le dio las gracias al señor Gibson, que había insistido toda la velada en que le llamara Michael, le tendió una mano para que él se la estrechara.

Él sonrió lentamente y dijo:

—Buenas noches, señora Okolo.

—Kehinde —dijo ella, un poco azorada.

—Estaba esperando que dijera eso —replicó él con su voz musical. Michael, como muchos africanos en el extranjero, recuperaba su peculiar manera de hablar cuando se sentía lo suficientemente cómodo.

Kehinde evitó a Gibson por algún tiempo, pues su cabeza estaba llena de preguntas. ¿Por qué no estaba casado? ¿Qué diría la gente si salía con un caribeño que era cinco años menor que ella? ¿Debía permitir que aquella relación desembocara en amistad? Taiwo le respondía a su manera característica: «¿Y qué si es cinco años más joven? ¿Y qué si cuando vuelvan tus hijos se dan cuenta de que tenéis una relación? Después de todo, ¿le haces daño a alguien?».

21
La rebelde

—¿Por qué el señor Gibson no se va de casa ahora que he vuelto yo, mami?

—Porque no quiere irse.

—Pero yo quiero que se vaya. Si no se lo dices tú, lo haré yo.

Joshua, recién llegado de Nigeria, flexionaba sus músculos adolescentes. Kehinde miró a su hijo, y vio al larguirucho joven en que se había convertido. Joshua creía tener respuesta a los problemas del mundo, pues había estado en África, donde a los jóvenes se les hace creer que poseyeron el cielo y la tierra.

Kehinde, mientras tanto, todavía tenía que vivir su vida. A los cuarenta y cinco años, sería una anciana en cualquier poblado de África, pero en Occidente simplemente se acercaba a la mediana edad. Kehinde no era insensible, sólo práctica. Un niño no tiene por qué matar a sus padres para afirmar su virilidad. En su casa se quedaba quien ella deseaba que se quedara.

—El señor Gibson no molesta a nadie, cariño —le dijo dulcemente a Joshua.

—Pero ésta es mi casa, y quiero que se vaya.

—Eso no es del todo cierto. Ésta es mi casa, aunque quizá sea tuya algún día.

Kehinde esperó a que Joshua objetara que él era el primogénito de su padre, y que las casas no son de las mujeres, pero en lugar de eso murmuró con hosquedad:

—Dicen que es homosexual.

—¿Quién dice eso? ¿Sólo porque no está casado? Esto es Inglaterra, sabes, aquí la gente no está obligada a casarse. Y aunque lo fuera, ¿hay algo malo en ello?

Joshua asomó el labio inferior.

—Es vergonzoso. A la gente como él habría que matarla. Transmiten la enfermedad —profirió.

—Joshua, cualquiera que sea sexualmente activo puede contraer el sida. Incluso tú. Es mejor que pienses en ello, ya que eres tan adulto. —Kehinde suspiró y colocó un pie encima del sofá donde estaba sentada. Estaba más cómoda, y además era su sofá. De hecho, era su sala de estar.

Joshua la miró asombrado. Había esperado que Kehinde fuera una madre ideal de la aldea de Ibusa, pero ella vivía en Londres, no en la aldea. A continuación Joshua dijo abruptamente:

—Te vi en la cama con él.

—Oh, ¿y por eso organizas todo este drama? Lo siento, no estábamos seguros de que fueras tú. No teníamos intención de que nos vieras, créeme, pero amar no es un crimen. Tu padre ha tomado dos esposas más en Nigeria, y yo no me quejo. Es una de las maravillas de la poligamia, te da libertad. Todavía soy su esposa, si quiero serlo, y todavía soy tu madre. Eso no cambia nada. —Kehinde rió al ser poseída por Taiwo, el espíritu de su hermana rebelde—. Tú tienes tus novias, ¿no? —preguntó—. ¿Y por qué crees que tu hermana Bimpe no quiere venir a estudiar a Londres? Porque quiere estar con su novio, Elijah. Y si te hubieras tomado la molestia de llamar, no habrías visto lo que no tenías que ver. Solías llamar cuando tu padre vivía aquí.

—Mamá, ¿es que no te das cuenta? Él no es nigeriano, ni siquiera africano. Es de las Indias Occidentales, y más joven que tú. Estás haciendo el ridículo.

«Dios mío, ¿realmente cree las tonterías que está diciendo?», pensó Kehinde. ¿Acaso había creído que a su llegada ella cambiaría su manera de vivir? Todavía se preguntaba qué replicar cuando Joshua prosiguió:

—Se supone que, legalmente, todo esto es mío. Papá lo dijo vanas veces, tú misma lo oíste. ¿Por qué no le plantas cara a él, entonces?

—Ya sé lo que dijo tu padre, ¿pero dónde se supone que debo vivir? Deja que te diga algo. Cuando tu padre y yo comenzamos a salir, no heredamos ninguna casa. Trabajamos para pagar nuestros estudios, a muchos kilómetros de nuestra familia. A ti te ha sonreído la suerte. Tienes una buena educación y un pasaporte británico, así que encontrarás muchas más oportunidades que nosotros.

—Creía que tenías que vivir para tus hijos —dijo Joshua.

—Y lo hice, cuando erais pequeños. ¡Toda mi vida giraba alrededor de vuestras necesidades, pero ahora ya eres un hombre! Las madres también son personas, por si no lo sabías.

Joshua frunció el entrecejo. Intentaba aceptar a una madre que se comportaba de manera muy distinta a la que le había criado. No sólo consideraba que le estaba privando de sus derechos, sino que eludía sus responsabilidades como esposa y como madre.

—Pero, mamá, me dijeron que debía ponerme al frente de la casa y cuidar de ti. Todas las madres quieren que sus hijos las cuiden —argumentó.

—Lo que dices es muy noble. —Kehinde rió—. Pero en este momento no necesito que se ocupen de mí. Me haces más falta como amigo, al igual que necesito a tu padre, al señor Gibson, a Bimpe y a muchos otros. Tengo un título universitario y un trabajo en el Departamento de Servicios Sociales. Me gusta conocer gente y llevar mi propia vida.

—O sea, que ahora que has llenado tu vida, ¿ya no necesitas a tu familia? —Joshua hizo un puchero.

—Por supuesto que te necesito. Es sólo que ya no tengo energía para llevar las cargas de todo el mundo. A veces yo también necesito ayuda.

—¿Y qué me dices de papá?

—¿Qué pasa con él?

—Ésta también es su casa.

—Yo no le eché. Él se fue y fundó otra familia. Es libre de regresar siempre que quiera.

—Entonces ¿por qué no vuelve?

—No lo sé. Quizá porque no quiere.

—¿Qué quieres decir con eso? De verdad, mamá, ya no te entiendo.

—¿Es que los mayores siempre tenemos que justificar nuestro comportamiento ante vosotros, sólo porque sois jóvenes? Estoy segura de que él tiene sus razones para no volver a Londres.

Joshua le lanzó a su madre una mirada severa e insistente. Se había jactado ante sus amigos de que su padre le había regalado una casa, hecho que también había dejado bien claro ante su nueva novia, Moya. Antes de poner rumbo a Lagos, Albert le había dicho:

—Los hombres debemos permanecer unidos y cuidar de nuestras mujeres. La casa de Londres es tuya. Asegúrate de que la pongan a tu nombre. Tu madre te quiere mucho y se sentirá feliz de ver que reclamas tu derecho. Consigue algunos inquilinos y envíame el dinero mensualmente. —Eso hizo que Joshua se sintiera importante, como si tuviera una responsabilidad. Cuando Albert fue a despedirle al aeropuerto de Murtala Muhammed, fue lo suficientemente atrevido

como para darle a su padre unas palmaditas en la espalda y decirle que no tenía nada de que preocuparse. Pero la madre que había encontrado en Inglaterra era muy distinta de la que recordaba. Había salido adelante por sí misma, había estudiado una carrera y sobrevivido sin ayuda de su familia. Joshua no había contado con lo que eso significaba.

Con el tiempo, incapaz de ganar la discusión, le escribió a su padre. Albert le aconsejó que acudiera a una asesoría legal. Allí le dijeron, sin mucho preámbulo, que la casa pertenecía a sus padres, y que si su madre no deseaba renunciar a la propiedad, no había nada que hacer.

—¿Quién paga la hipoteca ahora? —preguntó el abogado.

—Mi madre —replicó Joshua sin pensar.

—Entonces pierdes el tiempo. Procura llevar tu propia vida y no interferir en la de tu madre.

A Joshua le resultó muy difícil aceptar ese hecho. Tenía una beca para estudiar agricultura, un tema que le había fascinado al llegar a Nigeria. Había creído que su madre se retiraría elegantemente, dándole el mando de la casa. La beca y el dinero obtenido del alquiler de la casa le habrían permitido llevar una cómoda vida de estudiante. Moya tampoco reaccionó como esperaba cuando él le dijo que comenzaba a pensar que su madre no le otorgaría plenos poderes sobre la casa. La respuesta de ella fue:

—Bueno, es su casa.

—Pero cuando te conocí te dije que tenía una casa y que haríamos la carrera sin pagar alquiler. ¿Acaso no fue por eso que nos hicimos amigos?

—Ése fue uno de los atractivos, sí. Pero las cosas han ido de otra manera. ¡Y qué! Creiste que tu madre haría las maletas y se iría…, pero ¿adónde? A nuestra edad no siempre es bueno cargar con la responsabilidad de una casa. Las casas necesitan cuidados, ya sabes.

Joshua pensó que se estaba riendo de él. Sin embargo, estaba decidido a poner las cosas en claro con su madre de una vez por todas.

Pocos días más tarde, Joshua vio a Kehinde y al señor Gibson juntos en el dormitorio. Ciego de rabia salió de casa dando un portazo, decidido a hacer que su madre se avergonzara de su comportamiento.

Pero al hablar con ella cara a cara, su madre pareció enorgullecerse de su actitud. Disfrutaba eludiendo sus deberes. Casi todas las mujeres igbo asumían las cargas de toda la familia, y así los suyos siempre las necesitaban. A su madre

ya no le importaba todo eso. ¿Cómo podías tratar con una rebelde que resultaba ser tu madre?

Joshua gritó con fuerza:

—¿Qué clase de madre eres entonces? —Empujó la silla hacia atrás con estrépito y dio una patada en el suelo. La puerta se cerró con tal topetazo que resonó por toda la casa. Al poco se disipó.

Kehinde suspiró. Añadió otra cucharada de azúcar al té que acababa de servirse y lo removió con aire ausente, mirando al vacío.

—Reivindicar mi derecho no me hace menos madre, ni menos mujer. En todo caso, me hace más humana —le murmuró a su Taiwo.

Finalmente se llevó la taza a los labios. Sintió el líquido dulce recorriendo su interior, calentando su cuerpo.

—Ahora somos uno —le dijo Kehinde al espíritu de su Taiwo, fallecido mucho tiempo atrás.

Glosario

- ***abi***: expresión interrogativa que significa «¿no es cierto?».
- ***acada***: en jerga, persona con educación universitaria, aplicada despectivamente a las mujeres
- ***adab***: hermana mayor
- ***agbada***: túnica voluminosa, tradicional en zonas yoruba, que llevan los hombres
- ***akara***: bolas fritas y especiadas hechas de pasta de judías
- ***aso-oke***: tela gruesa tradicional yoruba
- ***Baba***: Padre (yoruba).
- ***belle***: embarazada
- ***boubou***: túnica que llevan las mujeres, especialmente en Senegal, tan holgada que se puede sacar por los hombros
- ***chi***: dios personal de cada uno, según las creencias igbo. El *chi* de un ancestro puede habitar el cuerpo de un descendiente
- ***ehulu***: cuentas (de abalorio).
- ***Eko***: Lagos
- ***gburu***: trabajos degradantes para mujeres en Inglaterra
- ***gele***: cinta para el pelo usada por las mujeres
- hacer ***shakara***: jactarse, darse aires
- ***ibeji***: gemelos
- ***iro*** y ***buba***: blusa y sobreparto que llevan las mujeres yoruba
- ***iwu-akpu***: mandioca rallada y hervida, empapada en agua fría y ligeramente salada; plato tradicional igbo
- ***iyabeji***: madre de gemelos (yoruba).
- ***kererem***: hace mucho tiempo
- ***kora***: instrumento musical de cuerda, originario del pueblo wolof, de África occidental

- ***kwashiokor***: enfermedad nutricional infantil que se da principalmente en África, asociada con una dieta rica en grano y la consiguiente falta de proteínas. Se caracteriza por edemas, abultamiento de la barriga y cambios de pigmentación en la piel.
- ***lappa***: vestido tradicional femenino, consistente en un trozo de tela que se envuelve alrededor de la cintura
- ***moyin-moyin***: pequeño pan de judías, cocido al vapor y generalmente con trozos de pescado seco, huevo duro cortado, etc.
- ***na wa***: es un problema o es un gran problema
- ***nne-eyime***: madre de gemelos
- ***oga***: jefe (coloquial).
- ***ojugo***: el que hace preguntas (igbo).
- ***onilu***: tamborilero profesional
- ***otu-ogwu***: tela que envuelve el cuerpo bajo las axilas
- ***oyinbo***: hombre blanco
- ***oyokoyo***: joven hermosa e irresponsable
- ***palava***: alboroto, discusión
- ***pikin***: niño, niños
- ***¿sebi?***: palabra yoruba equivalente a «¿no es cierto?».
- ***shuku***: cesto
- ***tanda***: no moverse
- ***tiro***: kohl
- ***tocar el koto***: acariciar
- ***wahala***: problema
- ***woli***: profeta de una iglesia carismática
- ***yamutu***: muerto

Agradecimientos

Deseo dar las gracias a muchos amigos por este libro, *Kehinde*, pero la falta de espacio no lo permite.

En primer lugar, gracias a mis mejores amigas, «Las mujeres de Pittsburgh, Estados Unidos»: Brenda, Jackie, Famiioni, Jane, etc. Pasamos muchas horas debatiendo la así denominada «Locura de las Mujeres Negras».

También deseo dar las gracias a la Iglesia Evangélica Odozi Obodo, en Ibuza, Nigeria. Me permitieron contemplar de cerca cómo los profetas y las profetisas utilizan creativamente las voces que les llegan.

Y por último, sin menoscabo de su importancia, deseo darle las gracias a Jane Bryce, de Barbados, por preparar la edición del libro en tan poco tiempo.



BUCHI EMECHETA: Nació el 21 de julio de 1944 en Nigeria y reside en Londres desde 1962. A los 22 años, se licenció en sociología mientras sacaba adelante a sus cinco hijos. Su primer libro, *In the Ditch*, relata su experiencia a la llegada a Europa. Su segunda novela fue *Second Class Citizen*, a la que siguieron: *The Brice Price, The Slave Girl, The Joys of Motherhood y Destination Biafra* entre otras. Ha escrito también varios libros para niños y dos obras de teatro. En 1986 se editó su autobiografía, *Head Above Water*, que fue muy aclamada por la crítica. En 1994 publicó *Kehinde*, obra que ahora recuperamos en La otra orilla.